

NANCY G. AYALA



CECILIE

de la saga de

DEVORADORES
de ALMAS

Cecile
de la saga de
Devoradores de Almas



Nancy G. Ayala

Devoradores de almas

Cecile

Primera edición en México, 2019

D.R. © 2019, Nancy Georgina Ayala González

Diseño de cubierta: Shashika Idushan

www.Devoradoresdealmas.com

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo público.

ISBN

Para mi madre, mi lectora número uno, y a mi padre,
con todo mi amor y gratitud.

Prologo

EL ATAQUE

Septiembre de 1873, París, Francia.

El oro clásico de las farolas rompía con la profunda oscuridad que se cernía sobre París. El otoño era siempre gentil con la ciudad, y aquella noche no era la excepción; la fuerte ventisca que tan afanosamente recubría el cielo de nubes, cargaba consigo las hojarascas caídas, envolviendo a la ciudad en una lluvia de colores que iban desde el cálido marrón hasta el alegre amarillo, pasando grácilmente por toda la gama de naranjas. Una ligera llovizna humedecía los empedrados, haciendo destellar las majestuosas avenidas, y las pequeñas callejuelas, reflejando la luz dorada de las lámparas, bañándolo todo de oro, haciendo a París brillar resplandeciente aún en la oscuridad de la ventosa noche.

La fresca brisa removi6 el delicado chal de la joven mujer, quien se apresur6 a sujetarlo con fuerza, aferrándose a él con innecesaria violencia, mientras observaba de reojo al sucio y maltrecho hombre que se acurrucaba bajo el *Pont Neuf*, entre desgastados harapos, preparándose para pasar la fría noche a la orilla del Sena.

Junto a ella caminaba despreocupadamente un joven caballero, de vestimenta impecable, sosteniendo galantemente un enorme

paraguas que precariamente los protegía de la ligera brisa que se arremolinaba a su alrededor sin dirección, humedeciendo ligeramente su pulcro traje.

—No estoy segura de que esto sea una buena idea, deberíamos volver a la calle principal.

La asustada mujer chilló excesivamente agudo, encontrándose a sí misma incapaz de apartar la vista del vagabundo.

—¿Y arriesgarnos a que arruinen por completo tu hermoso vestido, querida? —bromeó galante el caballero.

La mujer respondió con un resoplido exagerado, mientras el hombre extendía la mano, rozándole el hombro, retirando una bolita de lodo, sacudiéndola teatralmente en el aire.

—Debimos tomar un coche —se quejó ella amargamente.

—¿Debimos? —se admiró el joven con pretendida indignación—. No cambiaría el estar aquí contigo por un cómodo paseo en coche de un par de minutos. Prefiero verte enfurruñada y tenerte para mí por una hora, que verte trivialmente feliz por unos segundos.

La joven dama se detuvo en seco, abriendo los ojos sorprendida por su descarada coquetería, viéndolo directamente con un resoplido que se escuchó a lo largo de todo el muelle. Su finísimo vestido rosa pálido estaba completamente cubierto de pequeñas manchas marrón, algunas pecas de agua sucia incluso salpicaban su ligero escote y su cuello. Había tenido cuidado de limpiarse meticulosamente el rostro con su pañuelo, pero algunas costras negras se adherían a sus rizos, inmaculadamente peinados, y a su finísimo sombrero.

—Soy egoísta, lo sé —sonrió dulcemente el joven, pellizcando un rizo, quitándole una mota de suciedad.

—¡Ese cochero lo ha hecho intencionalmente!

—Llueve, no ha sido su culpa, ni la mía.

La vista de la joven mujer viaja invariablemente de regreso al vagabundo, notoriamente incómoda ante su presencia. Incapaz de continuar tan cerca de él, retomó su marcha apresurada. El caballero giró pensativo la sombrilla entre sus dedos un instante, observando al pobre hombre un momento, denotaba su pobreza claramente, sin embargo, no había nada que le indicase que podría ser peligroso para ellos. Ignorando al hombre que estoicamente se esforzaba por ignorarlos a ellos, volvió al lado de su pareja sin preocuparse.

—Pronto esta...

Repentinamente el sollozo ahogado de una mujer llamó su atención, dejando su frase incompleta, entrecerrando los ojos para lograr ver más allá de la oscuridad debajo del puente. Pegándose inconscientemente a su acompañante, la resguardó ligeramente detrás de sí. Únicamente podía escuchar los sollozos en la distancia, sin lograr dilucidar su procedencia. Al sentir la mano temblorosa de la joven mujer enroscarse entre sus dedos, consideró la posibilidad de volver a la escalinata y retomar su camino por la avenida principal, sin embargo, aquel llanto femenino resultaba demasiado lastimero y conmovedor como para dar la vuelta e irse.

—¿Hola? —elevó la voz.

El llanto se elevó, casi musicalmente, como el llamado de una

sirena que se volvió imposible de ignorar. El caballero dio un paso al frente de forma inconsciente, tragando saliva audiblemente, ansioso por encontrar a la atormentada mujer. Su joven acompañante se aferró a él con ambas manos, reteniéndolo con frenesí.

—¿Qué haces? —musitó temblorosa la joven.

—Sufre —respondió sin pensar.

—Agoniza —atajó ella severamente—. ¡Es horrible! Son como los graznidos de un ave moribunda, tal vez tiene alguna enfermedad, demos la vuelta.

—¿Qué? —Dejó caer la sombrilla embelesado—. Es una mujer quien llora, sufre alguna profunda pena.

El caballero se sacudió las manos de su acompañante de un tirón y sin detenerse a pensarlo comenzó a caminar, siguiendo el melodioso llanto, ¿cómo podía ella llamarlo graznidos? La joven golpeó el piso con el zapato indignada, hiperventilando aterrada.

—¡Basta! ¡Vuelve inmediatamente!

Al no tener respuesta, y después de dirigir una última mirada al vagabundo varios metros detrás, acurrucado en el piso, suspiró resignada siguiendo a su pretendiente, adentrándose en la oscuridad bajo el puente.

—¿Hola? —insistió el joven caballero.

—No lo llares, debe ser un animal enfermo —se quejó la muchacha buscando alcanzarlo en las tinieblas.

Sin que ninguno de los dos se percatase de cómo es que llegó ahí,

al final del puente, debajo del arco, se encontraba de pie una mujer. La luz detrás de ella la volvía una silueta negra en la noche, esbelta, de cabellos increíblemente largos que ondeaban con el viento en todas direcciones, como si fuese el fuego de una hoguera; una negra llama con vida propia incapaz de obedecer al viento mismo.

—Por favor, para...

Suplicó apenas la joven mujer, buscando sujetar la mano del caballero, sintiendo sus dedos deslizarse firmes fuera de su agarre. Él avanzaba con premura, escapándosele.

Repentinamente el llanto se elevó musicalmente, el caballero no pudo evitar esgrimir una tenue sonrisa, sintiendo como los huesos se le derretían placentemente, fundidos por el candor abrasivo que emanaba de su corazón al escucharla, urgiéndolo a asistirle. Ya no escuchaba a la joven detrás de él, no podía percibir sus pasos, o su respiración agitada, ni sus ruegos por detenerse. Sólo podía escuchar el hechizante llanto.

Finalmente llegó junto a la extraña mujer, a la orilla del puente, sus facciones hermosas y delicadas lo hicieron perder el aliento, tenía la cabeza inclinada hacia abajo, sin embargo, los delgados labios estaban curvados en una sonrisa elusiva mientras su cuerpo se sacudía apenas perceptiblemente.

—Tiemblas —hizo notar el caballero, disponiéndose a quitarse el abrigo en un gesto galante y protector.

La desconocida elevó la cabeza sonriendo divertida y letal, mostrando unos afilados dientes que brillaban antinaturalmente blancos, y el destello dorado de la escasa luz producida por las

farolas del puente sobre ellos hizo destellar sus ojos completamente negros y profundos, demoníacos.

El abrigo escapó de las manos del hombre, horrorizado. Instintivamente giró sobre sus talones buscando a su acompañante en la oscuridad, viéndola varios pasos detrás de él, acucillada en una posición fetal, cubriéndose desesperadamente los oídos, evidentemente en sufrimiento. El llamado de la demoníaca presencia se elevó, ensordeciéndolo con su magistral melodía, y debajo de aquel resonante y dulce canto pudo distinguir el grito desgarrador de la joven. Ella no percibía aquel armonioso llamado, ella era torturada cruelmente por aquel sonido.

—¡Corre, cariño! —le ordenó desesperado.

El joven comenzó a correr en su dirección, presto en ponerla a salvo de aquella demoníaca aparición. La helada opresión de delicados listones de seda detuvo su avance, sujetándolo del cuello y la cintura, deteniéndolo abruptamente.

—Tsk Tsk Tsk. —El demonio chasqueó la lengua, divertido—. El joven está enamorado y huye de mí, pero no podrá salvarla.

El caballero abrió aún más los ojos, llevando las manos a su cuello en un vano intento de despojarse de los listones, descubriendo despavorido que no eran más que cabellos, cientos de ellos, tensándose alrededor de su cuello, asfixiándolo.

Pronto el aire dejó de entrar a sus pulmones, y sus rodillas se doblaron, derribándolo al piso. Vio entre lágrimas como su acompañante se retorció dolorosamente en agonía en el piso, frente a él; pataleando, y golpeándose contra el piso, arañando su rostro y

sangrando sus orejas con sus propias uñas como si quisiese arrancarlas, incapaz de protegerse de aquel magistral llanto.

Puntos negros rodearon la silueta de la pobre muchacha, la visión del caballero comenzaba a apagarse conforme la conciencia se deslizaba lejos de él por la falta de oxígeno.

El joven se rasguñó el cuello buscando romper aquellos férreos cabellos; sin éxito comenzó a palpar desesperado a su alrededor, arañando el piso mismo en un inútil intento por recoger aire con las manos, asirse de cualquier cosa a la que pudiese aferrarse, como si con aquello pudiese aferrarse a la vida misma. Y, entonces, su prometida se rindió, por encima del canto mágico se escuchó el chasquido de las venas reventándose, todas al mismo tiempo, antes de que su cuerpo cayese pesadamente sobre el piso, con un golpe seco que detuvo su corazón. Lucía completamente pálida, aun en la oscuridad, con los ojos exorbitantes completamente rojos y sangrantes, como si le hubiesen reventado todos y cada uno de los vasos oculares, haciéndola llorar sangre a caudales, de sus labios corría un profuso hilo de sangre al igual que de sus oídos. El agudo graznido producido por el demonio, la había aniquilado.

La quietud del pecho inmóvil de la joven, le indicaron al caballero que ella había muerto; el dolor se cernió sobre él, arrancándole un grito desolado que se atoró en su garganta, sin poder escapar de la prisión de cabellos que lo asfixiaba.

Toda voluntad de resistirse a la opresión de su agresora se desvaneció con un último suspiro. Con el corazón roto, incapaz de llorar a su amada, se permitió sumergirse en los lúgubres pensamientos alrededor de su propia muerte. El cabello se aflojó,

liberándolo gentilmente conforme toda voluntad de vivir se escapaba de él, abandonándose al dolor de verla pérdida.

El llanto del demonio se transformó hermosamente, volviéndose en una canción melancólica y llena de amor, llenado mágicamente el vacío que la abrumadora muerte de la joven producía en él, apaciguando su corazón.

El joven caballero sintió su cuerpo moverse en contra de su voluntad; los pensamientos se le arremolinaban demandantes: huye, grita, pelea, ve por ella, muere a su lado. Pero, nada importaba, su cuerpo sólo deseaba una cosa y se movía a voluntad, ir con la dueña de aquella voz y consolarse en su dulce cántico por la eternidad.

Se colocó en pie, respirando pesadamente, recuperando la seguridad de su porte con cada paso que daba hacia el demonio, ansiándolo con cada latido.

El demonio, de femenina apariencia, extendió su largo brazo, en un movimiento ligero, ofreciéndole la palma extendida a su víctima, quien la tomó sin miramientos, siguiéndola obedientemente hasta la orilla de la baranda. El joven caminaba con la mirada pérdida, un cascarón vacío sin voluntad ni anhelos. El demonio subió con un ligero salto a la baranda, casi como si flotase con el viento, el caballero subió a rastras, hasta pararse a su lado.

Sus ojos escocían por las lágrimas no derramadas al abrazarse devotamente al demonio, saltando al río Sena junto con él.

El vagabundo aferrado a sus harapos, retorciéndolos entre los

dedos, respiró aliviado al verlos arrojarse al agua. Buscó desesperadamente entre sus pertenencias una botella de vino, y dándole un largo sorbo jadeó aterrado. Se colocó en pie tambaleándose notoriamente borracho, observando el vestido de la difunta removerse con el viento. Dio un segundo sorbo a su botella.

—¿Señorita? —gritó desde la distancia—. ¿Señorita?

Estrujó violentamente la botella entre los dedos y dando el último sorbo, que le pareció demasiado pequeño, dejó caer la botella sobre el empedrado. Buscó en todas direcciones con la mirada a alguien que pudiese auxiliarlo, sin encontrar a nadie en el muelle. Caminó cautelosamente hasta la joven, paso a paso, rebuscando en la oscuridad, deteniéndose cada par de segundos agudizando inútilmente el oído debido a su estado de embriaguez.

Se arrodilló junto al cuerpo femenino, observando asqueado la sangre que se encharcaba alrededor de su cabellera, manchando sus claros rizos. Siguiendo el tonto impulso de despertarla, colocó una mano trémula en su hombro, sacudiéndola gentilmente.

—¿Señorita?

—¡Alto ahí, no se mueva! —gritó autoritariamente un hombre en la distancia.

Pasos resonaron en la piedra, rebotando en las paredes del puente, mientras un par de policías corrían hacia él.

El vagabundo se colocó en pie tan rápido que se tambaleó, mareado, cayéndose hacia atrás, aturdiéndose con el fuerte golpe en la cabeza; sintió tibia sangre brotarle en la base de la coronilla empapándolo hasta la nuca.

Escuchó las voces gritar y horrorizarse con el cuerpo, enfadarse con alguien, ¿acaso era con él? Ofensas y maldiciones danzaron a su alrededor mientras manos férreas lo elevaban sin importarle sus heridas.

1

EL VAGABUNDO

Octubre de 1873, París, Francia.

El olor a cigarrillos perfumaba el ambiente como una densa onda de vaho caliente, asfixiante y apestosa, que se adhería a todo, impregnándolo con su penetrante aroma: Las gruesas paredes de la comisaría adornadas con desgastados cuadros, las roídas cortinas que cubrían teatralmente las pequeñas ventanas de vidrios sucios y ahumados; así como las viejas sillas de madera frente a los pequeños escritorios de pesado pino, con sus expedientes de amarillentas hojas, ceniceros y quinqués pobremente encendidos, e incluso los policías mismos, todo expedía una sutil, pero penetrante estela de tabaco rancio.

Lyam no pudo evitar rascarse la nariz ante el escozor del ambiente, sintiendo también sus ojos arder a causa del humo. Tuvo entonces la certeza de que todos aquellos policías habían encendido al menos un cigarrillo aquel día, con las ventanas cerradas, para desestresarse de sus ajetreadas vidas entre víctimas y delincuentes.

—¿¡Hablar con quién!?! —elevó la voz el comandante exageradamente antes de estallar con una sonora carcajada,

excesivamente ofensiva y burlona—. ¿El abad Jean Philippe los envía? Ja, ja, ja.

—No es cosa de burla la fe de un hombre, señor, y mucho menos lo es su inocencia —respondió con aterciopelada voz Rowen, completamente sereno, sumergido en su personaje.

Lyam carraspeó con la garganta irritada por el humo, percibiendo moleestamente como aquel olor a cigarrillos viejos se le impregnaban en su pulcro traje, en su cabello e incluso en su piel. Dirigió una mirada curiosa a Rowen, lucía impecable, con el cabello negro perfectamente sujeto en una pequeña coleta en su nuca. El sombrero ensombrecía sus claros ojos azules, oscureciéndolos tanto que parecían un cielo tormentoso; mantenía la expresión serena, aunque la tensión en su quijada denotaba su descontento. Desde donde estaba, podía percibir ligeramente, aun por debajo del olor a cigarrillos, el olor a jabón, café y metal que se desprendía de su amigo. «¿Cómo es que siempre lograba aquel aspecto tan pulcro en su persona, aun cuando no ponía mayor empeño en ello?» pensó genuinamente admirado Lyam, por un instante estuvo seguro de que Rowen ni siquiera sería impregnado por el molesto olor. Caminó distraídamente hasta la ventana más próxima en una inconsciente búsqueda de aire fresco, dejando a Rowen hablando solo con el comandante.

Suspiró al encontrar la ventana cerrada, recordando cómo apenas tres días atrás se encontraban en las costas de la Playa de Zlatni Rat en Croacia, también llamada el Cuerno de Oro. Habían pasado cerca de dos meses en la soleada y paradisiaca playa de arena blanca, resguardando el nido de un grupo de sensuales y divertidas sirenas,

asegurando el linaje de las criaturas de Or sobre la tierra humana como un favor personal a Debvisha, la reina de los elfos.

A pocos días de que las sirenas debiesen marcharse de las costas, llegó un mensaje del Concejo *Sheann*, formado por los ancianos de la Orden Druida, demandaban de forma urgente su presencia en París; el abad Jean Philippe, fiel y viejo amigo de la Orden, reportaba numerosos asesinatos en la ciudad. Contaban con un poco fiable testigo, pero la exactitud de su descripción y la constancia de sus alucinaciones, lo volvían un testigo veraz, o al menos eso creía el abad. Con pesar, Rowen y Lyam habían empacado sus pocas pertenencias y después de pasar una última noche con las sirenas, acudieron al llamado de la Orden, obedeciendo a su deber.

Así pues, se encontraban en la comisaría de París, con trajes ordinarios para no llamar la atención del cuerpo policiaco con sus ropajes de cuero negro y sus decenas de correas con filosas armas. Lyam se había limitado a portar un par de revólveres en sus costillas, incapaz de desprenderse de ellos, y Rowen mantenía escondidas un par de cuchillas en su espalda, bajo el saco.

Lyam intentó abrir la ventana, soldada con suciedad, sarro y óxido, incapaz de lograrlo. Bufó indignado, y trató de deslizar el pequeño marco de madera aún con más fuerza, haciendo chirriar las bisagras escandalosamente, sin lograr abrirla más allá de un par de centímetros. Se cuadró de hombros, determinado a abrirla, ignorando las miradas curiosas que el chillante sonido había atraído. Tomó con fuerza el marco con ambas manos, empujándolo con violencia. Escuchó a Rowen llamarlo molesto, distrayéndolo en

su labor; la mano derecha se le resbaló agresivamente por el marco, golpeando fuertemente el vidrio, estrellándolo en un estrepito que paralizó a la comisaría.

El murmullo de voces cesó con el estruendo. Los músculos de Lyam se tensaron con la impresión; carraspeando apenado ajustó su abrigo modestamente, y recuperando la compostura giró con una sonrisa radiante, increíblemente ajena a lo sucedido.

—¿Terminaste, Lyam?

Rowen luchó por parecer mesurado pero sus ojos azules lo sentenciaban por completo, nitrógeno líquido que buscaba congelarlo hasta los huesos.

—Sí, andando.

Lyam se encogió de hombros comenzando a caminar, ignorando estoicamente su reproche y el de todos los policías.

—¿Seguro, señor O’Neills? Aún tenemos ventanas intactas que podría romper sin ningún motivo —espetó el comandante gruñón.

—Gracias, con una es suficiente, comandante —respondió visiblemente divertido Lyam sin detener su camino.

Rowen lo analizó con la mirada apenas unos segundos, incapaz de mantenerse serio ante la cómoda naturalidad de su amigo pese a su penoso ridículo, siguiéndolo por el recinto con una sutil sonrisa.

Conforme avanzaron por el estrecho pasillo que conectaba a las oficinas con los separos, la esencia de tabaco fue opacada por la nauseabunda mezcla de suciedad, alcohol añejo y lejía, que ocultaban pobremente el olor a orines.

Pasaron delante de un par de diminutas celdas, donde había más personas de lo que era su obvia capacidad. Hasta que finalmente llegaron al final del pasillo, donde había una pesada puerta de hierro cerrada con un firme cerrojo, además de tres gruesos candados. Rowen analizó los candados apenas un instante antes de dirigir una mirada de reproche al comandante.

—¿No le parece un poco excesivo, señor? —cuestionó más indignado que curioso—. Por lo que me han dicho ese hombre no es más que un pobre diablo, ¿cómo piensa que escapará?

—Disculpe, señor, pero usted no vio lo que nosotros, si hubiese visto a esa pobre mujer, y más tarde a su acompañante, con los sesos completamente reventados. —Se sintió obligado a excusarse el policía, sin embargo, el desdén en su mirada dejaba claro que le daba igual lo que pensarán al respecto—. Si fuese por nosotros, este hombre ya estaría muerto, pero el abad ha sido demasiado insistente. Ustedes, han tardado demasiado en venir.

—No estábamos en el país, comandante —se limitó a responder Lyam amablemente.

El comisionado los observó críticamente un minuto, buscando descifrar la verdadera razón de su presencia, sin éxito.

—¿No es temprano para mi comida? —indagó una voz pastosa desde el otro lado de la puerta—. Me dieron de comer hace dos días, ¿están seguros de que ya es mi hora?

—¿Hace dos días? —se alarmó Lyam cuadrándose de hombros.

El comandante bajó la mirada como toda respuesta y se dispuso a abrir los candados con premura, visiblemente urgido por alejarse de

la mirada dura de aquel par de desconocidos que le ponían los pelos de punta. Parecían de lo más ordinarios, pero expedían un aura de letalidad que le hacían helar la sangre.

En cuanto hubo abierto la puerta, les dio la espalda y se marchó, sin dignarse a ver al apestoso hombre dentro de la pequeña celda. Rowen dirigió una mirada a Lyam, que se encontraba clavado en el piso detrás de él, observando horrorizado al espantapájaros que simulaba ser un hombre, arrinconado en una manta en el piso. La pequeña celda no tenía ventanas, ni cama, ni una letrina decente, una pequeña cubeta oxidada, un par de cartones desgastados y un harapo que alguna vez fue una manta, eran lo único que acompañaba al inocente hombre.

Ellos lo sabían, en cuanto hubieron escuchado el relato no tuvieron duda de que se trataba de algún demonio, pero como convencer a la policía de aquello sin mostrarles el horror del mundo: un horror que jamás les permitiría sentirse a salvo de nuevo.

Rowen sacó un pañuelo del bolsillo de su chaleco, tosiendo un par de veces asqueado por el olor, incapaz de fingir indiferencia ante aquella abrumadora esencia que le contraía las entrañas y le hacía arder la nariz. Lyam exhaló profundamente conteniendo una arqueada, y armándose de voluntad entró en la celda.

—¡Oh!

Dibujó una gran “O” con los labios el indigente, abriendo los ojos cual exorbitantes canicas, cuando sus ojos se acostumbraron a la nueva luz y hubo distinguido a sus pulcros y altos visitantes, claramente confundido ante sus presencias.

—Buenas tardes, señor Félix, somos enviados del abad Jean Philippe —saludó Lyam con un cortés movimiento de cabeza, inclinando ligeramente su sombrero con la punta de los dedos.

—¡Ja, ja, ja! —estalló en una divertida mofa el hombre—. ¿Señor? Sí, los envía el abad Jean Philippe sin duda.

El hombre rio tanto que su estómago vacío se arqueó, obligándolo a toser hasta arrojar un escupitajo al otro lado de la habitación, rozando los relucientes botines de Rowen.

—¿Sabe por qué estamos aquí? —preguntó sin más Rowen endureciendo su mirada, asqueado ante aquel gesto.

—¿¡Por qué estoy yo aquí!?! —gritó con los ojos rabiosos el borracho, gesticulando exageradamente con las manos.

—Ha sido acusado formalmente del asesinato de más de una docena de mujeres y hombres, tiene suerte de estar aquí y no en un cepo o ahorcado.

—¡Yo no los maté! ¡Yo no los maté! ¿Por eso han venido? ¿Por una confesión? ¡Largo! ¡Largooo! —enloqueció el hombre alterándose tanto que se le formó espuma en los labios.

—¿Quién los mató? —insistió insensible Rowen.

—¡Yo no fui!

—¿Quién fue?

—¡El abad dijo que me ayudaría! ¿Qué es esto? ¿Quiénes son? Yo no maté a esas personas.

—Lo sé, fue una mala jugada de la vida el que usted estuviese ahí

esa noche, señor Félix. —Lyam se agachó hasta colocarse de cuchillas frente a él, sacando su ánfora de whisky—. Lugar y momento equivocados. Tome.

—¡Bah! —torció el gesto el indigente, apoyándose en la pared con desdén, escupiendo ofensivamente a los pies de Lyam—. Yo no tomo cosas de jóvenes ricos, esos vinos finos no son para hombres.

—Por favor, quiero ayudarle. —Lyam extendió más el brazo, sin perder la calidez de su rostro, ofreciéndole su ánfora—. Es whisky.

El vagabundo lo observó desconfiando, pero la amabilidad en los ojos del extraño le hizo imposible volver a ser grosero con él. Le arrebató ansioso el whisky, y destapándolo lo bebió tan desesperadamente que gran parte del líquido resbaló por su barbilla y su cuello.

—Ha sido una bruja —masculló cuando hubo terminado la mitad del contenido.

—¿Una bruja? —cuestionó Lyam confundido.

—¿Qué otra cosa si no? Debieron quemarlas a todas en la hoguera, pero algunas se les habrán escapado, y han regresado, ¡han regresado las malditas!

—Vio a esa... ¿bruja? —preguntó Rowen dando un paso hacia él.

El borracho lo ignoró estoicamente, dando otro sorbo posó en Lyam sus ojos llenos de pavor.

—Estaba muy oscuro, por eso escogí ese puente para dormir, pensé que pocos se atreverían a cruzarlo de noche. No había luna, con la lluvia... y las farolas, no sirven debajo del puente, todo era

negro, muy negro...

—¡Es decir, que no vio nada! —soltó molesto Rowen—. Hemos venido a verle por nada, vámonos, Ly.

—Sí la vi, tengo pesadillas con ella, quisiera no haberla visto, ¿entiende? ¡Estoy tan maldito como a los que mató!

—¿Qué vio esa noche, señor? —insistió amablemente Lyam, tomando una de sus manos entre las suyas.

El vagabundo lo observó admirado, la sorpresa en sus ojos fue clara, había pasado mucho tiempo desde la última vez en que había recibido un gesto cordial de simpatía; Lyam lo comprendió de inmediato, no había experimentado un contacto amable en más tiempo del aceptable. Estrujó sus manos instándolo a continuar, apenas un instante, antes de darle una palmada en el hombro, reconfortándolo.

—No está maldito, las pesadillas se irán con el tiempo.

—La pareja iba paseando por el muelle, la joven se veía que era de esas niñas ricas, iba enojada por tener que caminar, pero él joven iba embobado con ella, no le quitaba el ojo de encima, ya sabe cómo, de esas miradas bobas que tiran los enamorados cuando creen que no los ven.

Rowen dio un paso adelante, abriendo la boca dispuesto a opinar, pero Lyam lo detuvo con la mirada, nada de lo que pudiese decir haría al hombre hablar de forma más concisa, ni más rápida. Lo mejor era escuchar y ser pacientes.

—Como decía... él no le quitaba el ojo de encima, hasta que la

oyó, a la bruja, digo, era un canto hermoso, un llamado del infierno estoy seguro. Ella le pidió no ir, la joven quiero decir, lo agarró para que no fuera, pero él no pudo ignorar el llamado de la bruja.

—¿La vio, señor? —aprovechó una pausa Lyam, mientras el borracho bebía otro sorbo.

—No la vi, todo estaba muy negro —se encogió de hombros ante la mirada de decepción de Lyam—. Sólo pude ver su sombra, era una mujer, sin duda, pelo oscuro, que volaba, parecía una llama negra, una llama del mismo infierno, se movía para todos lados, y no soplaba tanto viento, la verdad. Yo me quedé sordo unos minutos, sólo escuché un silbido muy fuerte en mis oídos, no podía oír nada más, pensé que la bruja vendría por mí... y de repente la muchacha cayó muerta, y el caballero se fue con la bruja.

—¿Se lo llevó? —interrogó Rowen impaciente.

—No, él se fue con ella les digo, la tomó de la mano y la siguió tranquilamente hasta el borde del río, incluso la ayudó a subirse a la barda antes de subir con ella, y lanzarse los dos abrazados al agua.

Lyam sacó de un bolsillo de su pantalón un trozo de pan y un poco de queso, envueltos en un pañuelo blanco, y se lo ofreció al indigente, antes de darle unas palmadas en el hombro y colocarse en pie. Alisó su abrigo ligeramente, y dirigiéndole una mirada significativa a Rowen ambos caminaron a la puerta.

—Vendrá otro de nosotros a llevárselo, lo sacaremos de aquí, resista hasta entonces, por favor, señor Félix —sentenció Lyam disponiéndose a cerrar la puerta tras él.

—Espere, hay algo más —lo detuvo el hombre animado por aquella promesa.

Lyam lo observó pacientemente, escéptico, dudando que pudiese decirle algo de ayuda.

—Vivo en las calles, ya sabe... no es la primera bruja que veo, es la primera que deja a una joven muerta delante de mí, pero... Hay más como ella, muchas más, están por todo el muelle, salen a cazar hombres... todas las noches.

2

EL MUELLE

Los destellos dorados se reflejaban en las verdosas y sumamente quietas aguas del Sena, cual diminutos relámpagos cegadores, que obligaban a Rowen a entrecerrar los ojos mientras recorría el muelle alrededor de la Isla de la Cité. Faltaba un poco más de una hora para el anochecer y el sol se mostraba inclemente, aferrándose a su última hora de esplendor.

La ciudad estaba completamente abarrotada, el traquetear de los carruajes, con sus ruedas de madera, al cruzar las avenidas de piedra llegaba inconfundibles a los oídos de Rowen, junto con todo el barullo de los vendedores ambulantes y los músicos callejeros. Las personas iban y venían en todas direcciones, ataviadas con ligeros abrigos, chales y sombreros; anunciando el próximo cambio de temperatura propio de mediados del otoño en la ciudad.

Rowen sabía tan bien como los parisinos que en cuanto el sol se pusiese, el frío cobijaría las calles con un manto que les helaría los dedos y las narices.

Cansado de dar vueltas en círculos, optó por apoyarse en la baranda del muelle, perdiendo la mirada en las tranquilas aguas del

río y su maravilloso espectáculo de estrellas solares danzando en las densas aguas del Sena, volviendo sus ojos aún más azules.

Sacó tranquilamente una cigarrera de plata del bolsillo interno de su chaleco, llevando un fino puro a su boca; aprisionándolo entre los dientes desabotonó distraídamente su abrigo, mientras buscaba la siempre pérdida cajetilla de cerillas.

Escuchó un cerillo encenderse junto a él, y antes de que pudiese voltear, una familiar mano ya había acercado el fuego a la punta de su puro. Rowen sonrió de medio lado, dando un par de caladas para encenderlo, disfrutando de la reconfortante sensación del cálido humo en sus pulmones.

—Siempre tan oportuno —saludó Rowen alegremente.

—Podría decir lo mismo, justo deseaba un puro, pero únicamente encontré las cerillas —sonrió Lyam dándole una ligera palmada en el pecho, haciendo sonar la cigarrera.

Rowen amplió la sonrisa, sosteniendo el puro entre los labios, sacó uno para su amigo con un cordial gesto.

—¿Cómo te fue? —cuestionó casualmente, perdiendo nuevamente la mirada en las verdosas aguas.

—Todo tranquilo del lado Norte —informó Lyam recargándose junto a él, pero de frente al malecón, observando a las personas—. No hay nada fuera de lo común, ni personas extrañas, ni runas o signos de rituales.

—La ribera es demasiado extensa para vigilarla —susurró pensativo Rowen más para sí, que para su amigo.

—Podemos solicitar que envíen a algunos guardianes.

Se encogió de hombros Lyam.

—¡Por favor! —resopló indignado el galo—. ¿Cómo harán ellos la diferencia? Son una bola de inútiles.

—Rowen, eventualmente se volverán druidas... si no aprenden del mejor, jamás mejorarán —dijo cansinamente Lyam, casi desinteresadamente.

—No soy el mejor, Ly, seguramente aprenderán más en Dumha con los viejos.

—¿Qué?, hablaba de mí —dijo Lyam con total naturalidad, cuadrándose de hombros le dirigió la más radiante de las sonrisas.

Rowen lo observó, sonriéndole de regreso sin percatarse, en un reflejo sumamente natural. Volvió a perder la mirada en el río, visiblemente menos preocupado.

—Sólo digo, que, si la ribera es demasiado grande, algunos pares de ojos extras serían útiles, llevamos una semana en París y no hemos logrado hacer mucho, por no decir que no hemos hecho nada, cada mañana aparecen nuevos cuerpos flotando en el río y el Concejo pronto se impacientará...

—¿Qué harán?, ¿reprendernos?, ¿venir ellos mismos a resolverlo, Ly?

Lyam suspiro audiblemente, observando meticulosamente a cada una de las personas que cruzaban frente a ellos: familias enteras, parejas, o solitarios caballeros, mujeres y niños, todos y cada uno de ellos era una víctima potencial; alguno de aquellos ingenuos y

confiados parisinos no llegaría a casa aquella noche. Se toparía con un hambriento demonio que los arrastraría a las profundidades del Sena para drenar hasta la última gota de sangre antes de desecharlos cual cascarones inservibles.

—Comienzo a sentirme culpable, Ro —dijo al cabo de unos minutos el joven druida, abrumado ante la perspectiva—. Es nuestro deber proteger a estas personas, y si la arrogancia es lo único que se interpone entre su supervivencia y una trágica y dolorosa muerte...

—No, no es así, su seguridad no es nuestra responsabilidad, nuestro deber no es que ellos duerman acogedoramente en una cama caliente esta noche, Ly —se exasperó Rowen evidenciando el fastidio de tener la misma conversación por décima ocasión—. Nuestro deber, nuestro único deber es acabar con el mal que camina sobre la tierra, es lo que hemos hecho todas nuestras vidas y lo único que los druidas harán hasta el final de los tiempos; aun después de que estas personas hayan fallecido. Todos morirán, ya sea en las garras de una criatura mágica o a causa de la vejez, no importa.

—¿No te importa que mueran?

Se horrorizó Lyam enderezándose violentamente, dirigiéndole la más dura de las miradas.

—No quise decir eso, pero...

Rowen se encogió de hombros sin atreverse a verlo a la cara, llevándose el puro a la boca. Lyam mordió el interior de sus mejillas, conteniendo el impulso de zarandearlo antes de arrojarlo

al río. Se limitó a observarlo un par de segundos, e incapaz de esperar a que su amigo concluyese su idea, le arrebató el puro de entre los labios y lo arrojó al agua antes de darle la espalda y marcharse.

—Ly, espera —buscó detenerlo Rowen genuinamente sorprendido por su reacción.

—No me sigas.

—Está anocheciendo, ¿a dónde vas?

—A buscar tu alma, debe estar por ahí abandonada.

Rowen sonrió ampliamente, tanto que estuvo seguro de que sus ojos destellaron divertidos; Lyam siempre había sido un ser excesivamente bondadoso, bueno y muy melodramático. Rowen suspiró, por supuesto que le importaba que los parisinos estuviesen muriendo, ¿qué hacía en París si no?, pero no podía dejar que aquello nublaste su juicio, tenían un demonio que atrapar, y a juzgar por la descripción que el vagabundo había dado, era un demonio poderoso que se aprovecharía de cualquier debilidad que encontrase en ellos.

—¡Carajo, Lyam! —maldijo ante la perspectiva de su propia idea—. Bien, separémonos, así abarcaremos más terreno, te veré a media noche en el puente *Neuf*, no llegues tarde.

Su amigo se detuvo en seco, dirigiéndole la más amplia de las sonrisas, con los ojos llenos de agradecimiento. Lyam le había pedido hacer rondas por separado desde el primer día, pero el temor de Rowen a que el demonio encontrase a Lyam solo y vulnerable lo había atormentado tanto que se vio incapaz de acceder a su

petición; pero, aquellas absurdas discusiones simplemente debían terminar.

Sabían por los informes policiacos brindados amablemente al abad, que todos los ataques se habían llevado a cabo alrededor de la Isle de la Cité, lo cual disminuía considerablemente el área que debían vigilar, sin embargo, continuaba siendo un área amplia para recorrerla juntos. Sabía, muy a su pesar, que lo mejor para resolver aquello pronto era separarse.

Viendo como Lyam se alejaba rápidamente entre el gentío sacó un nuevo puro, rebuscó entre sus bolsillos por la cajetilla de cerillas. Gruñendo molesto al percatarse de que no poseía una elevó la vista buscando a Lyam, pero él ya había desaparecido en la distancia.

Guardando su puro, se apresuró a abotonar su gabardina nuevamente, ocultando de la vista de los curiosos las decenas de cuchillos que relucían letales, perfectamente sujetos en los arneses de sus piernas. Definitivamente llamar la atención de forma negativa jamás podía ser algo bueno, no cuando las calles estaban tan abarrotadas y bastaba con el pequeño grito de alguna mujer asustadiza o un hombre cobarde para atraer a un policía, ya de por sí nervioso por los misteriosos ataques y las continuas desapariciones alrededor de la Isle de la Cité.

Al notar el modo en que un grupo de mujeres cuchicheaban entre sí, señalando sus piernas ya resguardadas bajo el abrigo, no pudo evitar dirigirse una mirada crítica: sus pesadas botas druidas bastaban por sí solas para llamar la atención, pero aunado a eso estaba el grueso abrigo de piel lleno de bolsillos, hebillas, botones y

cadenas, debajo de aquello llevaba una vestimenta de lo más ordinaria y pulcra, pero nadie podía ver debajo de aquello, porque seguramente no se fijarían en su pulcro aspecto, se concentrarían en la centenas de cuchillos esparcidas minuciosamente por su cuerpo; estaba listo para aniquilar a una horda de demonios.

Dirigió una nueva mirada al femenino grupo, sonriendo de medio lado, buscando tranquilizarlas. La sombra del anochecer se posó sobre la ciudad, oscureciendo las facciones de las mujeres que rápidamente dieron la vuelta, marchándose.

Rowen recordó entonces a Lyam mezclándose entre la multitud, ansioso por encontrar al demonio, patrullando los muelles de París; no podía dejarlo sólo en su travesía. Suspiró resignado, se caló correctamente la gabardina y comenzó a caminar.

3

LA LAMIA

Conforme la oscuridad reclamaba lentamente la noche, acompañada del inclemente viento helado de otoño, las calles fueron vaciándose con la misma parsimonia. Cerca de media noche, eran pocos los aventureros transeúntes que aún vagaban por las calles desoladas de París. Rowen no se había cruzado con ninguna alma en un par de kilómetros, y cansado de vagar inútilmente comenzaba a convencerse a sí mismo de que sería otra noche improductiva.

Repentinamente escuchó el barullo que producían un par de jóvenes mientras bajaban las escalinatas que conducían de la calle Quai de l'Horloge al muelle. Bromeaban entre ellos con escandalosas carcajadas, trastabillando sonoramente por las escaleras de piedra, irrumpiendo el macabro y desolador silencio de la noche.

Rowen los esperó pacientemente al resguardo de la densa oscuridad producida por la sombra del puente. Eran las víctimas perfectas para la criatura que rondaba la Isla de la Cité. Eran, de hecho, las únicas personas disponibles, hasta donde él sabía.

Al pasar al lado de Rowen sin reparar en su presencia, dejaron

una estela a cigarrillos que produjo en el druida una punzada de celos en el centro de su pecho, había deseado fumar desde que Lyam indignado había arrojado su puro al Sena. Los observó alejarse un par de metros, empujándose, y abrazándose, luciendo un espíritu alegre y brioso. Iban perfectamente ataviados con finos trajes, y lustrosos zapatos; uno de ellos hacía girar entre sus dedos un bastón, mientras el otro insistía en acomodarse el sombrero que el viento se empeñaba en arrebatarse.

Rowen rodó los ojos con fastidio, escuchando sus bromas ridículas, deseando secretamente que la criatura los encontrase apetecibles pronto; no soportaría mucho de aquella conversación. Al darse cuenta de que iban en sentido opuesto al puente *Neuf*, titubeó un instante, se suponía que debía encontrarse con Lyam a media noche. Dio un último vistazo al que debía ser su camino, observó la penetrante oscuridad que cubría la ribera, donde escasas farolas alumbran círculos distantes, imaginó a su compañero, con su cigarrillo en mano, soportando el frío, esperándolo.

—Lo siento, Ly.

Suspiró resignado, calándose la gabardina, para protegerse el cuello y barbilla del helado clima. Cuadrándose de hombros caminó detrás de los jóvenes a una prudente distancia.

El gallo comenzaba a creer que había cometido un error, después de seguirlos por más de media hora a lo largo de la ribera. El aire helado se le colaba por cada hendidura de la ropa, congelándole la piel. Tiritaba de frío y los ojos le escocían a causa del insistente viento que se los secaba de forma inclemente. Los jóvenes parisinos

vagaban sin rumbo, compartiendo una licorera, y encendiendo cigarrillo tras cigarrillo, para ellos la fiesta continuaba sin prisa.

Rowen consideró la posibilidad de abandonarlos, volver al puente *Neuf*, y rogar a Lyam por el tan anhelado cigarrillo. Elevó el rostro observando la luna, pasaba de media noche, su amigo comenzaría a preocuparse dentro de poco.

—¡Hey! ¡Hey! —gritó uno de los jóvenes llamando su atención.

—¿Qué hacen unas lugares como ustedes en un señorita como este tan noche?

Arrastró incongruentemente las palabras el joven del bastón, llamando a un grupo de señoritas que bajaban por unas escalinatas, que Rowen no había visto hasta entonces. Las jóvenes rieron divertidas por el balbuceo sin sentido del joven notoriamente ebrio.

—Debemos acom... pañarles a su casa, ¿no crees, Adrien? —masculló entre dientes el joven del sombrero.

—Por supuesto, somos unos cebarelos... caballos... ca... balleros

El joven Adrien hizo una reverencia ridícula, inclinándose tanto que Rowen por un instante estuvo seguro de que tocaría el piso con la frente. Su acompañante lo enderezó tirando de él por el saco, sosteniéndose el uno al otro, hombro con hombro. Rowen hubiese sentido pena por las jóvenes si no las hubiese escuchado reír divertidas y animosas.

—¿Serán nuestros caballeros de brillante armadura? —se mofó una de ellas coquetamente.

El corazón de Rowen se heló, aquella voz había sido demasiado

dulce y musical, casi angelical. Comenzó entonces a caminar, acercándose sigilosamente con el palpitar en su sien, ansioso.

—¿Nos cuidarán? —rio hermosamente alguna de ellas.

—Sssship —siseó Adrien elevando su bastón como si fuese una espada, esgrimiéndolo, batiéndose con el viento—, a todasss.

—Y, a ustedes, ¿quién los cuidará?

Las jóvenes detuvieron su risa, desconcertando al par de caballeros, mientras ellas salían a la luz. Una de ellas extendió la mano con sutileza, invitándolos a aproximárseles. Rowen se detuvo en seco. Su piel lucía luminosa y suave, cual marfil pulido. Su cabellera suelta volaba en todas direcciones, y su brazo extendido estaba cubierto de sangre, gruesas costras negruzcas de sangre cubrían su mano, subiendo por su brazo hasta el codo.

—¡Corran! —les advirtió Rowen, inútilmente, al par de jóvenes.

Ninguno se movió, petrificados observando a la hermosa señorita que simulaba ser un ángel sangrante. Rowen bufó, comenzando a correr mientras abría su gabardina; tomando ágilmente un par de dagas apuntó a la mortífera criatura.

La luz de la farola iluminó claramente a la hermosa joven. Los ojos de Rowen se abrieron como platos, destellando el azul de sus pupilas al distinguir el guante color vino que enfundaba ceñidamente el brazo de la joven. No había sangre. Apenas alcanzó a girar levemente las muñecas al tiempo en que sentía las cuchillas desprenderse de sus dedos, arrojándolas con una ligerísima desviación.

Las jóvenes gritaron asustadas, mientras Rowen derrapaba cayendo en el asfalto. En apenas un latido de su corazón sintió la sangre helársele en las venas. Tiempo que le llevó ver como sus chuchillas rozaban el brazo de la joven, cortando su guante, abriéndole una finísima herida como si hubiese sido producida por el filo de una hoja de papel.

La joven agredida se cubrió el brazo instintivamente. Las otras dos muchachas recogieron sus faldas y regresaron corriendo por las escaleras, gritando histéricas al distinguir las decenas de navajas acomodadas pulcramente a lo largo de todo el cuerpo de Rowen. Una de ellas tuvo la sensatez de regresar por su amiga, tirando de ella del brazo, jaloneándola hasta que volvió en sí, para huir juntas. El par de jóvenes caballeros se arrastraron más que correr por los escalones detrás de ellas, gritando con igual histérica femineidad. Rowen suspiró aliviado, sorprendido de su novicio error, culpando al viento helado de afectarle la vista, y hacerle confundir aquella hermosura natural con un demonio.

El galo se colocó en pie, alisando su ropa con dignidad, caminando hasta donde habían caído sus dagas. Encontró sus armas relucientes reflejando la luz de la luna en medio del muelle. Sonriendo ligeramente se inclinó a recogerlas. «Qué pérdida de tiempo» pensó amargamente, decidido a regresar al puente Neuf, al lado de Lyam.

Las navajas chirriaron en la piedra cuando arrastró el metal sobre el empedrado, enderezándose abruptamente. Un profundo escalofrío recorrió su espalda, alertándolo. Giró rápidamente sobre sus talones, encontrándose con una mujer de belleza sobrenatural:

reconoció de inmediato las facciones perfectas, la tez tersa y helada que brillaba con la luna de forma hipnóticamente antinatural, su larga y brillante cabellera moviéndose suavemente en contra del viento, hacia él, en una sutil y sensual invitación para que se aproximase, y sus ojos negros, tan oscuros que parecían absorber la luz de la luna misma.

Esta vez no había duda de que era un demonio, una devastadora lamia, seductora y mortífera. Pensó en empuñar sus dagas, imaginó lo bien que se sentiría atravesarla con ellas, sabía que debía asesinarla antes de que le escapará, pero su cuerpo no le respondió, ya no le pertenecía: cada latido de su corazón correspondía a cada paso que daba hacia ella, estaba a su merced.

La lamia extendió la mano con una sonrisa triunfal. Rowen obediente alzó el brazo ansiando su contacto. Sus dedos apenas se rozaron cuando el cabello de la lamia ya lo envolvió por completo, jalándolo hacia ella.

El demonio lo abrazó, sumergiéndolo en el Sena junto con ella, en un enlace mortal.

Rowen sintió como sus pulmones se llenaban de agua, como su pecho se quemaba estallando desesperado por aire, su corazón punzó con un último intento de permanecer con vida, reclamando la voluntad sobre su cuerpo.

Con movimientos lentos por la resistencia del agua, y la falta de oxígeno, rebuscó entre los densos mechones de férreo cabello alguna de las incontables navajas acomodadas bajo su gabardina. Palpó en la oscuridad del agua, hasta sentir el metal helado contra sus dedos. Aferrándose a su única arma, cortó el cabello del

demonio, y la pelea comenzó.

4

LA CAMPANITA

El dulce y reconforte aroma del pan recién horneado perfumaba el aire que atravesaba las calles hasta el río Sena. El viento cruzaba la ciudad con tal intensidad que parecía cargar consigo el calor de los hornos avivados por la leña, envuelto en vainilla, canela, y chocolate.

La intensidad de la noche era abrumadora, apoderada por la clase de penumbra que precede al alba, absorbiendo la luz, dejando paso a sombras tenebrosas que abren camino a lo siniestro para volver a su lugar de origen antes del amanecer. Era sin duda una extraña mezcla de desoladora oscuridad y reconfortante dulzura la que acompañaba a Rowen en su cansado andar a través de la ciudad.

Rowen caminaba erguido como sólo un guerrero orgulloso lo haría después de la batalla, un andar característico de los druidas, incluso cuando habían sido derrotados. La sangre de asesino celta les brindaba el poder y la seguridad de su linaje, atribuyéndoles la certeza de haber sido aniquiladores de millares de hombres, monstruos y demonios.

Sin embargo, pese a lo gallardo de su postura, sus pasos eran

lentos y pesados, imprimiendo viscosas y oscuras huellas detrás de él.

La humedad de su ropa le hacía estremecer la piel, sus botas inundadas le resultaban pegajosas a cada paso, y el calor de su cuerpo se escapaba con cada exhalación mientras sus dedos helados buscaban calidez inútilmente en los bolsillos de su pesada gabardina.

Una despiadada ráfaga de frío aire otoñal tiró de forma casi imposible de su abrigo empapado por el Sena, erizando su piel por completo. Rowen gruñó entre dientes, lo único que detestaba más que París, era París en otoño, con sus largas y oscuras noches cargadas de fuertes y helados vientos que hacían crujir las estrechas calles, estremeciendo a la ciudad entera, que gemía y aullaba trágicamente sus penas sin nadie que la escuchase, nadie más que él, un protector de la noche.

Sus ojos se iluminaron con el reflejo de la tenue luz a la distancia. Sonrió involuntariamente en contra de su mal humor, del dolor de sus heridas y del penetrante frío. El olor del pan horneándose lo había conducido a través de las tortuosas calles de París, y ya podía vislumbrar la panadería con su acogedora luz asomando por sus aparadores. Aspiró profundamente llenando sus pulmones con el reconfortante aroma de canela y chocolate, y ampliando su sonrisa forzó más el paso.

Al instante una aguda punzada en su vientre lo obligó a detenerse, encorvándose levemente para absorber el penetrante dolor en silencio. Exhaló sorprendido, rozando suavemente el costado de su vientre con la punta de los dedos, la mano le

temblaba incontrolablemente a causa del frío cuando la separó de su abdomen. La visión de su mano temblorosa con los dedos llenos de sangre fresca lo incomodó, sintiendo un extraño alivio de estar solo, su orgullo era poderoso y la simple idea de que pudieran verlo en ese estado deplorable le molestaba, además, conocía perfectamente el carácter bromista y burlón de Lyam, quien sin duda lo abrumaría con pesados comentarios sobre su épica batalla con un simple demonio menor.

Rowen rio amargamente entre dientes, colocó con firmeza la mano sobre la herida de su vientre y continuó caminando, castigándose a sí mismo con el recuerdo de la absurda pelea que acababa de librar.

No recordaba haber vencido a la lamia, ni recordaba cómo había recibido gran parte de las heridas, sin embargo, recordaba la sensación de las garras del demonio en sus brazos para liberarse de su oponente. Sabía que las garras de las lamias son venenosas, eso debió dejarlo inconsciente, porque su siguiente recuerdo fue despertar a la orilla del Sena temblando de frío, sangrante y adolorido.

Se había colocado trabajosamente en pie y llenado su pecho con una profunda bocanada de aire fresco, buscando aliviar la asfixiante sensación producida por la proximidad de la muerte, fue entonces cuando percibió la más deliciosa esencia a canela, vainilla, azúcar y chocolate de la que tuviera memoria, y había comenzado a andar siguiendo el aroma sin importarle nada más.

Rowen observó sus manos, temblaban alarmantemente: comenzó a preguntarse qué tanto de ese temblor era a causa del frío y qué

tanto correspondía a la sangre pérdida a causa de las heridas o al envenenamiento de la lamia.

Alzó la vista y suspiró aliviado, se encontraba en la banqueta al borde de la panadería, aspiró profundamente hinchando su pecho con el preciado aire cálido que emanaba del pequeño establecimiento. La sonrisa que curvó sus labios fue imperceptible incluso para él, pero la sensación de confort y dulzura permaneció en sus ojos, observando complacido la pequeña casita en la esquina de la calle *Rue de Dauphine*.

Era una casa vieja y antigua, pequeña en comparación a las casas aledañas, pero perfectamente cuidada, con un aparador enorme a cada lado de la calle, divididos por un gigantesco marco de madera que enmarcaba una firme puerta justo en la esquina que unía los dos lados de la casa.

Del enorme balcón que bordeaba el segundo piso, colgaban decenas de ramilletes de pequeñas y delicadas rosas de un intenso color, aún indescifrable por la oscuridad de la noche, era una enredadera tan abundante que ocultaba envidiosamente el coqueto letrero de madera vieja en el cual se leía simplemente "*Le Café*". Rowen rio discretamente, era más que una simple panadería. Recuperándose adoptó nuevamente su postura gallarda y orgullosa, y dando los últimos pasos hasta la puerta entró al fin.

Cerró apresuradamente la puerta detrás de él, deseando preservar el cálido ambiente de la habitación. La ola de calor lo cobijó amablemente de inmediato en un gentil abrazo de bienvenida. Había cuatro mesas perfectamente distribuidas a cada lado del establecimiento, con sus ligeras sillas pulcramente acomodadas, los

estantes y las vitrinas estaban repletos de una numerosa variedad panes calientes de los que aún se desprendía vapor que empañaba los vidrios.

Caminó hasta el mostrador donde relucía una bandeja de esponjosos *brest* rellenos de nata. Al colocarse frente al mostrador observó detenidamente su reflejo en el pulcro vidrio de la vitrina pegada a la pared, junto a una puerta inmaculadamente blanca.

Podía distinguir claramente la evidencia de la batalla en su cuerpo; el cabello desaliñado, húmedo y sucio, su rostro arañado lleno de suciedad y su ropaje desgarrado y fangoso. Bajó la mirada, extrañamente incómodo, observó con desagrado sus manos, heridas y enlodadas, y sus ojos volvieron a posarse en su reflejo.

Apenado limpió distraídamente las manos en los costados de su pantalón, la suciedad de su persona repentinamente le pareció completamente inadecuada para la pureza y dulzura del lugar. Giró rápidamente sobre sus talones, el sonido de sus pesadas botas golpeando la madera resonó en las paredes de la pequeña habitación, tomó la perilla de la puerta decidido a irse cuando el tintinar de la diminuta campanita, colgada por encima de la puerta detrás del mostrador, hizo que su corazón vibrara sobresaltado. La habitación se inundó inmediatamente con un exquisito aroma a chocolate, nata y lavanda.

Buscó inconscientemente con la mirada el origen del sonido, topándose con los ojos verdes más dulces que hubiese visto en su vida, brillando desconcertados como un par de soles que presenciaban la oscuridad por primera vez en su existencia.

5

LA TAZA DE CHOCOLATE

El repiquetear de la campanita aún hacía eco en el corazón de Rowen, sumergido en el verde paraíso de la mirada que lo observaba igualmente sorprendida. El cálido brillo en los ojos de la joven denotaba su tierno carácter; no había rastro alguno en su mirada de odio, desprecio o desagrado. Los labios de la muchacha se curvaron en una sutil sonrisa, tan dulce que el corazón de Rowen se estrujó adolorido, como un animal herido acostumbrado al maltrato que tiembla ante la primera muestra de afecto que se le brinda, temeroso, inseguro y asustado.

—Buen día, señor, bienvenido a *Le Café* —expresó claramente con una voz dulce y musical la joven, ampliando su cálida sonrisa.

Rowen separó discretamente sus labios dejando escapar un suspiro sorprendido por la amabilidad pese a su desagradable apariencia.

Era consciente de su aspecto desaliñado, incluso intimidante: con sus diversas heridas, su ropaje desgarrado y húmedo, y las costras de fango y sangre cubriendo su cabello, su piel y su ropa. De cabeza a pies, no había nada que lo caracterizara como un “señor”.

La joven colocó la charola que cargaba sobre el mostrador, y sin

borrar su sutil sonrisa, comenzó a tomar uno a uno los *brest*, rellenos de nata, para acomodarlos cuidadosamente en los aparadores.

Rowen la observó maravillado, ¿cómo podía esa joven ser tan indiferente y tan atenta a su presencia al mismo tiempo? ¿Cómo podía no tenerle miedo?

Sus movimientos eran elegantes y sutiles, tan delicados e hipnóticos que Rowen se vio atrapado por ellos, siguiéndola perdidamente con la mirada. La observó atentamente mientras ella extendía la mano suavemente para tomar el pan con la punta de los largos y delgados dedos para transportarlos hasta el aparador, depositando triunfante el bocadillo sobre las repisas con la misma gracia. Sus largos y dorados rizos caían por sus hombros, moviéndose con la misma sutileza que sus dedos; acariciando su largo cuello, posándose en sus clavículas, bordeando los encajes del escote hasta su cintura, meciéndose con ella mientras se movía de un lado a otro.

Sus movimientos eran tan sutiles y llenos de gracia que Rowen tuvo la impresión de que la joven bailaba en suaves y delicados movimientos sólo para él, cómo si no quisiese asustar a un animal salvaje, que con un movimiento repentino podría salir huyendo.

Rowen se encontró a sí mismo caminando hacia la joven, introduciendo la mano en el bolsillo del pantalón buscando dinero. La joven colocó el último *brest* sobre un blanco plato de porcelana decorado con un ramillete de flores de un tono rosa pálido justo en el centro, y con su característica sonrisa, abrumadoramente dulce, lo extendió hacia el galo, quien, devolviendo involuntariamente la

sonrisa, dio los últimos pasos hasta el mostrador.

El druida sacó de su bolsillo un puñado de lodo sin un céntimo entre sus dedos. No recordaba haber sentido esa clase de humillación jamás, siempre orgulloso, siempre un guerrero; no encontró palabras para excusar su presencia, su comportamiento, ni siquiera su apariencia dentro de su estado de vergüenza. La sonrisa de la joven se encogió sutilmente, volviéndola dolorosamente más cálida, y extendiendo aún más el brazo le ofreció el pan.

—Por favor, señor, acepte mi regalo.

El joven galo consideró rechazar el ofrecimiento sintiéndose humillado, pero al sumergirse en los ojos indescriptiblemente verdes y pacíficos de la joven no se atrevió a rechazarla, tomó el plato sin desprender su mirada de la de ella.

—Gracias, señorita, es el regalo perfecto para una madrugada de otoño.

—No lo es, señor, el regalo perfecto sería una taza de chocolate caliente, el temblor de sus manos delata el frío que lo agobia —respondió la joven con absoluta naturalidad—. Por favor, señor, tomé asiento, iré por una taza de chocolate caliente y muy dulce para usted.

—Gracias, señorita.

Rowen la siguió con la mirada, abrumado por su amabilidad, hasta que la hermosa visión en blanco desapareció detrás de la diminuta puerta blanca del otro lado del mostrador.

Apenas hubo tomado asiento cuando el repiquetear de la campanita resonó en su oído con melodiosa anticipación, levantó la mirada, ansioso por ver a la rubia joven; su tierna sonrisa se había desvanecido en un puchero coqueto, increíblemente concentrada, con la mirada fija en la enorme taza que sostenía en un platito, sus dedos apenas rozaban la cerámica, y sus pasos eran ligeros, ansiando no derramar ni una sola gota del preciado chocolate.

Cuando la joven al fin llegó a la mesa de Rowen, colocó delante de su invitado la gigantesca taza de chocolate, rebosante hasta el tope con espuma humeante y espesa, y suspiró aliviada, sonriendo abiertamente, iluminando sus ojos con ese peculiar brillo lleno de inocencia y alegría desconocido hasta entonces por Rowen.

—Disculpe el espectáculo, señor, he servido el chocolate con demasiado apuro y he llenado la taza más de lo que debía —la joven rio suave y musicalmente con los ojos expectantes, claramente emocionada y ansiosa de que su comensal probase su bebida.

—Ha sido un espectáculo hermoso, señorita —expresó honestamente Rowen mientras tomaba cuidadosamente el asa de la taza, deseoso de complacerla.

La joven comprendiendo el halago bajó la mirada apenada, sus mejillas sonrojaron violentamente, provocando que el corazón de Rowen experimentará un pinchazo de culpa. Sin embargo, le resultó imposible apartar la mirada de la hermosa piel marfil de la joven, lucía tan tersa y suave que sus labios relucían en un rosa intenso, e iluminando su rostro, sus mejillas preciosamente sonrojadas. Los platos de cerámica con sus rosas pálidas repentinamente le parecieron a Rowen una pésima imitación de su

dueña.

Dio un largo sorbo al chocolate caliente, su piel se estremeció de placer mientras el calor del espeso líquido calentaba su pecho, expandiéndose por todo su torso. Gimió distraídamente saboreando el dulce sabor del chocolate, depositando la taza de nuevo en su platito. La mancha roja de sangre resultó atterradoramente notoria en la porcelana blanca, Rowen de inmediato observó a la joven que mantenía la vista fija en la sangre, la sonrisa había desaparecido de su bello rostro, y los segundos transcurrieron en un incómodo silencio.

Sin resistir más la situación Rowen se colocó en pie, hizo una pequeña reverencia y comenzó a caminar, decidido a marcharse de ese lugar demasiado puro para él.

Sus pasos decididos le devolvieron el dolor punzante en su vientre a causa de su herida. El sonido de sus propias pisadas le resultó ensordecedor, enfurecido por no haber huido antes de borrar la más hermosa sonrisa que hubiese visto. Tomó la perilla de la puerta y su corazón golpeó agresivamente su pecho antes de paralizarse, deteniéndolo en seco. La tímida mano femenina estrechaba su mano herida con sutileza en un silencioso pedido de que se quedase.

Rowen giró para observar a la joven frente a él, a unos centímetros de distancia, aún sin sonreír; reparó claramente en la determinación de su rostro, sin embargo, su candidez continuaba ahí. Notó su mano delgada, cálida y frágil entre sus dedos helados, repentinamente la idea de llenarla de sangre lo perturbó e intentó retirar su mano sin mucho esfuerzo, pero la joven la retuvo con

extraña fuerza y tomando la toalla que le colgaba del delantal comenzó a limpiar la herida de Rowen.

—Señorita...

El murmullo de Rowen apenas logró llegar a los oídos de la joven, quien levantó su mirada intensa: el aire escapó de los pulmones del galo, incapaz de protestar nada se dejó cuidar por ella, quien sonriendo levemente y sin soltarle la mano lo condujo de nuevo a la mesita.

—Mi padre se sentiría avergonzado si lo dejase ir en tales condiciones, señor, me temo que, si lo dejo partir ahora, su espíritu vendrá esta noche a regañarme.

La joven rio encantadoramente, en una extraña mezcla de preocupación y nostalgia; su risa hizo a Rowen preguntarse si realmente creía que su padre incorpóreo aparecería a la mitad de la pequeña cafetería y le daría un sermón sobre ser piadosa con los desconocidos en estado de necesidad.

—No fue mi intención incomodarlo al ver la taza manchada, señor —prosiguió dulcemente la señorita—, no fue la sangre lo que llamó mi atención, fue el no haberme percatado con antelación que estaba usted tan herido. Por favor...

La joven extendió la mano señalando el asiento, ofreciéndolo nuevamente al sucio y herido viajero, quien obedientemente se sentó en la pequeña silla, y sonriéndole a su interlocutora se dispuso a agradecerle, pero ella rápidamente lo interrumpió alejándose hacia la parte trasera de la cafetería.

—Por favor, señor, disfrute de su comida mientras voy por un

poco de agua limpia y algunas toallas para limpiar sus heridas, ofrecería vendarlas, pero me temó que el orgullo reflejado en su mirada indica que usted impediría que alguien como yo lo mimase de semejante manera –hizo notar la joven y antes de desaparecer de la estancia ordenó–. Quítese ese sucio abrigo, no le permitirá entrar en calor.

Rowen se despojó de su húmedo y viscoso abrigo en un solo movimiento, desconcertado completamente por las acciones de la joven. Encogiéndose de hombros, resignado, tomó nuevamente su taza de chocolate, aún humeante y caliente, bebiendo el espeso contenido, permitiéndose experimentar el confort de la situación.

La señorita volvió al cabo de unos minutos, con una charola cuidadosamente preparada con un tazón enorme de agua, toallas limpias, algunos vendajes, y un frasquito de vidrio café característico de la medicina.

El gallo rio abiertamente, la joven dibujaba en su rostro el mismo puchero coqueto y caprichoso en estado de absoluta concentración. Se colocó en pie de inmediato y tomó la charola de manos de la joven, quien elevó la vista sorprendida como si en su pequeño trance hubiese olvidado que había alguien más ahí.

—Permítame, señorita, es lo menos que puedo hacer.

—Es mi mano, señor, cuando mi padre fue... —la señorita humedeció sus labios insegura—, al fallecer mi padre, lastimé mi mano y no logró cargar nada desde entonces.

—Estoy seguro de que su padre estaría muy orgulloso de usted, incluso si me hubiese permitido salir por esa puerta hace unos

minutos. –Se conmovió por la profunda tristeza en la voz de su benefactora, sintiendo una desesperada necesidad de reconfortarla, de cuidarla—. La taza de chocolate, el pan, nada de eso era necesario, su adorable sonrisa eleva mi espíritu como ningún otro gesto de amabilidad que usted pudiera brindarme.

–¡Tonterías! –rio la joven desmeritando el cumplido de Rowen con absoluta displicencia, de una forma tan natural que el corazón del druida se estrujó de resentimiento—. Ni la más hermosa sonrisa podría compararse con un estómago lleno, y un cuerpo sano, limpio y caliente, señor.

Rowen colocó la charola en la mesita y separando la silla frente a la suya, esperó a que la joven se sentase, aún agobiado por el rechazo a su cumplido. Ella se sentó inclinando la cabeza en una grácil reverencia agradeciendo el gesto. Cuando ambos tomaron asiento, la joven tomó una tolla y sumergiéndola un poco en el agua comenzó a limpiar la mano de Rowen con enternecedora delicadeza, con sus intensos ojos fijos en la tarea.

Un rubio mechón rozaba la piel ahora limpia de Rowen, quien apenas percibía el agudo dolor producido por la tolla escarbando en sus heridas, se inclinó un poco, aspirando profunda y lentamente; el aroma de la joven era exquisito, como si fuese posible, de ella emanaban todos los aromas que lo habían conducido hasta ahí: la esencia de chocolate, canela, azúcar, vainilla y lavanda, a ella era a quien pertenecía ese sutil aroma a lavanda que unía todos los demás olores en una perfecta armonía.

–Me asusta preguntar cómo se ha hecho estas heridas, señor, parece que se ha peleado con todos los gatos callejeros de París

camino al Sena —murmuró la joven ampliando su sonrisa, animándolo a responder.

—No ha sido un gato, señorita, ha sido un demonio, una lamia.

Rowen se paralizó, sorprendido por su respuesta sincera, no había pensado en las palabras cuando éstas ya habían escapado de su boca. La joven rio abiertamente sin detener sus cuidados, sin duda había considerado que bromeaba con ella.

—Y dígame señor, ¿qué lo obligó a pelear con un demonio arriesgando de este modo su vida y su abrigo? ¡Oh, pobre abrigo! Ha sido sin duda el perdedor de la batalla, desgarrado e inutilizado para el resto de sus días —continuó riendo ella.

Su risa le resultaba reconfortante a Rowen, no deseaba responder, no quería comprometerla a una realidad tan peligrosa como la suya, pero no tenía control ni conciencia sobre sus palabras.

—Es lo que hago señorita, soy un druida, miembro de una antigua orden protectora de todo lo que es bello y puro en este mundo, somos druidas: asesinos de demonios y monstruos, estudiosos de las artes oscuras y toda clase de magia antigua.

Rowen se colocó en pie de un saltó alarmado por todo lo que escapó de su boca. La joven al fin borró su sonrisa, asustada de verlo actuar así, y señalando su *brest* a medio comer musitó calmada y suavemente, nuevamente en su actitud dulce y paciente, como si fuese una experta en tratar con animales salvajes y asustadizos.

—Por favor, señor asesino, al menos termine su comida, no

querrá que papá aparezca a regañarlo también por su descortesía ante mis atenciones.

—Su padre realmente no puede aparecerse para regañarnos, señorita, lo sabe ¿no?

Indicó Rowen tomando asiento obedientemente, deseando marcharse con todo su ser, pero su cuerpo no le respondía, obedecía por completo a la voluntad de la joven sentada delante de él. Repentinamente le recordó la impotencia sentida ante la lamia, y sin controlar sus palabras expresó alarmado.

—¿Qué clase de demonio eres?

—¿Demonio? —Se desconcertó la joven con una mirada abrumadoramente triste—. ¿Cómo puedo ser, señor, un demonio, cuando mi sonrisa es lo único que necesita para elevar su espíritu? ¿Acaso no sería ese el efecto de un ángel y no de un demonio?

La sangre de Rowen hirvió de placer, la naturalidad con la que ella había desmeritado su halago lo había hecho pensar que ni siquiera era digno de su atención, pero la joven recordaba sus palabras con caprichosa precisión.

—La forma en que me hace sentir, en que tiene control sobre mí —explicó Rowen casi arrepentido de haberla acusado de ser un ente maligno—, la forma en que la verdad escapa de mis labios...

—¿Soy yo la causa de lo que siente, hace y dice, señor? —La joven enjuagó distraídamente la toalla en el agua, comenzando a limpiar el rostro de Rowen cariñosamente—. No puedo ser yo la causante de todo, apenas lo conozco: sus sentimientos, acciones y palabras no están ligadas al destino que yo escoja para usted. No puede

culparme si mis emociones se reflejan en las tuyas desde que lo vi de pie, perdido y necesitado delante del mostrador. No puede culparme tampoco si sus acciones desean afanosamente corresponder a mis atenciones amables y cálidas, cuando es posible que las experimente por primera vez en su vida y secretamente no desee dejar de sentir las, y sobre todo, señor asesino, no puede culparme de lo que sale de su boca, ya que sus palabras son sólo tuyas y de nadie más, ni siquiera yo puedo obligarlo con el más dulce trato a decir las si no lo desea ¿acaso no puede haber otra explicación que aquella donde yo soy un demonio?

—Por supuesto. —Rowen cerró los ojos conmovido por la pasión con que se había defendido la joven—. El veneno de la lamia debe estar corriendo por mis venas, sometiéndome a la voluntad y anhelos de mi corazón, obligándome a hablar sólo con la verdad.

La joven no preguntó qué clase de demonio era una lamia, no preguntó si Rowen en verdad esperaba que creyese que todo ese cuento fantasioso fuese verdad, no recriminó sus posibles mentiras y no se atrevió a preguntar cuáles eran los anhelos de su corazón después de haberla acusado de controlar sus emociones y acciones.

Rowen la observó atentamente, buscando una señal de desagrado, cualquier signo de que ya no era bienvenido y liberara a su corazón de su silla para poder marcharse. Pero no lo encontró, la mirada intensa, dulce y cálida permaneció inmutable en ella: su sonrisa tierna y reconfortante, sus delicados dedos rozando cariñosamente la piel de su rostro mientras limpiaba sus heridas; todo en ella era cálido, amable y apacible, sin una señal de rechazo, por el contrario, todo en ella resultaba una adorable invitación a

permanecer a su lado.

6

EL TREN

El fuerte ulular del viento filtrándose a través de los marcos de las ventanas y los resquicios de las paredes, opacaba el ceremonioso y pausado recitar del viejo monje, exageradamente encorvado sobre el pequeño púlpito, cuidadosamente colocado a un costado de la mesa principal del comedor de la abadía de *Saint Jude*. Su incómoda posición obedecía más a su falta de visión que a la fatiga de los años, aunque su perezosa articulación parecía indicar lo contrario mientras leía un pasaje de la biblia a sus hermanos durante el desayuno; dando la impresión de que aquello era más una obligación que un placer.

Había entre los comensales quienes bostezaban sin disfrutar de sus primeros alimentos, incapaces de hablar entre sí, obligados a escuchar el tedioso sermón.

Lyam y Rowen se limitaban a desayunar en la mesa más apartada de la estancia, en un rincón del amplio salón de piedra, sin ánimos de interrumpir la sosa palabrería del monje.

Rowen mostraba los claros signos de la batalla, con diversas heridas a lo largo del cuerpo a medio sanar; cicatrices costrosas y

rosas líneas se dibujaban en su rostro, pero, lo que más sobresalía eran los profundos arañazos en el cuello, donde la lamia había acertado en herirlo con agresiva presteza. Sus manos completamente vendadas resultaban aparatosas, aunque, debajo de aquellos descuidados vendajes apenas quedaban ya sólo líneas rojizas, propias de una herida que estaba por sanar.

Los druidas sanaban rápido por naturaleza, sin embargo, Lyam tenía la certeza de que aquellas heridas no habían mejorado por ello; había sido, según las palabras de su propio amigo, los cuidados de la angelical desconocida lo que lo había alentado a curarse más rápido.

Después de haberse cerciorado de que en efecto sus heridas estaban limpias y sanaban, Lyam se había burlado de Rowen durante horas: la narración de su lucha acuática era desconcertante.

Nada podía comprarse, sin embargo, a la impresión que había producido en él las palabras de su amigo; no recordaba en todos los años que tenía de conocerle que se hubiese expresado así de una mujer, con tan sincera devoción. Había sido un expresión casual y ordinaria, en su voz no había habido rastro alguno de emoción o algún sentimiento más allá de la gratitud; se encontraba agradecido por las cuidadosas atenciones de su misteriosa benefactora sin duda, pero Lyam había notado un deslumbrante brillo en las pupilas de Rowen al recordarla; había observado el modo en que sus ojos de hielo se habían vuelto cálidos, mientras hablaba de ella.

Fue una calidez fugaz que delató el confort que su corazón encontró en tan grata compañía, había sido, sin cuestionamientos, un solaz para la necesitada alma de su amigo.

—¿Qué pasa?

Cuestionó fastidiado Rowen, cansado de las miradas furtivas e insistentes de su compañero, que no paraba de inspeccionarlo cada dos minutos.

—No debimos separarnos.

Fue lo único que musitó Lyam, tomando un gran sorbo de café, absteniéndose a hondar en sus cavilaciones sobre la joven mujer.

—¡Carajo, Ly! ¿Quién te entiende? —masculló Rowen tragando sonoramente su bocado—. Primero me echas en cara que el mundo no me importa para que acceda a separarnos, después te burlas porque me atacan, y ahora estás ahí, sentado con esa mirada de bobo remordimiento... estoy bien...

—El mundo se puede ir al infierno, Ro, tú estás primero para mí, ¡siempre! —Se encogió de hombros Lyam como si fuese lo más obvio—. Si te vas a ir al infierno, mejor hacerlo juntos, después de todo, estás tan maldito que seríamos los reyes del lugar.

Rowen no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de su amigo, más conmovido que divertido; sabía que era verdad, Lyam dejaría morir al mundo entero si eso se requería únicamente para darle a él un día más de vida. Y el sentimiento era mutuo, era Lyam quien lograba sacar siempre su mejor lado, la única persona capaz de ver a través de la oscuridad de su alma hasta vislumbrar aquel dejo de luz en su interior, enterrado y olvidado incluso por él mismo.

Lyam tomó su mano sin más, leyendo su mirada, apretó el vendaje mal amarrado, y soltándole la mano con la misma despreocupada naturalidad, lo vio directamente a los ojos.

—¿Una lamia?

—¿Qué puedo decir? Me ha tomado completamente desprevenido.

Desvió la mirada, incómodo.

—¿Desprevenido? ¡Ah, sí, disculpa! No sabías que un demonio rondaba la ribera cazando hombres, es comprensible.

—Basta, Ly, no es como que me enorgullezca de lo sucedido, ha aparecido de la nada, simplemente... estaba ahí, llamándome, y cada fibra de mi ser... ¡No pude resistir hasta que ya era demasiado tarde!

Rowen elevó la voz, interrumpiendo el soso monólogo del monje lector. Bebió el resto de su café de un solo sorbo, y se colocó en pie con estoica educación, acomodándose el chaleco elegantemente abarcó toda la sala con una larga mirada a modo de disculpa, e inclinó ligeramente la cabeza hacia Lyam antes de salir del comedor, cansado de los molestos comentarios de su amigo.

Lyam consideró la posibilidad de ir tras él, pero ser vencido por un demonio solitario no era algo de lo que el orgullo herido de Rowen pudiese sobreponerse fácilmente, y sintiéndose incapaz de contener sus propios reclamos y burlas decidió terminar su desayuno en paz al lado de los religiosos.

Cerca del mediodía, mientras Rowen reposaba en su habitación, abatido por el punzante dolor que atormentaba su vientre al caminar e incluso al sentarse, Lyam platicaba con un grupo de monjes en la huerta, ayudándolos a recoger manzanas y ciruelas,

completamente absorto en sus propias narraciones, sin percatarse de la proximidad del regio hombre envuelto en un pesado abrigo que el viento difícilmente lograba mover.

El hombre se aproximó con pasos seguros; de presencia imponente que demandaba respeto, alto, robusto y con una cabellera tan blanca como la nieve, que daba la impresión de ser una esponjosa nube siguiéndolo en su camino. Normand colocó su maletín en el piso con tranquilidad, observando a su discípulo con su cabello de cobre pulido que atrapaba los rayos del sol, y sus pupilas, siempre cálidas en sus expresiones, brillaban destellando alegres.

—No le prestamos mucha atención cuando sonó el silbato anunciando su partida, era el último tren de la noche, así que Rowen y yo nos relajamos sentándonos en una vieja banca, con un par de puros, y yo aún tenía ese trozo de pan dispuesto a devorarlo...

Normand sonrió incapaz de interrumpirlo, Lyam tenía la habilidad natural de convertir la más absurda de las situaciones en una anécdota memorable.

—Repentinamente escuchamos unos gritos extraños, como balbuceos en voz alta. Tres hombres corrían por el andén, zigzagueaban chocando entre la gente, trastabillando cada par de pasos. Se encontraban en un estado de embriaguez tal, que tuve la certeza de que no alcanzarían a subir al tren que ya comenzaba a avanzar. Apreté mi puro entre los dientes, y corrí al auxilio de los borrachos caballeros con Rowen detrás de mí.

»Los tomamos del brazo, arrastrándolos como pudimos por el

andén, tirando de ellos con fuerza. Rowen subió a un vagón extendiendo el brazo para recibir al primer caballero. Tomé a uno de ellos del cinturón por la espalda, le metí el pan en la boca para poder sujetarlo por el brazo, casi cargándolo, mientras el pobre hombre devoraba el pan, mascullando sabrá Dios que cosa; lo arrojé a los brazos de Rowen, quien lo recibió milagrosamente, empujándolo dentro del vagón, presto a recibir al segundo caballero. Sujeté al segundo hombre...

»Nos hubiesen visto, la coordinación, la presteza, yo arrastrándolo a toda prisa, sujetándolo con fuerza para lanzarlo a los brazos de Rowen con el tren a toda marcha. Volteé para tomar al tercer hombre, pero, él había sido incapaz de mantener nuestro paso, se había rezagado ya varios metros.

»Rowen comprendiendo que no lograríamos ayudar al tercero, saltó del tren con una sonrisa radiante, caminando orgulloso hasta nosotros, ¡ambos lo estábamos!, ¡habíamos ayudado a aquellos caballeros! «Lamento que no hayamos podido ayudarle a subir al tren, caballero», le dije extendiéndole mi puro al hombre que se había rezagado. Él resoplaba, viendo el tren irse con los ojos grandes, muy grandes, y entonces me dijo: «Más lo van a lamentar ellos mañana, sólo venían a despedirme».

Los monjes estallaron en carcajadas escandalosas, incapaces de dar crédito a sus oídos.

Normand carraspeó para llamar su atención.

—¡Normand!

Lyam saltó de la escalera que atentamente le sujetaba un monje,

cayendo ligeramente frente a su mentor, abrazándolo fuertemente.

—Hijo, siempre es un placer verte.

Lo estrechó entre sus brazos con genuina felicidad llenando su pecho.

—Comenzaba a creer que te habías perdido en el camino —le recriminó Lyam, separándosele para verlo de pies a cabeza—. Te ves más fuerte que nunca.

—He llegado directamente a la comisaría, ese pobre hombre no podía seguir ahí, sacar a un hombre que parece culpable no es fácil, hijo —se excusó Normand dando una palmada en el hombro de Lyam, indicándole con aquello que lo siguiese.

El joven galo dirigió una sonrisa amable a los monjes, apoyándose la mano sobre el pecho a modo de agradecimiento por su compañía, para seguir obedientemente a su mentor.

—¿Qué has hecho con él?

—Está hablando con el abad, espero que le de acogida en el monasterio o al menos nos permita tenerlo un par de días aquí mientras logro encontrar un lugar más... apropiado —explicó con un tono preocupado Normand—. Dime, ¿qué saben?

—Si has hablado con el hombre sabes tanto como nosotros, aunque hemos descubierto que se trata de una lamia y no de una bruja. Ha atacado a Rowen anoche, y no sabemos si es la única en la ciudad.

—¡Imposible! Una lamia aquí, en París. —Normand se detuvo abruptamente analizando las palabras—. Ellas prefieren ciudades

más... bueno, pequeñas, discretas.

—Es tan cierto como todas las heridas que Rowen tiene encima.

—¿Cuántos muertos, hijo?

—Al menos dos por noche. Hombres solitarios que pasaban por el lugar equivocado por última vez.

—¿Al menos dos por noche? —se alarmó Normand palideciendo notoriamente, mientras cruzaban el patio hacia el edificio principal.

—A veces más, hace tres mañanas encontraron cuatro cuerpos flotando en el Sena.

La voz de Lyam se apagó notoriamente.

—Las lamias no requieren de mucho sustento, por eso son difíciles de atrapar, a decir verdad, es casi imposible saber si alguna ronda un pueblo, una víctima suele bastarles por semanas... incluso un par de meses si la administran bien. Cuatro en una noche...

—El hombre no mentía entonces, son varias.

—Debe ser una familia muy numerosa, el problema es que...

—Las lamias no se agrupan en familias —lo atajó Rowen con su voz dura, apareciendo por el umbral de la rustica puerta, saliendo del edificio central.

—Quiere decir que alguien las invocó en París por algo, no están atacando al azar —masculló pensativo Normand.

Rowen se colocó frente a ambos, alto e imponente con las facciones duras, casi lúgubres.

—Quieren llamar nuestra atención. Nos han invocado.

7

EL MAULLIDO

El cabello de Rowen crujió entre sus dedos al pasarse las manos con violencia por la cabeza, exteriorizando el hastío de la conversación que había estado manteniendo por lo que le parecía una eternidad. Lyam le colocó amistosamente la mano sobre un hombro, dándole un ligero apretón, buscando tranquilizarlo.

—Les digo que la vi aquí... aquí y... aquí.

La voz áspera y maltrecha del hombre desaliñado llegó irritante a los oídos de Rowen, viéndolo completamente encaramado sobre el enorme escritorio de pesado roble. Lyam pudo percibir en la rasposa voz el mismo fastidio que Rowen manifestaba con su mirada.

—Esto es una pérdida de tiempo, hemos rondado los sitios que nos ha señalado, por varias noches ya, sin encontrar nada. Esta mañana pasé por la comisaría y los lugares que tan gentilmente nos ha indicado ni siquiera coinciden con los informes policíacos. ¡Estoy harto!

Rowen empujó al indigente, apartándolo, para arrojar el mapa en una exagerada rabieta, sin embargo, el ligero papel planeó

grácilmente sobre los pies del galo con burlesca insistencia.

—¡Agh, basta! Iremos a la Fuente de los Inocentes.

Movió los brazos exageradamente Rowen.

—¡No! ¡Terminantemente no!

Normand elevó la voz, atajándolo mientras apagaba su cigarrillo perezosamente, sin molestarse en dirigirle la mirada, sentado estoicamente en una lujosa silla al otro lado del escritorio.

—Las ninfas acuáticas son muy peligrosas, son completamente impredecibles, no podemos confiar en nada de lo que digan —buscó disuadirlo tranquilamente Lyam.

—Son maliciosas y les gusta jugar, pero, los oráculos jamás mienten —sentenció Rowen.

—Son peligrosas, no está a discusión —decidió Normand.

—Jamás he logrado descifrar sus acertijos. —Se encogió de hombros Lyam, restándole importancia al asunto con naturalidad—. Es una pérdida de tiempo.

Repentinamente, completamente ajeno a la conversación, Félix, el indigente bajo la protección de Normand y el abad, se dejó caer de rodillas, empinándose exageradamente, pegando su rostro a escasos centímetros del mapa.

—Ya lo recuerdo, la vi aquí, o fue aquí... hum... ¡Aquí! Estoy seguro de que fue aquí —señaló un punto con su largo y reseco dedo, como si Rowen jamás lo hubiese interrumpido—. Les digo, esas brujas andan por todo París, las vi aquí... y aquí.

Rowen rodó los ojos cansado de verlo cambiar de sitio por centésima ocasión en la última hora. Lyam abrió los ojos como platos al verlo en el piso, apresurándose a tomarlo de los hombros para colocarlo en pie, manteniéndolo envuelto con su brazo derecho, confortándolo de un modo casi paternal.

—Félix, por favor.

—Es importante para usted, señor Lyam, lo sé, no he pretendido engañarle, digo la verdad... aquí mire...

El indigente hizo ademán de arrodillarse nuevamente, pero Lyam lo detuvo, manteniéndolo de pie junto a él, bien sujeto de los brazos. Rowen bufó exageradamente, recogiendo el mapa para depositarlo nuevamente sobre el escritorio.

—Basta de mapas, irás con nosotros.

Los tres pares de ojos se posaron sobre el amargado galo, enormes y desconcertados. Félix sin percatarse se acurrucó bajo el brazo de Lyam, mientras este ladeaba la cabeza sutilmente, observando directamente a Rowen, buscando descifrar si aquello había sido una broma o no, rogando secretamente porque así fuese.

—Eso queda fuera de discusión, es un absurdo.

Normand se colocó en pie, denotando su carácter autoritario, sin embargo, Rowen no se inmutó, se limitó a sonreír ligeramente, sin apartar la vista de Lyam.

—No hay más opciones, o vamos a la Fuente de los Inocentes o Félix nos acompaña esta noche, escojan.

Se dio la vuelta, marchándose lleno de determinación. El firme

sonido de sus pisadas hizo eco en el corazón de los presentes aún varios minutos después de que hubo abandonado la biblioteca. Félix pasó saliva ruidosamente llamando la atención de Lyam, quien sin darse cuenta lo había resguardado detrás de él, escudándolo con su cuerpo del fantasma regio y amenazante que Rowen había dejado detrás de él: Aquella energía densa y dominante que parecía desprenderse de sus poros permanecía estática en su sitio, aún después de que se él marchaba.

Normand tamborileó los dedos sobre el mapa, analizando la infinidad de equis que habían trazado en diferentes puntos alrededor de la Isle de la Cité, sin encontrar a la lamia, mientras los cadáveres continuaban acumulándose en la ribera del Sena.

—De acuerdo, lleven al señor Félix con ustedes.

—Félix no desea ir —balbuceó el indigente, aferrándose a la gabardina del galo.

—Todo estará bien, señor Félix, seguramente será otra noche sin percances —buscó reconfortarlo Lyam, dándole un pequeño empujón para que comenzase a caminar.

—Lyam —lo detuvo con tono serio Normand—, no vayan a la Fuente de los Inocentes.

—Ruega por que encontremos algo esta noche.

Fue toda la respuesta del joven galo, no requería decir más, ambos sabían que, si no encontraban nada, sería difícil disuadir a Rowen de buscar guía en aquellos seres mal intencionados y maquiavélicos.

El hedor a alcohol añejo mezclándose con el denso aroma de agua vieja del Sena llenó los pulmones de Lyam, haciéndolo fruncir la nariz involuntariamente, conteniendo el aliento un par de segundos. Mordió el interior de sus mejillas, absteniéndose de quejarse, era evidente que Félix había vuelto a beber pese a las condiciones del abad para permitir su estadía en la abadía. Rowen percibiendo el mismo aroma desagradable, observó a su compañero de reajo, y notando el modo en que las mejillas se hundían en su rostro no pudo evitar sonreír, era un gesto muy propio de Lyam, torturar el interior de sus mejillas para no decir aquello que lo atormentaba.

—¿A dónde vamos? —se quejó Félix amargamente.

—¡Maldición, Félix, le estamos siguiendo! —gritó Rowen tomándolo sorprendentemente de la solapa del saco, atrayéndolo hacia sí con extrema violencia—. ¿A dónde demonios nos lleva?

—Yo... yo... —balbuceó Félix temblando visiblemente, buscando con la mirada a Lyam.

—Ro.

La voz suave y calmada de Lyam fue apenas un murmullo, un arrulló destinado a tranquilizar su explosivo temperamento. Rowen aspiró profundamente sintiendo el cálido apretón en el brazo, solicitándole con aquel simple y gentil gesto que lo liberase.

—Sera mejor separarnos —decidió finalmente, soltando a Félix.

—Yo iré con el señor Lyam —se apresuró a señalar el indigente.

Rowen colocó una mano sobre su pecho, frunciendo el entrecejo

con fingida indignación.

—Pero, señor Félix...

—No, no, no iré con usted, me amarrará y me colgará debajo de un puente como carnada, lo veo en su mirada.

El aludido dio un paso atrás abriendo la boca exageradamente, como si aquellas palabras lo hubiesen golpeado dolorosamente, empujándolo lejos de Félix.

—Me ofende, señor.

Lyam tomó el mentón de su amigo, girándole lentamente el rostro para verlo directamente a los ojos, estudiándolo detenidamente.

—Yo también lo veo.

Lyam le guiñó un ojo, soltándolo con una amplia sonrisa. Rowen resopló incapaz de contener una sutil sonrisa que curvó apenas la comisura de sus labios.

—Nos vemos aquí a media noche.

Rowen no esperó respuesta, se caló su pesada gabardina negra y comenzó a andar, acompañado del musical tintinear de sus cuchillas chochando entre sí. Lyam lo vio alejarse unos metros, alto y decidido, un regio y letal ser adentrándose en la oscuridad bajo el puente.

—¡Rowen, no vayas a la Fuente! —le gritó Lyam repentinamente preocupado, dando un paso adelante.

Rowen se limitó a sacudir la mano en lo alto, como si despejase

las preocupaciones de su amigo con aquello, alejándose con largas zancadas, tenaces y sonantes.

—¿A dónde vamos? —insistió Félix pegándosele a Lyam, incómodamente, arrancándolo de sus oscuros pensamientos.

—A dar un paseo, señor Félix —sonrió cálidamente Lyam.

Lyam notó el modo en que Félix observaba a su alrededor, tragando saliva, nervioso, y no pudo evitar sentir pena por el desvalido indigente; suspiró ligeramente emprendiendo la marcha.

—¿Le he contado de la chica de los panecillos? —indagó Lyam para animarlo a seguirle.

Los hombros de Félix se relajaron, extendiendo las piernas al andar, alcanzándolo gustoso. No conocía mucho a Lyam, pero su presencia siempre le resultaba reconfortante y protectora; expedía un aura cálida, reconfortante y tan radiante que lograba equilibrar de un modo casi imposible la presencia fría, dura y amenazante de Rowen. Cuando los veía juntos, le daba la impresión de que atestiguaba un mítico evento: ese instante en que la oscuridad y la luz convergen; Lyam la refulgente llama que busca alumbrar un oscuro abismo que jamás se iluminara; el alma de Rowen. La voz de Lyam atrajo la atención de Félix, devolviéndolo a la historia, y no pudo evitar sonreír aun antes de conocer el final, sus historias siempre encontraban el modo de animarlo.

La luna estaba en su punto más alto, pequeña y distante, alumbrando escasamente las calles de París, ayudada por las lámparas de gas aquí y allá, permitiendo que el alma de Félix se

mantuviese sosegada mientras recorrían la ribera de regreso al punto donde Rowen debía estarlos esperando. Los pasos de ambos retumbaban solitarios y escalofriantes, desde hacía un par de noches, los parisinos habían optado por volver temprano a sus hogares, y de serles indispensable rondar de noche por la ciudad, evitaban a toda costa la ribera. Daba la impresión de que Félix y los galos habían sido las únicas almas aventureras lo suficientemente imprudentes para recorrer el muelle esa noche.

—Me congeló —se quejó Félix encorvándose, mientras deslizaba las manos dentro de los bolsillos de su pantalón—. Supongo que no tiene un poco de ese whisky.

Lyam dudó un instante antes de llevar la mano a su pequeña licorera de plata, Félix hedía tanto a alcohol que poco podría ayudarle el negarle un trago. Sacó la licorera y notando el modo en que su acompañante se relamió los labios sólo de verla, optó por tomar un sorbo antes de otorgársela. Félix la tomó ansioso, con manos temblorosas, y con los ojos brillantes de expectación, llevándola a la boca con perturbador frenesí.

¡Miauuu!

—¿Qué fue eso? —saltó Félix dejando caer la licorera, derramando el resto del whisky.

—Tranquilícese, señor, tiene nervioso, ha sido un gato.

Lo reprimió paternalmente Lyam sintiendo su corazón golpearle las costillas: el saltó de Félix junto con su grito y el estruendo del metal chocando contra el empedrado, lo habían alterado abrumadoramente en contra su voluntad.

—Eso no fue un gato —negó Félix colocándose detrás de él.

Lyam, inseguro, desenfundó uno de sus revólveres; el chasquido del martillo al jalarlo les heló los huesos a ambos, mientras caminaba sigilosamente a donde creía haber escuchado el gato. Félix le sujetaba con demasiada fuerza el brazo libre, aferrándosele como si fuese un arma que pudiese utilizar en cualquier momento. El joven galo escuchó el crujir de la gruesa piel de la gabardina protestando ante la presión del indigente, y su brazo punzó adolorido cuando los dedos se enterraron temblorosos. Lyam giró el rostro ligeramente, dispuesto a pedirle que aflojase un poco la presión.

¡Miauuu!

El gato saltó sobre ellos desde la muralla superior, arañando el rostro de ambos al brincar de una cabeza a la otra para salir corriendo ágilmente por el muelle, perdiéndose rápidamente entre los resquicios de la solitaria calle. Lyam milagrosamente logró controlar el impulso de disparar al inocente animal, suspirando aliviado mientras llevaba la mano a su mejilla, sintiendo la sangre caliente brotar de su pómulo.

—Le dije que era un ga...

¡Miaugrrr!

El maullido amenazador les heló la sangre a ambos, obligándolos a voltear a la muralla. Entre las sombras se escondía una silueta femenina, que cargaba en su regazo algo esponjoso, escasamente alumbrado por la luz de una farola sobre la muralla. El frágil animal peludo se retorció entre sus manos, salvaje y asustado. Un nuevo

maullido se elevó en la oscuridad antes de que un espeluznante crujido retumbase en la piedra, y el gato colgó laxo en las delicadas manos blancas, sobre las cuales corrían delgados ríos de líquido oscuro. Lyam sintió un escalofrío recorrer su espalda al comprender que aquellas líneas eran sangre.

El druida elevó el brazo, apuntándola con el revólver aún incapaz de distinguir el rostro de la mujer. La joven gritó ensordecedoramente arrojando el pequeño cadáver contra el galo, quien se agazapó esquivándolo ágilmente. El gato cayó pesadamente sobre el rostro de Félix, derribándolo horrorizado, mientras comenzaba a gritar pataleando, buscando limpiarse la sangre de la cara con las manos embarradas del espeso líquido. Lyam se enderezó determinado a disparar, había sucedido todo demasiado rápido; sólo habían sido unos segundos entre el crujir del cuello roto y los gritos de Félix cayendo al piso, pero la joven ya no estaba en su sitio.

Corría velozmente por el muelle, descalza, con un ligero vestido blanco, de largos cabellos platinados que reflejaban la luz de luna, volando en todas direcciones, en contra del viento. Lyam le apuntó fijamente, la joven corría en línea recta al alcance de su arma. Félix pataleó fuertemente, golpeando el anverso de la rodilla del galo, doblándole la pierna mientras jalaba el gatillo, y la bala erró.

La risa musical de la muchacha se elevó, como el tintinear de una alegre campana, acelerando su carrera.

Lyam maldijo entre dientes, enfundando su revolver rápidamente, colocándose de rodillas, apoyó las palmas en el piso, extendidas y firmes, como si quisiese perforarlo con los dedos.

Fijando la vista en la criatura de blanco, viéndola hermosa, etérea y antinatural. Con su ligero vestido inmaculadamente blanco, sus largas piernas torneadas y blancas asomándose por debajo de la falda con sus ligeros saltos, moviéndose tan grácilmente como si flotase con el viento, apenas rozando la piedra con la punta de los dedos, mientras su larguísimo y platinado cabello danzaba con la noche, ligero y seductor, a la vez que sus dedos goteaban oscura sangre por donde se balanceaban.

—*Stoirm cloiche.*

Masculló Lyam entre dientes y la superficie tembló, crujiendo escandalosamente mientras la tierra se removía, elevándose, desprendiendo las piedras para capturarlas en una peligrosa ola de rocas que recorrió el muelle hacia la joven.

La ola de piedras arremetió hermosa y violentamente contra la muchacha, alcanzándola rápidamente. Lyam sonrió de medio lado, viendo como el pavimento bajo ella se elevaba, y era golpeada por la ola de tierra y rocas. La joven mujer gritó enfurecida, sin embargo, recuperó el equilibrio en un instante, saltando entre las piedras, sobre el oleaje que se elevaba cada vez más. Brincando sobre la ola con las piernas arañadas y sangrantes, alcanzó el borde del puente, escalándolo tan rápidamente que el disparo de Lyam apenas rozó su pantorrilla.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! —gritaba sin cesar Félix.

—Por todos los santos, Félix, es sólo un gato.

Lyam enfundó nuevamente su revólver, visiblemente molesto de que se le hubiese escapado con tal sencillez la criatura. Félix estaba

de pie, pegado a la muralla donde había estado la mujer, embarrándose tanto en la caliza roca que daba la impresión de querer escapar a través de ella.

—¡Está muerto!

Lyam se aproximó cautelosamente, sintiendo el demandante latido de su corazón subirle a la sien, mientras en el piso se hacía cada vez más visible la silueta de un hombre.

8

EL APARADOR

El cielo teñido en su infinidad de naranjas y rojos anunciaba el anochecer a los parisinos, quienes recorrían la calle de *Rue de Dauphine*, gustosos de volver a casa después de un arduo día de trabajo. El viento se esforzaba en doblegar a una población animosa, que se aferraba a sus abrigos, sombreros, chales y bufandas, sin hacerles perder el brío que le otorgaba el fin del día.

El bullicio era alegre y enloquecedor, con las innumerables conversaciones mezclándose unas con otras, con el repiquetear de los zapatos sobre la acera, y el inconfundible sonido de las ruedas de madera desgastándose contra el suelo, tiradas por los caballos.

Todos en la calle *Rue de Dauphine*, parecían tener un destino y un propósito, todos excepto el joven recargado contra la pared de la ruinoso casa frente a la pequeña cafetería, completamente indiferente a los transeúntes, que correspondían con la misma educada indiferencia a su extraña presencia.

Había pasado una semana desde la visita de Rowen a la pequeña cafetería, el recuerdo de la dulce y apacible joven lo había acompañado desde ese día, y la insistencia de Lyam, de que volviese

a verla, no había ayudado a su corazón a encontrar el anhelado sosiego.

Despertó esa mañana con el recuerdo de sus ojos impresos en sus parpados: cada vez que cerraba los ojos los de ella aparecían, con el profundo tono verde azulado de su iris, desvaneciéndose en un luminoso tono hasta tocar sus pupilas. Había podido reconocer toda la variedad de tonos verdes en sus ojos, atrapándolo hasta que su alma fue absorbida por ellos. El recuerdo de la intensidad de su mirada lo acosaba, seguro de que ella había visto más allá de su orgullo, más allá de todos sus escudos; simplemente lo había visto a él, solitario e indefenso.

En vano intentó toda la mañana desprenderse de su recuerdo. Había pasado por *Le Café* las dos últimas madrugadas antes de volver a la abadía, con la esperanza de encontrar el establecimiento abierto, pero había encontrado sus pesadas puertas cerradas sin ninguna luz que delatase actividad en el pequeño café.

Cerca del mediodía, Rowen se encontró a sí mismo arrojando su juego de dagas sobre el pasto del claustro, hastiado por la profundidad de su anhelo; si tan sólo pudiese estar cerca de ella una vez más, sólo una. Se colocó su abrigo gruñendo malhumorado, mientras su compañero lo observaba en respetuoso silencio, aunque la burla en su mirada era evidente, delatando la imperceptible sonrisa en sus labios. Rowen alisó la solapa de su abrigo con las manos aún vendadas, aspiró hondamente tomando valor y comenzó a caminar sin detenerse hasta llegar a *Le Café*.

Había caminado erguido, y seguro, completamente decidido a verla de nuevo, pero, la determinación abandonó su ser en un

suspiro en cuanto llegó al coqueto café abarrotado, en la esquina de la transitada calle *Rue de Dauphine*.

Las enredaderas se movían violentamente con el frío aire otoñal, con sus incontables flores de un color rosa intenso, aferrándose con fortaleza a cada uno de sus pétalos, adornando con tanta gracia el pequeño establecimiento, que Rowen evocó la imagen de su dulce benefactora, comparándola en belleza, gracia y fortaleza.

La ciudad estaba despierta y de algún milagroso modo, el aroma de chocolate y vainilla sobresalían sobre los demás, y el abrumador recuerdo de su última visita paralizó a Rowen al otro lado de la calle, sin duda alguna ella lo recordaría, debió causarle una impresión muy fuerte, herido y sucio como se encontraba esa madrugada, pero, ¿qué haría al reconocerlo?

Su orgullo le hacía saber que entrar a la cafetería sería un error, y era un sentimiento que no podía ignorar, pero en el fondo de su corazón, verla era lo que más ansiaba en el mundo. Fue entonces, cuando adquirió su posición desinteresada, recargado en la vieja casa frente a la cafetería, esperando el momento adecuado para entrar.

Así pasaron las horas, observando la pequeña cafetería, con sus comensales sentándose, comiendo, bebiendo enormes tazas de chocolate caliente, o delicadas tazas de café, y marchándose. Clientes entrando abrigados, los hombres sujetando con fuerza sus abrigos, y las mujeres adornadas por los más coloridos chales, todos partiendo eventualmente con distintivas bolsas de papel llenas de piezas de pan, o canastas de mimbre con baguetes saliendo por debajo de las mantas.

Entre toda la gente, Rowen distinguía la rubia melena alborotada de la joven, aunque le era imposible verla con claridad, moviéndose de un lado a otro, como una ocupada abeja trabajando incansable en su panal, eternamente fabricando deliciosa miel. Era un joven peculiarmente alto, de cabello cobrizo, quien atendía a los clientes en las mesitas situadas afuera de la cafetería, y con el pasar de las horas, su esperanza de que fuese ella quien cruzase el umbral se desvaneció.

Es así como presenciaba la puesta de sol frente a *Le café*, indiferente ante los transeúntes, obsesionado con sólo una cosa, conseguir el valor de entrar a la cafetería cruzando la calle.

El cielo finalmente se volvió sombrío, apenas quedaban en las nubes rastro de los ardientes naranjas que lo había teñido minutos antes, y Rowen comprendió que la oportunidad de verla de nuevo se desvanecía junto con la luz del sol. Con la vista fija en los dorados rizos ajustó su abrigo, aspiró profundamente, y exhalando dolorosamente cruzó la calle con absoluta determinación.

Esquivó ágilmente las mesitas predispuestas en la banqueta afuera de la cafetería, ocupadas por los comensales que degustaban los pequeños y dulces bocadillos como si se tratase de verdaderas delicias. La pesada puerta de madera estaba abierta, permitiendo a los clientes entrar y salir libremente; apenas hubo cruzado el umbral, su vientre se contrajo dolorosamente, como si un ente invisible lo hubiese golpeado en la boca del estómago privándolo de aire.

Ahí estaba ella, con su inconfundible esplendor, vestida de blanco, con sus dorados rizos adornando sus hombros, acariciando

sus brazos hasta rozar su cintura, que estaba perfectamente ceñida por un delantal rojo. Ella se mecía de un lado a otro, con gracia y naturalidad; Rowen entendió que no eran movimientos seductores reservados para él, era su forma de ser, delicada y grácil, sin dueño, libre de encantar al mundo.

La joven sonrió ampliamente al entregar un platito con una taza al alto joven de cabello cobrizo. La sonrisa fue tan espectacularmente cándida, que el corazón de Rowen explotó como un volcán en erupción, llevando sangre hirviente a cada centímetro de su ser; podía sentir perfectamente como la sangre le quemaba las venas al recorrer su cuerpo, gota a gota, fundiéndolo por dentro.

Dio la vuelta marchándose desesperado por controlar la oleada de celos que se había apoderado de él.

Rowen era consciente de que no podía culparla por su sentir, ella no había hecho sugerencias ni promesa alguna, sólo había sido amable con un desconocido en estado de desgracia. No vio atrás para saber si ella lo había visto, comprendía ahora porque había sido incapaz de aproximarse con antelación, ella era demasiado hermosa, demasiado pura e inocente para él, no podía arrastrarla a su mundo de sangre y oscuridad.

—Señor asesino.

La musical voz le devolvió al joven galo el aire a los pulmones, no había sido consciente de lo difícil que le resultaba respirar hasta ese momento, en que su aliento se recuperó con sosiego. El fuego en sus venas se extinguió, como si la dulzura en su voz fuese azúcar líquida que recorría su sangre apaciguando los celos.

—Buenas tardes, señorita.

La saludó con una pequeña reverencia viéndola intensamente a los ojos, sus anhelados ojos.

—¿Se va, señor asesino, después de haberse sometido durante horas a este inclemente viento? —indagó divertida la joven, con su dulce y peculiar sonrisa.

—He pensado que... quiero decir, que yo... yo quería... —intentó explicar Rowen, titubeando abrumado, avergonzándose de su comportamiento: no imaginó que ella pudiese verlo a través del bullicio y sus ocupaciones—. Deseaba... Deseaba agradecerle...

La joven no dijo nada, mantenía la mirada fija en él, tan profunda y penetrante como Rowen la recordaba, con su intensa expresión de preocupación y candidez, coronada por un brillo de inocencia, dulzura y alegría que invitaba a perderse en ella. Su discreta sonrisa permaneció inmutable, tierna y sincera, no había rastro en ella de burla por su comportamiento, ni por su ausencia de palabras. Ella poseía toda la paciencia en su corazón para permitirle abrirse a su tiempo, sin prisas, sin remordimientos, sin falsedades.

—Mi nombre es Rowen McGrath —inclinó levemente su cabeza, colocando la mano sobre su pecho, presentándose con una sonrisa llena de seguridad—. Disculpé mi comportamiento, mis heridas al fin han sanado y consideré correcto venir a agradecerle por sus atenciones.

—Es un placer conocerle, señor McGrath, me alegra saber que sus heridas han sanado. —La joven observó los vendajes de sus manos, dudando de sus palabras—. No tenía que venir a agradecerme, ha

pasado tantas horas en el viento helado que me temo que podría resfriarse. Yo sólo hice lo que mi padre habría querido que hiciera.

—Precisamente, señorita, me preocupaba que su padre fuese a atormentarme por mi descortesía con su hija después de tan dulce trato.

Rowen amplió la sonrisa, aspirando profundamente, ansiando llenar sus pulmones con su exquisito aroma a chocolate, vainilla y lavanda. Un destello de emoción cruzó por el verde iris de la joven, expresando una discreta y tímida sonrisa.

—¿Se burla de mí, señor asesino?

—Tal vez...

El brillo divertido de sus ojos lo alentaban a ser sincero.

—¡Que atrevido, señor! —exclamó la joven en fingida indignación.

Una ráfaga de aire elevó mágicamente los rizos de la joven hacia Rowen, extendiéndolos como largos y suaves brazos deseosos de sentirlo, sin alcanzar a tocarlo. La blanca piel de la joven se erizo evidentemente con el viento, y su sonrisa se amplió.

—Vuelva conmigo, señor McGrath, hoy han alabado especialmente mi café.

—¿Me permitiría el honor de conocer su nombre?

Rowen extendió el brazo caballerosamente, deseando desesperadamente volver a sentir su pequeña y tierna mano sobre él. La joven, con absoluta naturalidad, tomó el brazo que se le ofrecía, y sin reparar en la sonrisa triunfante de su interlocutor, comenzaron a caminar de vuelta a la pequeña cafetería.

—Soy Cecile, señor, disculpe mi falta de modales, las personas suelen saber mi nombre sin que yo lo mencione.

—¿Únicamente Cecile, señorita?

—El resto no tiene caso, las rosas se lo han devorado.

Cecile elevó grácilmente la mano, señalando con sus largos dedos el roído letrero de madera, al cual las rosas tan envidiosamente cubrían, Rowen creyó distinguir una borrosa y desgastada “O” bajo las despiadadas ramas, tan maltrecha por las diminutas espinas del rosal, que le resultó imposible garantizar que realmente fuese una “O”, tal vez, una “C”. La musical y cálida voz de Cecile lo devolvió a la conversación.

—Todos me llaman Cecile, debe ser la culpa de mi hermano, que se la pasa ordenándome todo el día delante de los clientes.

—¿El joven inmensurablemente alto es su hermano?

—¡Oh, señor asesino! ¡Él no es inmensurablemente alto! —Cecile rio divertida, tan dulcemente que el pecho de Rowen se entibió con su candidez—. A Ewan le encantará saberlo.

El orgullo de Rowen se dispuso a protestar de inmediato, no deseaba volverse una burla familiar, pero el brillo alegre en los ojos de la joven lo detuvieron, era evidente que ella no pretendía ningún mal.

Cecile liberó el brazo de Rowen para poder caminar entre las pequeñas mesas ya libres de comensales. Rowen la observó moverse elegante y ágil, los pliegues de su falda danzaban rozando los bordes de las mesitas, podría haber jurado escuchar el susurrar

de la tela acariciando imperceptiblemente la madera.

Al llegar al umbral Cecile giró levemente su cintura, triunfante, invitándolo con los ojos luminosos a que entrase con ella. Rowen sin pensarlo, la siguió.

9

TOUSSAINT

A Rowen no le había resultado posible volver a la cafetería después de su última visita, aunque sus pensamientos siempre giraban en torno a la joven Cecile. La inocencia de su carácter y la dulzura de su trato lo habían atrapado como una invisible telaraña de miel, de la cual entre más esfuerzo invertía en escapar, más atrapado se encontraba.

Los ataques en la ribera alrededor de la Isla de la Cité, se esparcieron por la ciudad entera después del enfrentamiento de Lyam con quien pensaban que era una hija de la lamia.

La lamia madre había demostrado ser una criatura atrevida y audaz, sin temor a ser atrapada, que manipulaba tranquilamente una horda de hijas cada vez más voraces, con la finalidad de convertir a los hombres en sus esclavos personales, o su pervertida cena.

Los últimos avistamientos se habían reportado en los alrededores del Cementerio de *Père-Lachaise*.

Los entes solían enloquecer cuando se trataba del día de todos los santos, había algo en la atmosfera funeraria y esotérica de la celebración, que los volvía indiferentes al peligro, ansiosos por

aprovechar la carga de cierto magnetismo místico en el aire.

Faltaban un par de horas para el atardecer y a lo único a lo que se enfrentaron en su largo día de vigilancia fue a un demonio menor, un recolector de almas al que Rowen enfrentó sin ayuda y lo venció con aburrida facilidad.

Rowen limpió la sangre negra y humeante de su espada en el borde de su bota, observando a Lyam con cierto fastidio; ambos se habían armado hasta donde les fue posible con espadas, dagas, y pociones, además se habían vestido con su ropa de batalla: un abrigo largo de cuero, con gruesas hebillas de una aleación de plata y hierro, al igual que sus pantalones, y sus botas, todo bendecido por el Concejo *Sheann*, el concejo de ancianos druidas, quienes realizaban un ritual mágico en el que le otorgaban resistencia al grueso cuero, volviéndolo impenetrable a toda arma humana, y resistente contra el veneno de ciertos demonios menores.

Rowen enfundó su espada, y suspirando amargamente comenzó a caminar.

—Te dije que esto sería una pérdida de tiempo, la lamia no aparecerá hasta la noche.

—¿Qué hay de todas las almas que ese recolector se estaba robando? —indicó Lyam, mostrando triunfante la pequeña esfera luminosa que habían arrebatado al demonio recolector.

—Un demonio menor, ipfff! gracias a eso dormiré tranquilo esta noche.

—Sabes tan bien como yo, que un demonio de tan baja categoría no se arriesgaría a vagar de día si no tuviese un contrato que

cumplir con urgencia.

Puntualizó Lyam ansioso por animar a su compañero, guardando con extremo cuidado la esfera luminosa cargada de almas en uno de los innumerables bolsillos de su abrigo. Rowen no pudo evitar sonreír al ver la delicadeza con la que Lyam trataba las almas atrapadas en la diminuta trampa, como si no quisiese perturbarlas aún más en su encierro. Rowen rodó los ojos resignado, no podía pasar el día siendo un constante fastidio para su incondicional amigo.

—Bien, nada poderoso saldrá hasta que se ponga el sol. Dividámonos y busquemos a mas recolectores, si había uno seguramente habrá más, es después de todo *Toussaint*, la noche más poderosa para la magia negra.

—¡Ese es el espíritu!

Exclamó emocionado Lyam, cubriendo inconscientemente el bolsillo donde cargaba la esfera de almas. Rowen sonrió conmovido, era como si su amigo quisiera proteger a las almas de escuchar una broma a sus expensas.

—Ve por el lado sur, recorrerás el cementerio desde la entrada principal hasta la capilla, yo recorreré el lado norte, y al ponerse el sol, te veré ahí —decidió Lyam.

Rowen asintió con la cabeza, desabrochando las hebillas de su abrigo conforme comenzaba a caminar hacia la entrada principal, siguiendo las órdenes de su amigo. Faltaba un rato para el anochecer y el clima era agradable, con el sol radiante, y el viento meciendo suavemente las ramas de los árboles, desprendiendo

decenas de hojas marrones que adornarían el cementerio hasta el invierno.

Conforme se aproximaba a la entrada, más gente recorría el cementerio. El olor a flores, velas y muerte se mezclaba en el inconfundible perfume de la noche de *Toussaint*; ninguna otra noche del año cargaba el viento con tan aromatizada y espeluznante esencia. Decenas de personas se aglomeraban, conversando, colocando flores y limpiando las tumbas. Había niños corriendo de un lado a otro en cortos pantaloncillos con sus coloridas gorras, cargando dulces y flores por igual, mientras que sus madres se esmeraban por encontrar el camino correcto a la tumba de algún familiar.

Rowen se inclinó para atrapar un sombrero solitario que rodaba por el piso en su dirección, un hombre ataviado en un grueso y elegante abrigo gris corría detrás, agitado y apenado por haber perdido algo tan importante. Rowen distinguió el suspiro sonoro y aliviado cuando el señor vio atrapado su fugitivo sombrero, el joven observó el sombrero unos segundos, sacudiéndolo educadamente de la tierra y hojas que había atrapado en su travesía, era un sombrero muy fino.

Cuando el caballero hubo llegado hasta él, reía abiertamente, agitado por la carrera, balbuceando una excusa sobre como el viento se lo había arrebatado en un instante, Rowen levantó la vista del sombrero, extendiéndolo a su dueño mientras le sonreía cortésmente, y entonces, su mirada se cruzó con los más espectaculares ojos de los que tuviese memoria. Era una diosa de porcelana vestida de negro.

Cecile caminaba con su característica gracia y elegancia entre la gente; alta, con la tersa y blanca piel de su rostro, su escote y sus brazos brillando, atrapando los destellos del sol como si fuese una figurilla de cristal, mientras unos coquetos risos enmarcaban su rostro escapando por debajo de su pequeño sombrero. Los labios carnosos de la joven se curvaron en una sonrisa tímida y dulce, mientras sus mejillas se teñían de un adorable tono rosa, observándolo.

Rowen correspondió la sonrisa como un reflejo, le devolvió el sombrero al apenado caballero, seguro de que no había escuchado ni una sola de sus palabras desde que sus ojos se cruzaron con Cecile. Le dio una palmada en el brazo al hombre, y comenzó a caminar indiferente a sus explicaciones y a su jocosa conversación.

Serpenteaban entre los visitantes, ajenos a su escandaloso festejo. La suave y delgada tela del vestido se removía traviesa con el viento, delineando las sensuales curvas de su cuerpo. Sus movimientos resultaban hipnóticos, deliberadamente lentos y delicados. El corazón de Rowen se aceleró, disfrutando del espectáculo. Se detuvo en una de las tumbas, momentáneamente, tomando una rosa blanca de un ramo colocado cuidadosamente sobre una lápida; guiñó en complicidad a Cecile, quien dulcificó su sonrisa de un modo casi imposible, con la diversión reflejándose en su mirada.

—Buenas tardes, señorita Cecile.

Llegando finalmente a su lado Rowen inclinó la cabeza como una pequeña reverencia, sonriendo sutilmente de lado, admirándola, extendió la mano ofreciéndole la flor robada.

—Señor McGrath, que gusto encontrarlo aquí. ¿Viene acompañando a un familiar?

Cecile expresó en su abrumadoramente dulce y musical voz, sonriendo ante la educada reverencia de Rowen aceptó la rosa, dirigiendo una significativa mirada al hombre que los observaba fijamente mientras se colocaba su sombrero.

—No, me temo que no me queda ningún familiar con vida.

—Lo lamento, ¿viene entonces a visitar las tumbas de su familia?

Con cierto pesar en la voz insistió Cecile, desconcertando a Rowen, incrédulo e incómodo ante la idea de que ella pudiese sentir lástima por él.

—Me temo que tampoco es ese el motivo de mi presencia, hace demasiado tiempo que perdí al último miembro de mi familia, tanto, que me resulta imposible evocar sus rostros, y sus recuerdos son sólo una ilusión —declaró con su tersa voz llena de seguridad, sorprendiéndose a sí mismo—. Fallecieron en una tierra lejana y creo que de visitar sus tumbas hoy, no encontraría más que polvo debajo de las piedras.

Cecile lo observó inmutable, el rastro de pena en sus ojos había desaparecido, como si un profundo conocimiento de lo desconocido la hiciera consiente del significado de sus palabras; él suspiro, ella poseía la capacidad de entenderlo aun con sus misteriosas y extrañas conversaciones, y a pesar de sus numerosos secretos.

—El tiempo se vuelve fácilmente una eternidad cuando no hay nada que diferencie un día de otro, ¿no es verdad? —expresó tímidamente Cecile, con una sonrisa etérea, encantadora.

El destello de felicidad que iluminó los ojos de la joven al sentirse comprendida deslumbró a Rowen.

—¿Y usted, señorita, viene a honrar a su padre?

—No, señor, a él lo honró diariamente.

Por primera vez desde que la conociera, Rowen vio oscuridad en los ojos de Cecile al responderle, no era enojo ni indignación, era algo profundo y doloroso que envolvió su rostro con un lúgubre manto de tristeza y sobriedad.

—Vengo cada semana, desde hace años —continuó ella—, para asegurarme de que mi padre permanece en su tumba.

—¿No creerá realmente, señorita, que su padre se levantará de la tumba, no después de tantos años?

El tonó burlón en la voz de Rowen fue ofensivo y atrevido incluso para él, pero, su explicación lo había dejado perplejo.

—¡Yo no dije eso, señor asesino! —Cecile estalló en una sensual carcajada, desconcertando aún más al galo—. Debo parecerle una loca si ese fue el significado que le otorgó a mis palabras.

—¿Cree que alguien podría profanar su tumba?

Los ojos de Rowen se agrandaron, casi saliendo de sus orbitas, cuando la comprensión finalmente llegó a él.

—Le sorprendería la clase de secretos que las personas se llevan a la tumba con ellos.

Murmuró Cecile acercándose lentamente a él, colocándose de puntitas para alcanzar su oído, erizándole la piel cuando su cálido

aliento le acarició el cuello. Se aproximó tanto a él, que Rowen podía sentir como el calor emanado de su piel le invadía el cuerpo; los tersos labios de Cecile rozaron el lóbulo de su oreja al hablar, haciéndolo temblar de placer.

—El mundo esconde peligros más grandes que usted, señor asesino, cosas mucho más peligrosas que asesinos de monstruos y demonios, cosas tan malignas que lo mejor es enterrarlas y rezar por que permanezcan bajo tierra.

Rowen cerró los ojos, disfrutando de su proximidad, de su confianza, esforzándose por contener su ardiente impulso de abrazarla y de fundir su boca lentamente contra esos tersos labios llenos de inocencia. Exhalando lentamente, recobró su compostura, tomándola de la mano para mantenerla en su posición antes de que decidiera huir, murmurándole en un tono grave y prometedor.

—No hay nada más peligroso en el mundo, señorita, que yo.

—Por favor, señor, si lo he vencido con una taza de chocolate.

Cecile se apartó de él, guiñándole coquetamente un ojo con una sonrisa llena de promesas. El aire escapó de los pulmones de Rowen de golpe, paralizado en su sitio, ¿cómo podía ser tan segura de sí misma, y al mismo tiempo parecer tan dulce e inocente?

—Esta por anochecer... Será mejor que me dé prisa en ir a ver a mi padre o deberé volver a casa de noche —indicó Cecile con cierto pesar en la voz.

Rowen desesperado por disfrutar de más tiempo en su compañía, se apresuró en ofrecerle el brazo.

—Será un verdadero honor acompañarla esta tarde.

—Es usted muy amable, señor McGrath, pero, no quiero alejarlo de sus deberes —se negó dulcemente Cecile, como si conociera la importancia de sus obligaciones.

—Le aseguro, señorita, que no hay nada que pueda apartarme de usted esta noche, ha sido el destino el que me ha cruzado en su camino y no pienso desairarlo —insistió Rowen ampliando la sonrisa, con el corazón a punto de explotarle por la inseguridad reprimida.

—No voy a una parte concurrida del cementerio, señor, ¿está usted completamente seguro de que no prefiere permanecer entre la gente, a salvo? —murmuró maliciosamente Cecile, dirigiendo divertidas miradas a su alrededor, como si algo los estuviese cazando.

—Yo la mantendré a salvo, señorita Cecile, se lo prometo.

La repuesta de Rowen desarmó toda objeción en su dulce amiga, quien sonrojando deslizó suavemente los largos dedos por el brazo del gallo, aceptando con ese simple gesto su compañía.

Rowen se perdió en la dulzura de Cecile esa tarde, y mucho más allá del anochecer, recorriendo pacíficamente los senderos del cementerio, que lentamente se fueron vaciando conforme las tumbas se volvieron más antiguas. Olvidando por completo sus obligaciones e ignorando la advertencia incesante de su pecho: un palpitar furioso que deseaba hacerle saber que el mal rondaba cerca, caminaba entre las criptas buscando aquello que anhelaba,

enfrentándose a Lyam.

10

EL RECOLECTOR

Las sombras se delineaban tétricamente entre los árboles, formando amenazadoras figuras en las tumbas, conforme el sol se ocultaba en el horizonte, removiéndose alrededor de Lyam cual nostálgicas dríadas buscando seducirlo en la oscuridad. Pese al característico olor a muerte propio de un cementerio, el joven druida se encontró a sí mismo cómodo en la pacífica soledad de la noche, adentrándose en las partes olvidadas del cementerio, disfrutando de la suave brisa y la incesante lluvia de hojas secas.

El suave murmullo del viento filtrándose en los arboles recorría el cementerio con delicada parsimonia, acompañando a Lyam en su recorrido por *Père-Lachaise*, fascinado con la lluvia infinita de hojas secas que danzaban a su alrededor, hojas marrones que planeaban lentamente en la nada, suspendiéndose en un último instante antes de tocar el piso, como si un hilo invisible las atase a las ramas ayudándolas a morir con gentileza.

Lyam suspiró palpando la frágil esfera de almas que resguardaba celosamente en su bolsillo. Esperaba secretamente no tener que enfrentarse a otro demonio aquella noche, no era cuestión de cobardía o cansancio, simplemente no quería exponer a aquellas

almas a semejante ajetreo, atrapadas con aquel cruel hechizo, lejos de rencarnar.

Aspiró profundamente deteniéndose en medio de un pequeño claro, de apenas unos metros, el olor a muerte vieja del cementerio lejos estaba de opacar el delicioso aroma de los árboles y las flores. Cerró los ojos disfrutando de aquel pequeño instante de paz, cuando un cuchicheo antinatural llamó su atención. Eran voces femeninas, demasiado delicadas y dulces para poder considerarlas un peligro, pero eran muchas.

Sus pies siguieron el canto de modo inconsciente, obedeciendo al llamado de las dulces voces; su corazón palpitó arrítmicamente hasta que su cuerpo se relajó por completo, sometiéndose a la voluntad de su alma: quería encontrar a las poseedoras de esas voces, debía verlas, idolatrarlas y dar su vida por ellas. Las protegería de todo el peligro que rondase en el mundo. Repentinamente la idea de Rowen vagando por el cementerio, buscándolas para asesinarlas, lo aterró, y sus pies se aceleraron, ansiando llegar hasta el origen de la melodiosa canción y protegerlas. Sin embargo, conforme más pensaba en Rowen más flaqueaba su voluntad.

Rowen vagaba solo, con la mayor de las apatías completamente ignorante ante la presencia de aquellas criaturas. ¿Y, si aquel era el motivo de su preciosa canción? ¿Festejaban el haber aniquilado a un druida? No, Rowen no caería tan fácil en sus garras, de nuevo.

Sus piernas volvieron a acelerar el paso, esta vez ansioso y preocupado, si Rowen estaba en problemas debía protegerlo. El canto entonces dejó de ser bello, las melodiosas voces se

transformaron lentamente en agresivos y chillantes aullidos demoniacos; gritos espeluznantes que laceraban sus oídos y atormentaban su mente. No había nada hermoso ni melodioso en aquellas voces, eran por demás una conversación alterada de un grupo demoniaco numeroso.

Conforme más se acercaba, podía sentir el penetrante dolor en sus tímpanos, al borde del estallido. Se detuvo al resguardo de un viejo árbol, y sacando un puro lo presionó entre los dedos, esparciéndose el tabaco en la palma de la mano, y comprimiéndolo en dos pequeños rollitos los introdujo a sus oídos; sonrió descansando ligeramente, el sonido aún se filtraba a través del tabaco, pero, ya no sentía que sus oídos reventarían en cualquier instante.

Dio un paso dispuesto a llegar hasta los demonios cuando una rama crujió sonoramente debajo de su bota, rompiéndose en dos. El sonido fue tan estrepitoso que incluso algunos pájaros exagerados volaron de sus nidos. Lyam gruñó entre dientes, molesto, y el llamado demoniaco cesó, alertados de la presencia de un desconocido, agudizando sus oídos y su vista, prestos a localizarlo.

Lyam se mantuvo quieto, tanto como le fue humanamente posible, esperando que los demonios volviesen a relajarse y confiasen en la soledad de aquella parte del cementerio. Mientras esperaba, analizó el piso a su alrededor, completamente cubierto de hojarasca, y ramas secas. Era una parte poco recorrida del cementerio, y la naturaleza se extendía tranquilamente por toda la superficie. Hojas marrones lo cubrían todo, y lo delatarían el resto del camino.

Cuando las voces se reanudaron, Lyam consideró dar otro paso adelante, pero apenas hubo deslizado la bota, incluso él, con sus oídos taponeados, pudo escuchar claramente el crujir de las hojas bajo su pesada bota. Rumió el puro que tenía entre los labios, jugando con su lengua, haciéndolo rodar, pensativo. Sonriendo se colocó en cuclillas lentamente, buscando no perturbar las hojas secas bajo sus pies. Despacio desabrochó sus agujetas interminables, y enderezándose, sacó un pie de su protectora bota, depositándolo en el piso, sobre la tierra, en un desliz tan ligero, que pareció más una caricia a las hojas que una pisada, deslizando la planta del pie entre las hojas, suave y pacientemente, apoyando todo su peso para hacer lo mismo con el otro pie.

Se dispuso a subirse a una lápida, sin pisar las hojas, cuando repentinamente el recuerdo de la esfera de almas que llevaba consigo lo alarmó. Buscó a su alrededor, sin encontrar un escondite adecuado, y finalmente viendo sus botas sonrió ante su propia ocurrencia: Colocó con extremado cuidado la esfera dentro de una de sus botas, cubriéndola después con un montón de hojas secas.

—Estarán a salvo aquí, regresaré por ustedes, no teman.

Buscó consolar a las almas dentro de la esfera mágica, aunque sabía que era imposible que lo escuchasen dentro de aquel hechizo carcelario.

Se subió finalmente a una lápida, removiendo los dedos en el frío mármol desenfundó dos revólveres, y comenzó a saltar de lápida en lápida, con notoria precisión, evitando cualquier hoja que pudiese delatarlo, cayendo tan ligeramente con los pies descalzos que apenas podía percibirse el susurrar de su grueso abrigo cortando

suavemente el viento al saltar de una lápida a otra.

Cuando el cántico demoniaco se elevó tanto que se volvió insoportable, Lyam supo así que se encontraba muy cerca de su objetivo. Bajó de la lápida, deslizándose entre las hojas más que caminando, ocultándose a hurtadillas entre los árboles y las estatuas, buscando no perder el elemento sorpresa.

Finalmente, a la distancia, debajo de un quiosco pequeño y derruido, distinguió a un grupo numeroso de mujeres, seis o siete señoritas, de clases sociales diferentes: Algunas eran de clase alta, con sus hermosos vestidos con polisón y cinturas ajustadas, otras vestían modestamente, con faldas desgastadas y blusas sucias, y una de ellas, lucía tan terriblemente desprolija como el indigente que albergaban en la abadía. Y la última, de entre todas ellas, alta y antinaturalmente hermosa, lucía un vestido ligero, demasiado ligero, que delineaba impudicamente todas sus curvas femeninas, mientras que su cabello extremadamente largo, se removía exageradamente con el viento y en su contra, con vida propia, como si fuese una flama infernal, fuego negro y demoniaco que ondeaba en todas dirección, abrazador, agresivo y hermoso.

Ella era quien hablaba, las demás se limitaban a canturrear quejumbrosamente observando a su ama, esperando sus indicaciones.

El aliento escapó de los pulmones de Lyam cuando distinguió la figura masculina tendida a los pies de las criaturas. Completamente inerte, sobre un charco de sangre negra. Y, sobre el hombre, un insignificante demonio recolector de almas, sujetando ofensivamente el cabello del difunto, manteniendo su cabeza arriba

y el cuello expuesto, permitiendo que la sangre se drenase por completo de la herida.

Lyam sintió náuseas, mientras el estómago se le contraía dolorosamente, apenas logrando contener el impulso de abalanzarse sobre el demonio y molerlo a golpes. Mordió el interior de su mejilla, sabía que debía escuchar la conversación pese al dolor de sus tímpanos: sacó el tabaco de uno de sus oídos, esperando poder escuchar más allá del chillante sonido.

—Este no fue el trato, el demonio olvida con quien habla, Señora Ama pidió cien almas para esta noche, aquí sólo hay diez.

Reclamó furiosa la lamia, girando entre sus dedos una esfera luminosa, más pequeña que la que él había rescatado.

El demonio respondió en algún lenguaje desconocido para Lyam, alguna lengua infernal. Lo dicho por la criatura resultó ofensivo para las hijas de la lamia, quienes gritaron y vociferaron viperinas. El demonio cubrió donde debían estar sus oídos apenas unos segundos, antes de elevar las manos en forma de rendición.

—¡Cállense! ¡Malditas humanas! Se creen demasiado porque la lamia las ha convertido, pero, aún huelo la asquerosa humanidad de sus almas aferrándose a sus cuerpos perecederos y mortales.

La lamia, madre de las conversas, abofeteó al recolector de lleno con su manaza, haciéndole girar el rostro. La criatura escupió sangre al vestido de una de sus hijas, antes de reír históricamente, soltando el cabello de la víctima.

—No importa como las veas lamia, siempre serán humanas, tan humana como tú.

La lamia volvió a abofetearlo, esta vez con tanta fuerza que lo derribó, haciéndolo rodar por en el piso.

—El demonio inmundo olvida con quien habla, lamia posee más poder que tú, lamia te puede matar de un solo golpe.

—Lamia me necesita, su Ama quiere cien almas y apenas tiene diez —se burló el recolector.

—¿Dónde está el resto? Ama no estará feliz —insistió la lamia.

—Nos atacaron... —dudó un momento el grotesco ser—, diez druidas nos atacaron, han matado a mi pareja y se han robado cincuenta almas.

—¿Cincuenta?

Lyam abrió los ojos admirado, aquella esfera escondida en su bota se veía tan pequeña y frágil, cincuenta almas eran demasiadas, aunque bien podría ser una mentira, después de todo también dijo diez druidas. Mentir así denotaba cuan desesperado estaba por más sangre, o cuanto debía temerle a “Ama” quien quiera que ella fuese.

—¿Druidas? Han llegado. —Los hombros de la lamia se relajaron notoriamente—. ¿Diez? No son los que Ama esperaba.

—Más, eran más.

El demonio se colocó de rodillas, asintiendo exageradamente con su horripilante cabeza.

—¡Mientes!

El cabello de la lamia se removió tan rápido que Lyam no logró discernir el momento exacto en que sus largos mechones rodearon

al demonio, aprisionándolo, arrastrándolo por la tierra hasta colocarlo a sus pies, para después colocarse de cuclillas frente a él.

—Si son diez druidas, no son *Datayias*, son guardianes y no sirven a Ama, son cosas insignificantes y sin importancia. El demonio dice que diez guardianes, jóvenes inexpertos, le han robado y han matado a uno de los suyos; el demonio no vale nada para mí, ni para Ama.

—No, espera —suplicó el demonio, apenas capaz de respirar, con el cabello ahorcándolo violentamente—, no eran guardianes... sí, sí eran *Datayias*, druidas malditos entre los malditos... nos atacó uno de ellos, pero... estoy seguro de que había otro... cerca...

—Dos *Datayias* en París, por fin.

La lamia soltó al demonio, y viendo a sus hijas, chasqueó los dedos. Sus convertidas sisearon alegres mientras que tres más de ellas se acercaban, arrastrando cada una de ellas a un hombre inconsciente. Las víctimas se golpeaban con las lápidas, se cortaban con las piedras y las ramas, pero ninguno hombre se movía, apenas sangraban, estaban muertos.

Lyam analizó entonces la situación, sumaban diez lamias contando a madre, eran demasiadas para enfrentarlas solo. Consideró entonces que lo mejor sería esperar a que el demonio se fuese, y seguirlo para atraparlo. Él parecía tener conocimiento de quien era “Ama”.

Entonces, del otro lado del cementerio apareció una última conversa, seguida por un joven niño, en esa incómoda edad entre la niñez y la adolescencia, donde se es demasiado grande para ser

niño, y demasiado joven para ser un hombre. Seguía obedientemente a su captora, prudentemente un paso detrás de ella, con sus dedos entrelazados a los de la criatura, románticamente. Incapaz de ver nada más que a ella, completamente hechizado.

—Madre, he traído uno vivo, imaginé que valdría más así.

—Perfecto, mi niña, madre está complacida —se regodeó la lamia, analizando a su presa.

—Quiero su alma, el recolector puede tener su sangre.

El demonio recolector cayó pesadamente al piso cuando la lamia lo soltó, liberándolo de su enlace mortal. Y sin demora se abalanzó sobre los cuerpos inertes y frescos que las hijas habían llevado, mientras la última de ellas esperaba pacientemente el turno de su víctima.

—Es más de lo que mereces por diez almas, pero Ama estará complacida al saber que los *Datayias* han llegado. —La lamia tomó de la mano al joven vivo, tirándolo hacia ella—. Pero, Ama querrá sus cien almas esta noche, después de recolectar la sangre, el demonio deberá volver a trabajar.

Lyam balanceó las pistolas en sus manos, ansioso, podía enfrentarlas, a todas juntas y averiguar quién era Ama, o podía dejar que asesinasen al joven delante de él, y la lamia escapase con las almas para después seguir al recolector.

Indeciso dio un paso atrás, incapaz de discernir entre lo correcto y el suicidio, colocándose distraídamente de nuevo el tabaco en el oído. El crujido de una delgadísima rama rompiéndose asustó a una

urraca cerca de él, haciéndola chillar tan fuerte que le heló la sangre, mientras los doce pares de ojos antinaturales, negros y desalmados se posaban en él.

LA FAMILIA DE LAMIAS

Sin titubear Lyam elevó los brazos velozmente, en cuanto sus ojos se hubieron cruzado con la mirada cruel y determinada de la lamia madre, disparando con precisión a sus hijas, acertando cada bala. ¡Bang! ¡Bang! El atronador sonido de los balazos los ensordeció a todos, escuchándose por encima del griterío demoniaco y amenazador de las criaturas. Fue todo muy rápido, una mirada, el sonido de los revólveres, y dos lamias habían caído secamente al piso, muertas, con una bala de hierro y plata en sus frentes.

La lamia madre enterró las garras en el cuello del joven, escudándose con él, mientras el resto de sus hijas se abalanzaban sobre el druida, canturreando, buscando hipnotizarlo, pero con el tabaco en sus oídos y el corazón bien puesto en el lugar correcto, les resultó imposible someterlo a su trance. Lyam sabía que las lamias solo podían controlar a aquellos hombres que tenían el corazón vulnerable lleno de incertidumbres, dudas y desamor, o podían hipnotizar enredando su cabello, infringiendo la voluntad a través de la piel. Cuando no lograban ninguna, hacían estallar las venas.

Recordando aquello dio varios pasos atrás, pasos que resultaron dolorosos en la tierra con sus guijarros y ramas secas.

Apuntó a las criaturas decididamente, disparando con tanta presteza como le fue posible, y una a una cayeron pesadamente en el piso. No todas las balas fueron certeras, se movían veloces y agresivas a su alrededor. Sólo aquellas que se interponían entre madre y su revolver caían derrotadas, dando la vida por su creadora.

Lyam distinguió claramente como la sangre brotaba espesa de los cuerpos inertes a los pies de la lamia, mientras el recolector buscaba llenar sus frascos. Había una gran colección de grandes ánforas alrededor de él, estaba por terminar su trabajo. Con los dedos viscosos y negros, llenos de espesa sangre, recogió su botín y sonriendo grotescamente a la lamia salió corriendo, sin esperar a ver el resultado del enfrentamiento.

El galo sintió el latigazo en su espalda, seguido de un fuerte apretón en su cintura, el cabello de una de las lamias novicias lo había alcanzado, envolviéndolo, y tirando de él con tal violencia, que lo derribó de un solo tirón, haciéndolo caer pesadamente sobre su espalda, golpeándose la cabeza.

Por un instante todo fue oscuridad, una oscuridad ruidosa llena de los graznidos incesantes de algo similar a buitres moribundos, demandando una última comida. Unas largas garras arañaron su rostro, haciéndole sangrar; gritó colérico soltando uno de los revólveres, y tomando una daga de su cinturón de armas, cortó el pelo de la lamia que lo apretaba dolorosamente por la cintura.

El cabello aflojó su agarre, lo que Lyam aprovechó para intentar colocarse en pie, cuando un nuevo mechón se apoderó de su

muñeca y otro más de su brazo contrario, impidiéndole acercar una mano a la otra. Lyam sonrió lanzando su daga al aire, mientras se colocaba en pie, tirando tan fuerte como pudo del cabello demoniaco, llegando apenas a estar de rodillas. Inclinando la cabeza atrapó con la boca la daga, y cortó el cabello de su muñeca, después tomando la daga cortó el cabello de su brazo opuesto, para finalmente lanzar el arma a la frente de la lamia que insistía en apresarle.

El chillido de las lamias restantes se elevó dolorosamente, Lyam cubrió sus oídos con ambas manos, manteniéndose de rodillas, viéndose incapaz de soportar el estridente dolor que hacía vibrar sus tímpanos, y cada una de sus neuronas agresivamente, sintiendo como un delgadísimo hilo de sangre brotaba de su nariz. El llanto mortal de las lamias lo aniquilaría a menos de que sucediese un milagro: ¿Dónde carajo estaba Rowen?

La espesa y tibia sensación de sus tímpanos sangrando lo hizo entrar en razón, Rowen podía estar en el mismo peligro mortal, no podía confiar en que lo salvaría, debía salvarse a sí mismo para poder salvarlo. Limpió la sangre de su nariz con el dorso de la mano, y tomando una nueva daga trazó rápidamente alrededor de él un círculo, gritando más que recitando un hechizo de protección, el aullido de las lamias le hacía imposible calcular el volumen de su propia voz.

Los árboles a su alrededor vibraron, conforme él se colocaba en pie, y el viento se arremolinó a su alrededor, arrancando las hojas de las ramas, formando una esfera protectora a su alrededor, frágil y densa, de miles de hojas marrones, amarillentas y verdes que por

unos segundos se arremolinaron relucientes a su alrededor.

—¡Armachd bileagan! —gritó Lyam en elibein, el lenguaje antiguo de los celtas y los seres mágicos.

Las hojas se compactaron a su alrededor, cubriéndolo como una armadura de papel mache hecha a la medida. El sonido se amortiguó con las numerosas capas de hojas, sólo podía escuchar un leve chillar, como el de un grupo de furiosos ratones a la distancia, en lugar del agresivo graznar de cientos de cuervos.

Las hojas lo cubrieron de pies a cabeza, dejándole apenas unas rendijas en los ojos. Cada movimiento resultaba hipnótico e irreal, como presenciar un hada otoñal en su colorido esplendor, danzando entre las tumbas y atacando a las lamias con el suave crujir de sus hojas anunciándolo. Se movía velozmente entre las inexpertas noveles, demasiado confiadas en el uso de sus voces como para reaccionar a tiempo ante el ataque físico del druida.

Una a una cayeron bajo la inclemente hoja de su chuchilla, bañada en sangre demasiado roja y brillante para ser humana. Entonces, lamia madre, fijando su vista en el galo emitió un silbido que paralizó al viento mismo, silenciándolo todo. Las dos hijas sobrevivientes se detuvieron inmediatamente, el mismo Lyam no pudo evitar detener su ataque, viéndola directamente, mientras el cadencioso sonido de las gotas de sangre cayendo sobre el mármol de la lápida desde su navaja era lo único que rompía el silencio. Aunque a él le resultaba imposible escucharlo.

—¡Basta! El druida ha olvidado su deber sagrado —musitó apenas la lamia, y de algún modo Lyam la pudo comprender perfectamente—. El druida deberá rendirse o asesinaré al inocente.

—El druida no hará semejante cosa, una vida no vale más que las decenas que tus hijas matarán, un alma no puede valer más que las cien almas que pide tu ama —refutó Lyam dando un paso hacia ella.

—El druida está maldito si piensa eso, ¿el druida es un *Datayia*?

Lyam chasqueó la lengua guiñándole un ojo como única respuesta. Lanzó su chuchillo directamente a la cabeza del demonio femenino. La lamia enfureció al sentir el penetrante dolor en su sien, la navaja la rozó, lacerándola, cortándole un mechón de su preciado y mágico cabello. Soltó al joven inocente a causa de la impresión, y mostrando los dientes amenazadoramente siseo “*Datayia*” antes de perderse entre los árboles y las lápidas tan rápidamente que se volvió un borrón entre las tumbas.

Sus hijas la vieron huir, desconcertadas, y sus pechos se elevaron notoriamente, agitadas y temerosas por el abandono de su creadora, incapaces de dar crédito intercambiaron una mirada antes de darse vuelta buscando al druida.

Al girar se toparon con el cañón de un revolver apuntándoles directamente al entrecejo a cada una, tan cerca que pudieron sentir el frío del metal rozarles la ardiente piel. Apenas se hubieron percatado las criaturas de las pistolas, con un parpadeo, cuando los cañones tronaron y las balas las atravesaron, cayendo inertes sobre la tierra.

Las hojas se desprendieron de Lyam con una sonora lluvia chascosa y musical, como un remolino en medio del bosque en un pacífico otoño. Enfundó las pistolas, y buscó algún rastro del recolector de almas, pero no había indicio alguno de su huida, al igual que de la lamia.

Se acercó al joven inconsciente en el piso, junto a los cadáveres de las víctimas drenadas. Le tomó el pulso y analizó sus heridas superficiales cuidadosamente, determinando que sobreviviría, únicamente estaba inconsciente a causa de la hipnosis de la lamia.

Había corrido con suerte, lo sabía, al enfrentarse contra las hijas inexpertas de una lamia, si hubiesen sido demonios maduros y experimentados, el final hubiese sido muy diferente. Incluso enfrentar a la lamia madre directamente habría supuesto un mayor desafío, ¿por qué había huido con aquella facilidad? Ella podría haberlo derrotado casi con igual facilidad con la que había derrotado a su compañero, o ¿acaso su ama tenía planes más importantes? Planes que podría estropear o entorpecer si lo enfrentaba. Había después de todo escuchado la alegría que el demonio experimento al enterarse de su presencia. Rowen tenía razón, todos aquellos ataques habían sido una invitación para que los druidas acudiesen a París, y no cualquier druida, *Datayias*, y ahora que estaban en la ciudad y lo sabían, harían todo lo posible por hacerlos salir a la luz, y cumplir con sus planes.

Absorto en sus propios pensamientos, Lyam se permitió caminar tranquilamente hasta el sitio donde había resguardado sus zapatos, con los oídos y la nariz sangrante. Recogiendo cuidadosamente la esfera de almas, volvió a guardarla fielmente en su abrigo, entrando en sus botas, satisfecho de haber rescatado a aquellas almas, lamentándose al mismo tiempo de haber perdido el rastro del recolector.

Abruptamente el recuerdo de la conversación entre el recolector y la lamia madre le heló la sangre, la señora Ama había hecho un

encargo muy grande de almas, y Lyam sólo había rescatado un puñado, lo que únicamente podía significar que había más demonios recolectores en el cementerio, y después de lo sucedido, estarían rabiosos por conseguir su encargo, ya fuesen almas arrebatadas de los vivos, o almas que se habían atrevido a cruzar aquella noche.

Sonrió casi malévolamente, desenfundando sus revólveres, comenzando a caminar lleno de determinación: Demonios recolectores vagaban entre las tumbas del Cementerio *Piere—Lacheise* cazando almas, querían cien, y él los detendría.

AGUIJONES DE CRISTAL

El reconfortante aroma de chocolate, café y vainilla llenó los pulmones de Lyam al llegar a la abarrotada calle de *Rue de Dauphine*. Iba perfectamente abrigado luciendo una fina bufanda blanca de seda que contrarrestaba notoriamente con su abrigo de piel negro lleno de bolsillos, hebillas y arneses. Faltaba poco para la puesta del sol, y el aire helado arrasaba con cualquier chal, bufanda o sombrero descuidado, por lo que meticulosamente había resguardado su delicada prenda dentro del cuello de su gabardina.

Rowen le había solicitado ir a buscarlo a *Le café* para hacer la guardia nocturna juntos. Después del incidente en el cementerio, la culpa había atormentado a Rowen por días y se había reusado a separársele por lo que a Lyam le resultaron las dos semanas más molestas de su vida.

Es cierto que cierta molestia había opacado el alivio que Lyam sintió al encontrar a Rowen a salvó a la mañana siguiente en la capilla del cementerio, con una sonrisa radiante y los ojos destellando una felicidad completamente ajena a él.

En ese momento ver sus pupilas fue como ver dos estrellas del

Norte, luminosas y radiantes.

Por un instante le resultó indignante y ofensiva aquella sonrisa, después de la violenta noche que había él experimentado, sin embargo, la sonrisa de Rowen se le desvaneció de los labios en cuanto hubo visto claramente a su maltrecho amigo, sangrante y magullado por las incansables peleas libradas a lo largo de toda la noche, recuperando esferas de almas de los recolectores.

Cuando Lyam se sentó junto a él en los escalones de la capilla, relamiendo la comisura derecha de sus labios, recogiendo un espeso rastro de sangre para escupirlo a la distancia rumiando su indignación, la expresión de alegría en Rowen fue rápidamente reemplazada por la genuina preocupación paternal que lo caracterizaba.

Mientras Rowen lo tomaba de la mandíbula para inspeccionarle agresiva y demandantemente los rasguños del rostro y cuello, Lyam observó como toda la felicidad lo había abandonado, a excepción del luminoso brillo de sus ojos, que delataba una dicha que incluso la preocupación, la culpa y la angustia que sentía por Lyam no había logrado opacar. Entonces, sin que su amigo se lo dijese, Lyam supo dónde es que había estado toda la noche. Había estado con ella, disfrutándola, admirándola, enamorándose de ella, mientras él luchaba por su vida preocupado por su amigo.

Trató de no recriminarle, se alegraba por él genuinamente, deseaba que encontrase la felicidad, y un sendero que llenase su alma de paz, que lo hiciese sentir pleno, pero, no podía evitar preguntar si Rowen se había preguntado dónde había estado él, ¿si estaba a salvo? ¿si lo necesitaba?

Rowen no requirió que Lyam le hiciese reproche alguno, la culpa lo consumió rápidamente, carcomiendo su consciencia.

Así pues, le había llevado a Lyam dos semanas convencerlo de dejarlo en la abadía e ir a visitar a Cecile, pero Rowen la notó tan ocupada y absorta en sus propias labores que se limitó a recargarse en el poste al otro lado de la calle, admirándola desde la distancia, fascinándose inapropiadamente con ella, como el más perverso de los acosadores.

Mientras mantenía su vigilia llegó incluso a preguntarse si aquello no la molestaría, pero la descubrió varias veces viendo en su dirección, dulce y divertida, dirigiéndole las más dulces de las sonrisas, instándolo a continuar con su guardia desde la distancia, dándole como siempre el espacio y el tiempo necesario para que se sintiese cómodo y encontrase el valor de acercársele.

Era algo muy propio de ella que lo fascinaba, su infinita paciencia y comprensión, jamás lo había forzado a una situación incómoda ni lo había hecho sentir ajeno a su mundo o a su persona de ningún modo, sólo había encontrado en ella paciencia; paciencia y dulzura.

—¿Estás listo, Ro? —Llegó Lyam, hablándole desde atrás—. Ya es hora, el sol está por ponerse.

—Si debo hacerlo... —se lamentó Rowen dejando caer su puro, pisándolo con la bota.

—No tienes que hacerlo, yo puedo hacer la guardia de esta noche. —Lyam casi pudo sentir pena por él, dividido entre su deber y su anhelo—. Pero, si has de quedarte al menos entra al café y bebe algo, esta situación es un poco... perturbadora.

—¿Solo? —se alarmó Rowen apartando por primera vez los ojos de Cecile, para verlo fijamente.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Los ataques han disminuido drásticamente desde que acabé con las lamias.

Rowen vio el modo en que Lyam se cuadraba de hombros orgulloso de sí mismo.

—Oh, por favor, acabas con un par de lamias neófitas y piensas que ya puedes deshacerte de mí —sonrió de medio lado Rowen—. No te hagas muchas ilusiones.

—No busco deshacerme de ti, Ro, pienso en ordenar prioridades.

Lyam vio de reojo a Cecile, a la distancia, inmaculada vestida de blanco, atendiendo a una señora a través del mostrador.

—Hermano, tengo muy bien ordenadas mis prioridades. —Rowen se forzó a sí mismo a no seguir su mirada, le colocó la palma en el hombro, dándole un ligero apretón—. Y, sé quién está por encima de todo.

Lyam rodó los ojos, incapaz de contener una risilla, incómodo, no requería que Rowen le hiciese esa clase de comentarios, sabía lo que significaba para su amigo.

—Bien, vámonos —se resignó Lyam elevando ligeramente las manos en señal de rendición.

Rowen dirigió una última mirada a la angelical joven, y sin poder detener sus pies, ya caminaba hacia ella.

Caminó directamente hasta la cafetería, cruzando la calle sin prestar atención a los carruajes y al griterío de la gente, con la vista

fija únicamente en ella. Sorteó las pequeñas mesas predispuestas al exterior del establecimiento con elegante gracia, como si lo hubiese ensayado un millón de veces, o acaso lo había hecho en sus fantasías. La observó salir de atrás del mostrador, con sutiles movimientos de cadera, balanceando los brazos ligeramente al andar.

Llegaron al mismo tiempo al umbral del café, Rowen un paso afuera, ella un paso adentro, observándose profundamente.

El rostro de Cecile reflejaba como siempre la más sincera de las sonrisas, expectante. Rowen extendió la mano galantemente, y la joven como un reflejo la tomó en un educado saludo cortés. El galo se inclinó sin separar sus ojos de los de ella, dándole un muy suave beso en el dorso de la mano, inhalando hondamente, embriagándose con el aroma de chocolate y lavanda que se desprendía de ella. Amplió la sonrisa al notar como la cálida y suave piel se estremecía con el contacto de sus labios.

—Señorita.

Rowen se enderezó, sin romper su agarre, y con la mano contraria hizo un ligero ademán con su sombrero caballerosamente.

—Señor asesino —respondió ella con un destello alegre y juguetón en los ojos.

La sonrisa de Rowen se difuminó seductoramente, observándola un instante, antes de dar la vuelta; aferrándose a su delgada mano unos segundos más antes de soltarla y marcharse.

Lyam lo esperaba del otro lado de la calle, con notoria burla en el

rostro; burla que se abstuvo de externar, limitándose simplemente a caminar a su lado, permitiéndole disfrutar de su complicidad con la joven.

Resultó ser una noche por demás lenta y aburrida, la guardia nocturna parecía ser cada vez más algo innecesario. Lyam tenía razón, desde que hubo aniquilado a las hijas de la lamia, los ataques en la ciudad habían cesado casi por completo, de los dos o tres ataques que se estaban reportando diariamente, ahora eran uno o dos por semana. Eran tan esporádicos y sin sentido, que resultaba imposible determinar dónde es que se llevaría a cabo el siguiente.

Por otro lado, el temor de que la desconocida “ama” hiciese algo para atraerlos a una trampa o hacerlos salir a la luz, se veía igual de ridículo e infundado después de dos semanas de pretendida calma.

Todo aquello sólo resultaba molesto y confuso, pero nada representaba un verdadero motivo de alarma para la Orden, por lo que pese a la solicitud de Normand de que enviase a un grupo de guardianes que los ayudasen a vigilar los perímetros de la ribera, el Concejo simplemente se negó.

Dos ataques por semana no parecían ser algo que pudiese exponer al mundo mágico, y era algo que sin duda dos *Datayias* podían solucionar.

—Me ha dado hambre con este frío —expresó Lyam frotando las palmas entre sí, buscando calentarlas por debajo de los guantes.

—¿Hambre? —se sorprendió Rowen viéndolo desconcertado.

—Sí, tal vez al amanecer podamos ir por un café caliente... o un

chocolate –sugirió Lyam sonriendo maliciosamente.

—¿Un chocolate? –suspiró Rowen comprendiendo la insinuación, incrédulo—. Tú eres un hombre de café y whisky, no de chocolate.

—Al igual que tú, pero, como resistirse a una taza de chocolate con este frío que carcome el alma, ¿cierto?

—Ly, si yo... –respondió pensativo desacelerando su andar.

—¿Sí? –cuestionó Lyam, deteniéndose, viéndolo directamente, instándolo a continuar.

—Ella es... bueno, no creo que ella... –dudó Rowen cambiando el peso de una pierna a otra, evidentemente incómodo—. Ly, ¿si yo quisiera...?

Lyam observó a su amigo visiblemente contrariado, buscando desesperadamente darles sentido a sus ideas sin éxito alguno; apiadándose de él, le colocó la mano en el hombro, dándole una suave palmada reconfortante.

—Sí –respondió a su tortuosa duda Lyam—, la respuesta es sí, si tú qui...

Rowen chocó abruptamente contra él, con todo el peso de su cuerpo, golpeándolo agresivamente, cayendo ambos al piso. Lyam abrió los ojos desconcertado, completamente confundido bajo el peso de su amigo, aprisionado entre su firme cuerpo y la acera. Rowen sobre él se quejó audiblemente buscando colocarse en pie, frunciendo grotescamente el rostro a causa del sorpresivo dolor en su vientre, algo lo había atravesado con tan fuerza que lo había lanzado hacía adelante, derribándolo sobre Lyam. Aquello que lo

atravesaba inclemente, se aferró a él, incrustando filosos punzones en su carne, levantándolo con la misma facilidad con la que lo habían derribado, elevándolo en el aire, lanzándolo varios metros a la distancia.

—¡Rowen! —gritó horrorizado Lyam intentando tomarlo del abrigo, sintiendo como el liso cuero escapaba entre sus guantes.

Se colocó en pie de un salto siguiendo a su amigo con la mirada, corriendo hacia él desesperadamente.

En cuestión de segundos un gigantesco demonio le cerró el paso, parándose frente a él en su imponente dimensión, dos veces del tamaño de un hombre promedio, con la piel rugosa y ceniza como la cal, como si fuese una grotesca figurilla de madera y cera que habían introducido en un hornillo y olvidado hasta que se calcinó y desfiguró por completo, sin embargo, brillante a causa de una viscosidad proveniente de sus notorios poros ponzoñosos. Con largas extremidades que culminaban en filosas garras, en las muñecas se podían percibir claramente un par de punzones de los cuales sobresalían brillantes y venenosas las puntas de los agujones. Poseía afilados y largos cuernos que sobresalían de su nuca, curvados hacia atrás, escurriendo ponzoña de los puntiagudos bordes; su rostro feroz y demoniaco, adornado por dos pares de ojos tan negros, que daban la impresión de ser cuatro piedras de ónix perfectamente pulidas, que sobresalían de su asquerosa piel encima de una boca gigantesca, con tres hileras de dientes, puntiagudos, afilados.

El demonio *scorpioniab* sacó los dientes, mostrándolos ponzoñosos, con su saliva venenosa reluciente en la luz naranja de

la farola, mientras Lyam derrapaba en las piedras intentando detener su carrera, observando de reojo a Rowen tirado detrás del demonio. La criatura se abalanzó sobre Lyam dándole apenas tiempo de asir sus pistolas, disparándolas, rozando los brazos del ente, que rápidamente lo sujetó de las muñecas, desviando sus balazos. Se encaramó sobre él con tal violencia, que Lyam se cayó rotundamente, golpeándose la cabeza.

El ataque había sido tan sorpresivo, que aun después de haber sido lanzado por el demonio a Rowen le llevó unos segundos comprender que estaban siendo atacados por un demonio *scorpionaihb*. Escupió sangre mientras se esforzaba por colocarse en pie, tocándose el vientre lastimeramente, no lo había atravesado con el brazo, únicamente le había enterrado un aguijón profundamente, punzón que aún tenía atravesándolo de lado a lado. De rodillas, hiperventiló un par de veces tomando valor, apretó las muelas sonoramente y con los dedos temblorosos tiró del aguijón, sacando de sus entrañas un punzón de hueso traslúcido, cual cristal opaco, gritando desgarradoramente de dolor mientras escuchaba el cuerpo de Lyam caer pesadamente sobre el pavimento, a manos del demonio.

Rowen dejó caer el aguijón como la cosa inservible que era, mientras la sangre manaba de su herida como una espesa cascada que rápidamente empapó su camisa y su pantalón. Desenfundó dos dagas cortas de los arneses de sus brazos, lanzándolas sin ver al demonio, acertándole en la espalda, mientras se erguía trabajosamente, respirando pesadamente. El demonio que se había inclinado sobre Lyam, olfateándolo perversamente de la cabeza al pecho, degustando a su víctima, vociferó, rabioso y adolorido, al

sentir las cuchillas deslizándose dentro de su carne.

Perdiendo todo interés en su víctima inconsciente, se alzó en su magnificencia, sólo para recibir dos chuchillos más en el pecho. El demonio gruñendo irascible corrió hacia Rowen, quien desafiante escupió sangre mientras tomaba otro par de dagas. Apenas hubo elevado los brazos cuando el demonio ya estaba sobre él.

Se entrelazaron en un abrazo mortal, cuchillas contra punzones, rodando por el piso, golpeándose, gruñendo y vociferando mutuamente, apuñalándose sin piedad uno al otro, buscando derrotarse mutuamente.

La criatura aprisionó a Rowen entre sus piernas, empujando sus hombros contra el piso con ambas manazas, enterrando en él dos agujones que lo clavaron al piso, mientras se inclinaba sobre él para morderle el rostro. Rowen se removió bajo el asfixiante peso del demonio, sintiendo las decenas de agujones removerse dentro de él, sangrando profundamente por las incontables heridas, como una esponja empapada que expulsa todo su líquido, con una ligera presión, por cada poro. Alcanzó dos cuchillas de su cintura, enterrándolas en los brazos de la criatura, deslizando el filo hacia abajo, rebanándolo de los hombros a los codos, salpicando sangre en todas direcciones, bañando su propio rostro con el espeso y negro líquido que de inmediato hizo escocer su piel.

El demonio se retorció encima de él, aplastándolo más de las piernas, mientras agitaba sin sentido los brazos adoloridos y heridos, clavando finalmente en Rowen una mirada letal, que anunciaba que aquel juego había terminado.

Rowen suspiró resignado, podía sentir claramente los agujones

removiéndose dentro de él, perforándolo cada vez más de un modo tan doloroso que lo único que lo mantenía cuerdo y despierto era saber que Lyam estaba a unos metros de él, inconsciente y vulnerable. Su mandíbula tembló de dolor al aspirar profundamente, y la opresión demandante de su pecho lo hizo consciente del apremiante palpar su corazón, salvaje y firme, enviando una oleada llena de candente electricidad por todo su cuerpo.

La criatura sacó una larga y viscosa lengua, cuyo olor a putrefacción le revolvió el estómago a Rowen, lamiendo de un solo lengüetazo sus brazos heridos, cauterizándolos con el ácido de su saliva. El demonio ronroneó como un gatito herido, antes de extender los brazos delante de Rowen, mostrando los brillantes agujones relucientes que sobresalían de los punzones de sus muñecas, aproximándose a su pecho, decidido a atravesarle el corazón.

Rowen estrujó entre sus manos las cuchillas que escurrían sangre viscosa y venenosa hasta sus muñecas, y sintiendo su sangre hervirle con cada apremiante latido de su corazón, su respiración se volvió más pausada y el dolor se entumeció, mientras sus ojos se volvían más azules y brillantes, iluminándole el rostro: una tormenta eléctrica atrapada en sus pupilas que paralizó a la criatura por un segundo.

¡Bang! El atronador sonido del disparo sacó de su trance completamente a Rowen, en tan solo un parpadeo sus ojos se apagaron y el demonio cayó pesadamente sobre él, escurriendo sangre de su sien.

13

MEDIANOCHE

Los sonidos de los golpes en la pesada madera resonaban en la pequeña casa de la esquina en la calle *Rue de Dauphine*, desesperados e insistentes, retumbando en la oscuridad de la noche.

Pasaba de medianoche, el inclemente viento otoñal silbaba entre los bordes de las ventanas, mientras Cecile y su hermano, Ewan, bajaban corriendo las escaleras desconcertados, preocupados y asustados, mientras su corazón se acompasaba al eco de los fuertes golpes en la puerta de la entrada.

Al cruzar la blanca puerta de la cafetería, el repiquetear de la diminuta campanita hizo hervir la sangre de Ewan, furioso de que los anunciase, desconociendo el peligro que podrían enfrentar detrás de la entrada principal.

Cecile se aferró al mostrador detrás de la puerta, el tintinear de la campanita le heló la sangre, un temblor inexplicable se apoderó de ella, el aire en sus pulmones se hizo pesado, y su garganta se cerró.

Estrujó la madera del mostrador con tanta fuerza que sus dedos se tornaron blancos, repentinamente el aire se negó a entrar a sus

pulmones, y entre más se esforzaba por respirar más difícil le resultaba. Sus jadeos se elevaron por encima del sonido de los golpes en la entrada.

Ewan que intentaba ver discretamente por uno de los aparadores quién era él que azotaba su puerta de forma tan demandante, corrió al lado de su hermana al percatarse de los jadeos. La envolvió cariñosamente por los hombros con un brazo protector, y cuidadosamente retirando los dorados rizos que le oscurecían el rostro.

—La campana... —resopló la joven suavemente intentando controlarse—, odio esa campana... has que pare...

—Shhh... shhh... mi pequeña rosa.

Ewan meció dulcemente a su hermana, devolviéndole la valentía a su corazón. El retumbar de los golpes era aterrador en la oscuridad de la cafetería.

—Has que se detenga —suplicó Cecile aferrándosele.

—Ve atrás, busca la espada de papá, corre —ordenó Ewan, dándole un empujoncito para que se apurase.

Cecile respirando aún con un poco de dificultad corrió de regreso a la cocina, obediente. Ewan sonrió de lado, haría todo por proteger a su pequeña y dulce hermana, incluyendo abrir la puerta de la entrada a lo desconocido sin protección alguna.

Aspiró profundamente, y sin titubear fue a abrir la puerta.

Lyam empujó la puerta en cuanto Ewan la hubo abierto, haciéndolo a un lado, entrando con Rowen, prácticamente

cargándolo. Rowen se sujetaba el vientre débilmente con un mano, mientras la otra se aferraba al cuello de su amigo, quien estoicamente sostenía su peso, arrastrándolo hasta una de las mesas de la pulcra cafetería, dejando un escalofriante rastro de sangre a su paso.

—¿Qué pasa aquí? —demandó Ewan tirando del brazo de Lyam, que se disponía a depositar en una silla a Rowen.

—Lo lamento, el monasterio está demasiado lejos, no lo lograré sin su ayuda —comenzó a explicar Lyam zafando de un movimiento su brazo, abrazando a su amigo, para mantenerlo en pie.

—No es nuestro problema, lo lamento, pero no podemos ayudarlos.

Ewan caminó hasta la puerta y la abrió en un poco cortés ademán de despedida.

—¡No nos iremos! Él no lo logrará.

La determinación de Lyam se reflejó en sus ojos embravecidos, abrazando con más fuerza a Rowen, aferrándose a su vida.

—¡No me hagas obligarlos!

Ewan dio un paso al frente desafiante.

—Te reto a que lo intentes —masculló entre dientes Lyam, colérico.

Rowen posó su mano viscosa, llena de sangre en el pecho de su amigo, murmurando apenas.

—Lyam, detente...

—¿Rowen?

El suave murmullo seguido del estrepitoso sonido de la espada cayendo al piso, dejando suspendido en el ambiente el vibrar del fino metal, los hizo a todos estremecer; los tres pares de ojos dirigieron su atención a la joven parada en el umbral de la puerta blanca, ataviada en un blanco camión, descalza, con sus alborotados rizos dorados enmarcando un rostro hermoso, pálido, con los ojos exorbitantes de la impresión.

—Rowen... —lo reconoció la joven.

Ewan gruñó resignado, pero, no por ello menos molesto. Azotó la puerta de la entrada al cerrarla. Acercándose a Rowen deslizó el brazo del herido sobre sus hombros, ayudándolo a sostener su peso, ante la mirada desconfiada de Lyam.

—Vamos a la parte trasera, podremos recostarlo sobre la mesa.

Indicó Ewan dirigiéndole una mirada significativa a su hermana, quien observaba con los ojos llenos de cariño y preocupación al maltrecho hombre que se esforzaban por mantener en pie.

Lyam también se percató de su discreto, pero demostrativo intercambio de miradas.

Rowen respiraba con dificultad, sus labios estaban blancos a causa del frío y por la pérdida de sangre, temblaba de dolor, su vida escapaba con cada aliento, y, sin embargo, su rostro se iluminó mágicamente de un modo casi envidiable cuando sus ojos se posaron en la hermosa joven frente a él; sus labios se curvaron sutilmente en una tierna sonrisa, si es que era posible que el asesino que se debatía entre la vida y la muerte podía sentir

ternura.

Colocaron a Rowen sobre la larga mesa de madera sólida que se encontraba a la mitad de la cocina, junto a tres enormes hornos de ladrillo. El delicioso aroma de chocolate y vainilla que Rowen recordaba cómo característico de la panadería, allí atrás era reemplazado por el olor a levadura, manteca, y trigo. Cecile entró tras ellos, ninguno supo con certeza el momento exacto en que tomó un tazón de agua y una toalla, sólo la vieron arrastrar con determinación una vieja silla de madera para sentarse a un lado de su herido amigo.

—Señor asesino, es una mala forma de llamar mi atención — expresó con la voz cargada de ternura y preocupación Cecile, mientras sus blancos y delicados dedos apartaban el cabello de la frente de Rowen, ensuciándose de sangre—. Podría venir a verme sin enfrentarse a ningún ente maligno primero.

La sonrisa de Rowen iluminó su rostro en la oscuridad de la noche, el brillo en sus ojos provocó la más dulce sonrisa en Cecile, quien con extrema delicadeza comenzó a desabrochar su camisa. Ewan, y Lyam los observaron atónitos unos instantes, preguntándose cómo podía existir tal confianza entre ellos en una circunstancia tan extraña.

—Me temo que no sé cuidar esta clase de heridas. —Los ojos preocupados de la joven se posaron en su hermano—. Aunque las limpiase, continuará sangrando... no deja de sangrar... hay que cerrar las heridas de algún modo.

—Lyam... —musitó Rowen en un extraño gruñido, extendiendo la mano a su fiel amigo, confiando ciegamente su vida en él—. Lyam...

puede... curarme...

—Rowen, yo... —comenzó Lyam aterrado ante la impotencia, Cecile distinguió la sombra de culpabilidad en los claros ojos de Lyam, mientras titubeaba.

—Por favor, señor Lyam.

Suplicó Cecile entrelazando sus delgados y cálidos dedos entre los fríos dedos de Rowen, estrechado su mano cariñosamente, reconfortándolo, sin importarle la densa y viscosa sangre entre ambos.

—Iré por las cosas —indicó Ewan abriendo una pequeña puerta frente a ellos que daba a unas viejas escaleras de madera que conducían al piso superior—. Cuando regrese, señor Lyam, me ayudará a salvar a su amigo, y quiero que todo mundo vaya pensando muy bien sus palabras, porque querré una explicación.

Cecile colocó un trapo limpio sobre la herida de Rowen, y la mantuvo fielmente presionada, con la esperanza de impedir que continuase sangrando hasta que su hermano regresase. Se sentó pacientemente junto al herido, limpiando con la otra mano su rostro y su pecho, diligentemente. Rowen extendió su mano conmovido, con el agudo dolor partiendo su vientre mientras su vida escapaba entre los dedos de Cecile, empapándolos de su sangre. Rozó cariñosamente la mejilla de la joven con la yema de los dedos, como si realmente fuera una visión y al tocarla fuese a desvanecerse.

Lyam prendió uno de los hornos, deseando que el calor animase a su amigo, postrado sobre la mesa, peligrosamente pálido,

procurando no verlos deliberadamente; la confianza entre Cecile y Rowen era tan natural que resultaba incómodo presenciarlos, le producía la sensación de espiar un momento íntimo entre dos amantes, tan habituados a la cercanía y cariño uno del otro, que lo volvían un observador perverso.

Pocos minutos después, Ewan bajó corriendo las escaleras con un viejo maletín de boticario, Lyam dio un paso adelante, deseando ayudar a Rowen. Ewan lo detuvo con la mirada, una mirada férrea y determinada, se colocó junto a su hermana, quien no separó la vista de los ojos de Rowen.

—Va a doler señor, y va a doler mucho —anunció Ewan, y acariciando preocupado la cabeza de su hermana, suspiró cálidamente—. Resista, ¿de acuerdo?

Rowen notó el tono aterrado detrás de la seguridad en la voz del hermano de Cecile, exhaló trabajosamente para alentarlos con algunas palabras, cuando Ewan abrió una botella de whisky y la derramó sobre su vientre, el aire que Rowen había acumulado en sus pulmones tan valientemente, escapó en un gruñido adolorido que heló la sangre de Lyam y de Cecile. Ewan limpió escrupulosamente las heridas, la sangre en sus venas se tornó fuego líquido conforme comenzaba a distinguir los zarpazos, no eran heridas de espadas, arpones, balazos, ni nada humano, podía jurarlo. La rabia y la preocupación comenzaron a mezclarse ciegamente en él. Lyam observó atentamente, como el joven palpó sigilosamente el vientre de Rowen, e introdujo sus largos dedos en una de las heridas, rebuscando bajo la piel, sacando un diminuto aguijón de hueso, del tamaño de un dedo, filoso y puntiagudo,

brillante, transparente, y completamente lleno de sangre.

Ewan dejó caer el arpón al piso, dando un paso atrás, horrorizado, tiró del brazo de Cecile obligándola a ponerse de pie con un solo movimiento, arrastrándola detrás de él, en un gesto protector.

—¿Quiénes son?

Musitó Ewan con un hilo de voz, Lyam no logró descifrar si era ira o terror lo que distorsionaba la hasta entonces firme pero cálida voz del joven.

—Te lo explicaremos cuando hayamos terminado.

Determinó Lyam, colocándose junto a su amigo, rebuscando entre sus heridas, como había visto hacer a Ewan, palpando su vientre e introduciendo los dedos para sacar más agujones.

—¿¡Quiénes son!?! —gritó colérico.

Ewan retuvo a su hermana detrás de él, aferrándose con tanta fuerza a su delgada muñeca que sintió como sus huesos rechinaban entre sus dedos.

—Tú sabes quienes son, Ewan.

El murmullo tranquilizador de la dulce voz de Cecile le resultó más doloroso a Ewan, que si le hubiese clavado esos agujones en el pecho.

Rowen gemía mientras Lyam sacaba otro agujón, sus ojos llorosos y suplicantes se posaron en la joven escondida detrás de Ewan, reuniendo todas sus fuerzas extendió impulsivamente la mano en su dirección, anhelándola. Ewan soltó a Cecile, con los ojos enormes, coléricos, la expresión furiosa de su rostro terminó

de mutar: era un gesto de odio. Fue un instante, entre el segundo en que soltó a su hermana y caminó hacia ellos; cerró su puño y lo descargó iracundo en el rostro de Rowen, mascullando entre dientes.

—*iDatayia!*

—*iNooo!*

Fue el grito unísono de Lyam y Cecile, sus voces permanecieron suspendidas en el aire, mientras Rowen se sumergía en la indolora inconsciencia.

14

EL DESPERTAR

El penetrante olor de madera vieja, mezclado con la humedad, con el aromático incienso y la cera caliente, llenó las fosas nasales de Rowen, haciéndolas escocer. Gruñó suavemente, decepcionado al reconocer el peculiar aroma del monasterio: estaba en su habitación. Abrió lentamente los ojos, esperando recibir el agudo dolor del sol detrás de sus pupilas, pero la cortina estaba cuidadosamente cerrada, lo único que iluminaba la pequeña habitación era la llama moribunda de una vela, casi agotada, sobre la mesa de noche. Se apoyó trabajosamente en un brazo e hizo un ademán para sentarse, sintió los dedos tibios y firmes de Lyam presionando su hombro contra la cama. Le sorprendió sentirlo, no lo había visto en la oscuridad. Rowen suspiró sintiéndose culpable, sabía que no lo había visto porque sólo había buscado a una persona al abrir los ojos, y ella no estaba ahí.

—Recuéstate, Ro —indicó Lyam con un tono autoritario poco común en él.

—¿Qué hora es?

La voz de Rowen fue pastosa y áspera: sintió la garganta arderle

al hablar, como si sus cuerdas vocales fueran a sangrar desgarradas al pronunciar sólo una sílaba más. Lyam lo observó con seriedad, tomó la jarra de agua y llenando un vaso con deliberada lentitud, se afinó la garganta para responder.

—Pasa del mediodía, he cerrado las cortinas para que el sol no te moleste.

Sentándose junto a él, le pasó la mano cuidadosamente debajo de la cabeza; elevándola un poco le colocó el vaso en los labios resecaos y pálidos. Rowen, ansioso, comenzó a beber de un modo sonoro.

—Las cerré hace días —sentenció Lyam amargamente.

—¿¡Días!?

Rowen intentó sentarse impulsivamente de nuevo, el dolor agudo atravesó su cuerpo paralizándolo, sintió como si su vientre fuese a explotar de dolor, aniquilándolo de una forma aterradora. Lyam gruñó molesto y lo empujó de nuevo a la cama, esta vez sus dedos fueron autoritarios y despiadados.

—Recuéstate, Rowen —masculló enojado entre dientes Lyam—. No te he cuidado desesperadamente por días para que salgas corriendo abriendo todas tus heridas.

—Lo siento, no tenía idea de...

La preocupación que se reflejó en la mirada de Lyam se vio opacada por la decepción y el dolor que envolvió su alma al escuchar las palabras de su amigo; cuando la comprensión lo azotó, la culpa inundó el pecho de Rowen, haciéndose presente más allá del intolerable dolor de su vientre.

—No tenía idea de que estaba tan mal herido, suelo sanar rápido.

Rowen esperó que sus palabras mitigaran su desconsideración, debió saberlo desde el instante en que abrió los ojos, Lyam estaría a su lado al despertar.

Lyam lo había arrastrado por París, suplicándole que no muriese, prometiéndole que lo salvaría. Recordaba la sensación de sus dedos temblorosos entrando en su vientre, escrudiñando bajo su piel, entre su carne: sacando aguijón tras aguijón.

Su grito colérico cuando el puño de Ewan se elevó en el aire resonó en sus recuerdos.

Su amigo siempre había estado para él, desde el instante en que lo había conocido: cuidándolo, protegiéndolo, salvándolo, alegrándolo, impulsándolo por el mundo como si algo valiese la pena protegerse. Rowen siempre había pensado que si había un motivo por el cual valía la pena luchar incansablemente hasta su último aliento era por él, por Lyam.

—No sabemos cómo sobreviviste.

Las palabras fueron tajantes, directas. Lyam caminó lentamente hasta la ventana, asomándose por una esquina de la cortina, anhelando la luz.

—Tenías aguijones enterrados por todo tu cuerpo, la mayoría en el vientre... en los brazos, piernas, espalda ...

—Estoy bien —musitó Rowen imaginando la angustia de su amigo al sacar todos los aguijones—. Ya estoy bien, gracias a ti.

—Estaba seguro de que morirías, de que te desangrarías en esa

odiosa mesa de madera con el olor de levadura impregnado en tu cuerpo. —El profundo dolor reflejado en la voz de Lyam, fácilmente podría haber sido confundido por despreció por aquellos que no lo conocían—. Creí que... estaba seguro de que... ¡Estúpida levadura!

—Lyam, mírame —pidió calmadamente Rowen, sonriendo sutilmente, deseando que el dolor no se reflejase en su rostro—, por favor, Ly, no me hagas pararme y obligarte.

—No puedes.

Determinó Lyam sumergido en sus pensamientos, con la mirada pérdida más allá del claustro del monasterio.

—Oh, ¿dudas de mis amenazas? ¡Qué osadía! —Rowen amplió su sonrisa—. Te obligaré, sabes que lo haré.

El sonido de las cobijas deslizándose tentó a Lyam a voltear, resistiéndose apenas, considerándolo un engaño; el crujir de la cama removiéndose bajo su peso lo alarmó, pero conocía el estado de las heridas de Rowen, era imposible que se colocase en pie.

Una mano vendada pasó volando junto a su rostro, tirando de la cortina para abrirla de par en par.

Aterrado Lyam se dio la vuelta para descubrir a Rowen frente a él, con una sonrisa triunfal y las manos abrazando su vientre, como si fuese lo único que lo mantenía unido evitando que se partiese en decenas de fragmentos.

—Estoy bien —musitó apenas Rowen, con la voz cargada de dolor, contrarrestando su reconfortante sonrisa y su mirada dulce.

Lyam lo observó un instante, serio, incrédulo, y finalmente

suspirando resignado se encogió de hombros, devolviéndole la sonrisa. Tomó cuidadosamente la mano de su amigo y la pasó por encima de sus hombros para ayudarlo a volver a la cama. Rowen reconoció el leve dolor en su mentón al sonreír e impulsivamente se sobó la mandíbula mientras se recostaba nuevamente.

—Cortesía de Ewan —se burló Lyam cobijándolo distraídamente.

—Tengo un vago recuerdo —se quejó, dejándose cuidar—. ¿Por qué me ha golpeado?

—Me indicaste que te llevara con Cecile, que te ayudaría... jamás te hubiese hecho caso de no ser por... estabas muriendo, y el monasterio nos quedaba tan lejos...

Lyam desvió la mirada discretamente, deseando ocultar la angustia producida por su recuerdo. Rowen estrechó la mano que su amigo había dejado impensadamente sobre su pecho. Lyam correspondió el gesto estrujando suavemente la mano magullada, y colocándose en pie caminó hasta el armario.

—Ewan enloqueció cuando se percató de que tus heridas no eran humanas, cualquier persona habría reaccionado así, pero... quedé atónito cuando nos reconoció como *Datayias*.

—¡Fue cuando me golpeó!

Rowen sobó impulsivamente su mentón, agrandando los ojos sorprendido. Lyam afirmó con un leve movimiento de cabeza y volvió a rebuscar entre las cosas del armario.

—Se abalanzó sobre ti enardecido, puedes imaginar mi sorpresa cuando lo enfrenté para protegerte y el pequeño panaderito se

defendió como un guerrero experimentado; tomó en un segundo una cuchara de madera, un rodillo y enfrentó mi espada con absoluta determinación... jamás lo hubiese creído posible.

—Debió ser un gran rodillo —se burló Rowen conteniendo su sonrisa, apenas visible en la comisura de sus labios.

—¡Oh, búrlate, amigo mío! —expresó ácidamente Lyam, balanceando ágilmente un puñado de vendajes y ropa limpia, mientras con la otra cerraba el armario—. Puedes burlarte aun más cuando te diga como concluyó todo.

Rowen esperó en suspenso a que su amigo terminase con el relato. Lyam permaneció en silencio, dejando la ropa en la cama, le dirigió una mirada significativa, observándolo cuidadosamente de la cabeza a los pies: Hizo una mueca de desagrado y se dirigió al pequeño escritorio de madera, donde había un grupo de platonos y jarras, canastos con hiervas, y frasco de pociones, entre otras cosas amontonadas que Rowen no alcanzó a distinguir.

—Vamos, termina —demandó Rowen desesperado.

—Te daba tiempo para adivinarlo —sonrió Lyam colocando hiervas en uno de los tazones, y gotas de algunas pociones—. Son druidas, Ro.

La sonrisa burlona de Lyam, fue espeluznante con el brillo del sol reflejándose en su rostro, haciendo que sus dientes destellaran como si estuviesen cubiertos de ponzoña: afilados y puntiagudos colmillos cubiertos de veneno. La joven que lo había desarmado con su ternura y delicadeza, con esa desbordante y dulce inocencia, no podía ser una druida, no podía ser parte de su mundo. Sintió la

sangre helarse en sus venas, hiriéndole el corazón, urgiéndolo a su antiguo estado de soledad y salvajismo.

—¿Cecile...?

El susurró que salió de la garganta de Rowen fue apenas perceptible para él, pero Lyam que volvía a su lado con un tazón humeante y apestoso, distinguió perfectamente la palabra entre sus labios.

—¡Oh, sí! La señorita Cecile, nos desarmó con el listón que anudaba el cuello de su camisón. Fue asombroso realmente, la agilidad y la gracia de sus movimientos, pareció danzar a nuestro alrededor, enredando su listón en nuestras manos, arrebatándonos las armas en segundos. —Los ojos de Lyam brillaron con el recuerdo, aún sorprendido por lo que había presenciado—. De un solo movimiento de muñeca enredó el listón en el rodillo y lo lanzó al fuego del horno.

Rowen lo observaba atónito, podía imaginarla, con su característica gracia y elegancia, moviéndose en su blanco y ligero camisón, bailando alrededor de ellos, como un delicado ángel de porcelana: un ángel letal y mortífero, capaz de desarmar a un druida experimentado como Lyam. Ahora todo tenía sentido, las piezas ajustaban perfectamente con el conocimiento de la verdad, desde el instante en que lo vio, ella lo reconoció como un druida, y no un druida cualquiera, un *Datayia*, un Condenado entre los condenados, un asesino... un señor asesino.

Recordó la mirada sorprendida, y el cálido brillo en los ojos de la joven cuando lo vio por primera vez: de pie en la puerta de la cafetería, cubierto de sangre y lodo. Recordaba haber buscado un

rastró en su mirada de odio o desagrado, sin encontrarlo. Rememoró la forma en que ella había acomodado cuidadosamente los *brests* en los aparadores, recordaba haberla observado maravillado, preguntándose ¿cómo podía esa joven ser tan indiferente y atenta a su presencia al mismo tiempo? Ahora lo entendía, se debía al conocimiento de su persona, de su linaje.

Rowen cubrió su rostro con las manos vendadas, agobiado por los recuerdos que se aglomeraban detrás de sus párpados, obligándolo a dilucidar todas las señales que se había negado a ver. Lyam permaneció en respetuoso silencio, su sonrisa se había esfumado mientras le quitaba los vendajes de los pies cuidadosamente, disponiéndose a limpiar sus heridas.

El suspiro doloroso de Rowen le resultó escalofriante incluso a él. Deslizó acongojado sus largos dedos entre su espeso cabello, recordando la melodiosa voz de Cecile decirle: «Mi padre se sentiría avergonzado si lo dejase ir en tales condiciones, señor». Por supuesto, un druida está obligado a brindarle comida y abrigo a otro druida, la hermandad del linaje los obliga a cuidarse y procurarse entre sí.

Finalmente, clavó la mirada agobiado en su amigo.

—Su padre, es un desertor.

—Comprenderás que no quisieran compartir esa información conmigo.

Lyam colocó la mano en la espalda de Rowen, ayudándolo a sentarse, asegurando el peso de su amigo en él, para poder quitarle la camisa. Rowen gruñó adolorido, apoyándose en Lyam con

absoluta confianza.

—Siento como si hubiese muerto y resucitado en un cuerpo inservible —se quejó amargamente Rowen, paralizado por el dolor en su vientre.

—Casi lo logras esta vez —le recriminó dolorosamente Lyam.

—No soy suicida. —Detestaba sentir el dolor en la voz de su amigo, reprendiéndolo—. Esa cosa salió de la nada.

—Por favor, Rowen, he debido presenciarlo por años —lo atajó Lyam, comenzando a despojarlo del vendaje de su torso—, toda clase de imprudencias: jamás sientes miedo, jamás te detienes, saltas al peligro como si la estupidez y la valentía fuesen lo mismo. Persiguiendo la fama o la muerte, y como ambos sabemos que la fama no es de tu interés...

—¿Ambos lo sabemos?

Rowen se dejó depositar en la cama nuevamente, agradecido por el aire que entraba a sus pulmones sin herirlo, guiñándole un ojo maliciosamente. Esperó un reproche a su comentario burlón, sin embargo, Lyam permaneció inmutable, observando su torso, deslizando sutilmente los dedos sobre las heridas de su pecho. Rowen bajó la vista, buscando aquello que llamaba así su atención, y una corriente eléctrica recorrió su cuerpo, erizándolo la piel: Su torso estaba cubierto de alarmantes heridas que claramente se resistían a sanar, algunas en el vientre le sangraban, sin duda por el esfuerzo de haberse colocando en pie. Una tras otra cubrían su cuerpo, largas como un dedo, punzantes y profundas. Los dedos de Lyam acariciaban dos sobre su corazón.

—¿Lo notas? —Lyam apartó su mano en un movimiento brusco, redirigiéndose de nuevo al escritorio—. Esas dos han sanado, aún están tiernas, pero han sanado casi por completo, ¿te duelen?

—No, no me duelen. —Rowen lo observó atónito, pasando los dedos con firmeza por las cicatrices sobre su corazón—. Pensé que habías dicho que estuve inconsciente por varios días, ¿cómo es posible que sigan abiertas?

—Te vi agonizar y sangrar por varios días y sus noches.

Lyam le dirigió una mirada fugaz, titubeó un instante al tomar la taza, cuidadosamente cubierta con un plato de porcelana decorado con un ramillete de flores de un tono rosa pálido, justo en el centro.

—¿Es de Cecile?

La sorpresa de Rowen al reconocer el ramillete de flores se reflejó con sinceridad en su voz.

—Después de desármanos, nos suplicó salvarte —explicó Lyam sirviendo un poco de líquido espeso y oscuro de una tetera de porcelana—. Jamás vi a nadie implorar con tal vehemencia, la furia y la súplica llenaron con intensidad sus pupilas, mientras gruesas lágrimas acariciaban sus mejillas. Fue imposible para su hermano negarse, y volvimos a ti, a sacar los agujones... no lográbamos hacer que el sangrado parase, tu cuerpo estaba tan pálido y tú tan quieto, que en varias ocasiones pensamos... cauterizamos, cocimos, presionamos las heridas, nada funcionaba, y yo no podía moverte en tales condiciones para traerte al monasterio con Normand... Entonces, la señorita Cecile sonriendo con la más cálida y dulce de las sonrisas, nos indicó que prepararía un poco de chocolate.

—¿Chocolate?

Rowen sonrió con un destello de alegría iluminando su mirada, podía imaginarla: con su delicado camisón blanco, cubierto de su sangre, y con sus largos dedos de mármol temblando de angustia, bañados de rojo; sonriendo como el radiante ángel de sus recuerdos, ofreciéndoles chocolate caliente.

—Sí, chocolate —afirmó Lyam, igualmente divertido—, imaginé que había enloquecido, o siempre había estado loca, no lo supe, pero deseé abofetearla y perseguirla por todo París por su desconsideración.

—¡Ja, ja, ja!... si te ha vencido con un listón, ¿cómo la perseguirías?

—¡Con determinación, hermano, con determinación!

—Su hermano correría detrás de ti con el rodillo, mientras ella huye con su chocolate.

—Nunca dije que sería la más digna de las cacerías. —Lyam se sentó junto a él, ofreciéndole la taza con el líquido espumoso—. Preparó su chocolate, y las heridas dejaron de sangrar.

Rowen observó incrédulo la taza, contenía aromático y delicioso chocolate frío, y sin titubear comenzó a beberlo sediento, ansioso por probar nuevamente el chocolate preparado por esa dulce joven.

—Te trajimos al monasterio, y su hermano me pidió, o amenazó, según se vea, que jamás volviésemos a buscarlos —anunció Lyam, comenzando a limpiar cuidadosamente las heridas que sangraban. Rowen se paralizó, verla era su único anhelo desde que había vuelto

en sí—. Tranquilo, le prometí a la señorita Cecile que le agradecerías por el chocolate.

—Pero, este chocolate es reciente, puedo sentirlo...

—Normand no logró hacer que sanaras, intentó todo, todas sus pociones, y todo tipo de medicina convencional. Lo único que podía hacer, era darte brebajes para que produjeras sangre más rápido, casi tan rápido como la perdías.

—Gracias por salvarme.

Rowen estrechó cariñosamente la mano de Lyam, que colocaba cuidadosamente una pasta de hiervas oscuras sobre sus heridas.

—No fuimos nosotros... No había nada que pudiésemos hacer... Hasta que una mañana apareció una joven de arremolinados rizos dorados, escondiendo su rostro detrás de una capucha blanca, rehusándose a hablar con cualquiera que no fuese conmigo. Traía consigo una enorme canasta con hiervas, semillas, chocolate y un juego de té.

—¿Vino a verme?

El palpitar del corazón de Rowen fue tan poderoso que le resultó imposible escuchar nada más durante algunos segundos.

—Vino a salvarte —aclaró Lyam, con una sonrisa conmovida—. Hizo una pasta con sus hiervas y semillas, y preparó su chocolate. Te lavó, limpió cada una de tus heridas y colocó la pasta sobrante. La ayudé a vendarte, te dio a beber su extraño remedio, y... el sangrado se detuvo nuevamente de un modo sorprendente... Eso fue hace dos días.

—¿Volverá? —La pregunta paralizó su corazón, anhelándola más que nunca, deseando abrazarla, sumergir los dedos en su espesa y suave cabellera, hundir la nariz en su cuello embriagándose de su aroma—. ¿Cuándo volverá, lo dijo?

—Jamás, fue muy clara en eso, no quiere tener relación alguna con la Orden.

15

EL HECHIZO

El caballero empujó su brazo con fuerza al chocar contra él, haciéndolo girar sobre sus talones. El gruñido que escapó de los labios de Rowen debió ser suficiente para que el señor se disculpase por su negligente acción, pero, el hombre se limitó a sobar su propio hombro y continuar con su camino. Rowen exhaló, llevándose las manos al estómago, sentía la sangre aglomerarse en los oídos, en un ensordecedor silbido que le hacía pensar que su cabeza estallaría; instintivamente cubriéndose las heridas del vientre con las manos, aspiró profundamente, buscando reponerse del dolor.

El caminar decidido de Rowen solía distinguirlo entre la gente: su porte erguido y temerario reflejaba la seguridad, audacia y determinación de un hombre que se sabe con un propósito superior, imponiéndose ante el mundo.

Sin embargo, ese día, la inseguridad causada por las heridas, y la sombra de la derrota, emanaban de él en una estela de fragilidad que lo volvían invisible ante los demás, vulnerable, y ordinario, siendo ese el cuarto hombre que chocaba contra él desde que se escapase del monasterio.

El helado viento se arremolinó a su alrededor con furia, amenazando con despojarlo de su bufanda. El rápido movimiento de su brazo para atrapar la prenda, que se escapaba en un suave desliz por su cuello, lo hizo doblarse de dolor. Se rio amargamente entre dientes, burlándose de su malestar, comenzaba a creer que Lyam tenía razón: no estaba en condiciones para estar en pie, y mucho menos de recorrer medio París sólo para verla, pero, su corazón lo sabía, todo estaría bien cuando la viese; el mundo volvería a girar en la dirección correcta y su corazón volvería a latir.

Sólo tenía que verla y todo estaría bien.

Finalmente llegó a la calle *Rue de Dauphine* donde la oleada de aire frío cargado con el inolvidable olor a canela, vainilla y chocolate lo cobijó con esperanzadora naturalidad. Sus ojos se posaron en la coqueta cafetería de la esquina, donde los ramilletes de rosas bailaban delicadamente con el viento, y los comensales disfrutaban de sus bocadillos, con sus enormes tazas de chocolate o sus pequeñas tazas de café.

Había comenzado a anochecer y la luz emanaba de los aparadores en una cálida invitación para refugiarse del frío, y no era el único que lo percibía: el lugar estaba abarrotado, las mesas llenas, y la estancia repleta de gente comprando sus panes favoritos, haciendo imposible a Rowen ver más allá del gentío. Se irguió impulsivamente, su vientre se quejó en penetrante agonía, y su respiración se volvió pesada.

Cerró los puños armándose de fuerza, y comenzó a andar con firmeza y determinación, ansiando volver a ver a Cecile.

Cruzó la calle decidido, con la vista fija en un sólo lugar, más allá

de las pequeñas mesas en la banquetta, con sus comensales y su barrera de ridículos sombreros; más allá de la gente con sus gruesos abrigos y coloridos chales en el interior, detrás del mostrador, donde sabía ella debía estar, con sus dorados rizos bailando con la sensual elegancia de sus movimientos. Ajustó su gabardina protegiéndose de una cruel ráfaga que heló su sangre, y sonrió triunfante cuando logró vislumbrar la dorada melena entre el gentío. Apresuró el paso, zigzagueando entre las mesas. El dolor había desaparecido de su cuerpo, invadiéndolo una sensación de bienestar y cálido confort.

El hermano de Cecile se abrió paso entre la gente a empujones, con la furia distorsionando su rostro. Cerró las manos, colérico, empuñando con tal fuerza sus dedos que se volvieron blancos. Caminaba con los ojos llenos de rabia fijos en Rowen, quien al percibirlo borró su sonrisa, sin detener su andar decidido.

Rowen notó el mascullar entre dientes de Ewan, seguramente maldiciéndolo por haber roto el pacto, y presentarse de nuevo en su hogar, pero, necesitaba verla: faltaban sólo unos pasos y estaría adentro, en su dulce mundo.

Ewan dio los últimos pasos hasta la puerta de su establecimiento, topándose de frente con Rowen, quien sólo debía dar un paso más, sólo uno y estaría adentro; ahora podía distinguir las palabras de Ewan, el final de un hechizo cruel y determinado.

—¡Mo chumail sabhailte. Mo chumail sabhailte bho!

Rowen apenas logró distinguir las palabras en la voz distorsionada y colérica de Ewan, quien elevó las manos extendidas en su dirección.

Rowen no titubeó en su andar, y dando el último paso salió volando sobre las mesas detrás de él.

Los gritos de la gente corriendo a su alrededor y las sonoras pisadas le resonaban en el cerebro como molestos murmullos bajo el agua, tratando de alcanzar su razón más allá de las intensas oleadas que lo ensordecían. Le llevó unos segundos darse cuenta de que había dejado de respirar, e inhaló profundamente, buscando el piso con las manos. Podía sentir la sangre brotando en cálidos hilos de las heridas de su vientre, y las penetrantes punzadas en la cabeza le impedían concentrarse en nada más allá del dolor.

Sentía las venas palpitándole, transportando la rabia por todo su cuerpo, y el dolor se disfrazó de cólera, ayudándole a colocarse en pie. Se percató sorprendido de que estaba al otro lado de la calle. Había volado varios metros para aterrizar en el piso dolorosamente, derribando comensales, mesas y sillas; había tazas de porcelana rotas por doquier, y trozos de pan pisoteados y maltrechos.

Ewan permaneció inmutable, con las palmas abiertas frente a la entrada de la panadería. Rowen comenzó a caminar con pasos pesados, incrementando su determinación y su odio con cada pisada que lo aproximaba a la única persona en el mundo que lo separaba de ella. Unos delgados y blancos dedos se posaron en el hombro de Ewan, y Cecile salió de detrás de su hermano, con sus hermosos ojos suplicantes posándose en Rowen.

El aire escapó de sus pulmones de Rowen bruscamente, paralizándolo en su sitio; con sólo una mirada a su ángel de porcelana la rabia lo abandonó. No se atrevió a dar ni un paso más,

su mirada le suplicaba que se detuviese.

Se observaron mutuamente por lo que a Rowen le pareció una eternidad y a la vez un suspiro; era una muñeca de porcelana siempre de blanco, con largos y hermosos rizos dorados brillando con la luz proveniente del interior de la panadería, como un resplandeciente ángel de halo dorado.

Cecile lo observaba con la anhelada dulzura embriagadora que lo hacía sentirse vivo, y su corazón se estrujó dolorosamente al distinguir la gruesa perla húmeda que rodó por su mejilla, delineándole el pómulos. Su único impulso fue ir a su lado, abrazarla y secar el doloroso rastro de esa lágrima con sus labios.

La dulce joven debió notar su determinación reanudada, porque bajando la mirada, agobiada, levantó la mano extendiéndola levemente, tocando una pared invisible con la punta de los dedos. El escudo protector hasta entonces imperceptible palpó en un luminoso azul vibrante, y la sonrisa de Ewan se ensanchó triunfante. Las mejillas de Cecile se cubrieron de lágrimas, juntando los labios en un mohín que se clavó en el corazón de Rowen peor que cualquier aguijón de los que lo habían atravesado; la joven agobiada soltó el hombro de su hermano lentamente, y dando media vuelta sin levantar la vista, simplemente se marchó.

16

LA ESPERANZA

El crujir de las hojas secas pulverizándose en el puño de Rowen, resultaba reconfortante en el abrumador silencio que acompañaba la helada oscuridad que se abría paso amenazadoramente con la puesta del sol. Se encontraba completamente acostado sobre una tumba, con el brazo izquierdo apoyado en su pecho, y las piernas entrelazadas en su larga extensión, mientras mantenía su mano derecha extendida, moliendo entretenido un puñado de hojas. Observó caer la última hoja de la rama que se encontraba sobre él, y suspiró sonoramente, nostálgico.

Cerró los ojos, hastiado de contemplar el tiempo avanzar en agonizante espera.

Lyam había tenido la gentileza de llevarlo al cementerio durante las últimas tardes. Lo acompañaba hasta la tumba del padre de Cecile, permaneciendo a su lado un par de horas para después marcharse al atardecer.

Lo dejaba solo en su esperanzadora espera, no sin antes acomodarle el abrigo y la bufanda, asegurándose de dejarlo

presentable por si la joven aparecía mientras él se iba a recorrer las solitarias calles de París, buscando rastros de Ama.

Era una cacería a ciegas que comenzaba a enloquecerlos.

Abrió el puño, permitiendo que el viento se llevase consigo el polvo de hojas, sintiendo la suave caricia del aire arrancándolo delicadamente de su palma.

Un suave mechón de finos cabellos guiados por el viento acarició su mejilla sutilmente, obligándolo a abrir los ojos, mientras una oleada aromática de chocolate y lavanda lo envolvió con gentileza; era una exótica e improbable combinación de aromas, pero, le resultaba tan dulce y seductora que anhelaba pasar sus días disfrutando de la exquisita y peculiar fragancia.

El galo giró levemente la cabeza, para encontrarse con los ojos extraordinariamente tiernos de Cecile, quien se había sentado en el piso, a su lado, apoyándose en la cripta con los brazos cruzados perfectamente y la mejilla cuidadosamente apoyada sobre ellos, recostada en una maraña de rubios rizos que cubrían sus manos y se elevaban caprichosamente con el viento hasta Rowen.

Cecile sonrió de modo abrumadoramente dulce, y el corazón de Rowen se detuvo un instante, antes de reanudar su palpitar frenéticamente. La joven permaneció inmóvil, con sus rizos bailando delicadamente con el aire, y sus ojos brillando como dos radiantes esmeraldas que atrapaban la escasísima luz del sol, sumergiendo a Rowen en un delicioso y dulce mar de verdes infinitos.

Se observaron en silencio, inmóviles, mientras el sol escapaba,

envolviéndolos en cálidos naranjas, hasta que finalmente anocheció.

La blanca piel de Cecile se iluminó mágicamente con la plateada luz de la luna, volviéndola irreal y etérea ante los ojos de Rowen, quien temeroso a que fuese a desaparecer con la noche, en una aromática bruma entre sus dedos, como solía hacerlo en sus sueños, extendió la mano, rozando su mejilla cariñosamente; exhaló suavemente, aliviado secretamente al comprobar su presencia.

—Gracias —musitó Rowen en un tono sumamente dulce, extraño incluso para él.

—¿Por qué?

Cecile elevó una ceja confundida, antes de cerrar los ojos apoyando la mejilla contra la palma del galo, permitiéndose disfrutar de su caricia.

—Por salvar mi vida.

Enternecido por el gesto de Cecile, Rowen sintió su pecho ensancharse con agobiadora felicidad, complacido.

—Yo sólo preparé chocolate.

Se encogió de hombros Cecile. Con movimientos lentos y sutiles, sacó la mano derecha de debajo de su cabeza, y casi tímidamente la colocó sobre la mano de Rowen. Su sonrisa se difuminó un poco, nerviosa, y entrelazó cuidadosamente los dedos entre los suyos, envolviéndolos cariñosamente.

—Temí tanto no volver a verte... —musitó ella suavemente.

—Te he esperado por días...

La sonrisa de Cecile se desvaneció, la profunda tristeza que inundó su mirada estrujó dolorosamente el corazón de Rowen; sintió haberla ofendido de un modo incomprensible para él.

—Comenzaba a creer que había entendido mal, que había sido mi corazón esperanzado el que me había hecho creer que tú... incluso llegué a imaginar que no visitarías a tu padre con la finalidad de evadirme... esperarte aquí, fue lo único que tuvo sentido para mí — confesó en un susurro Rowen.

Cecile se colocó en pie grácilmente, sacudiendo discretamente la falda de las hojas secas que maliciosamente deseaban perturbar la pureza de su vestido blanco. Ajustó su abrigo para refugiarse del frío.

El joven druida se colocó en pie desconcertado, pasó saliva dolorosamente y conteniendo la respiración estiró la mano para entrelazarla amorosamente con la de Cecile, quien había comenzado a darle la espalda. Sus delicados rizos ondearon con el viento mientras se volvió con la mirada pérdida en el piso, y el destello de una cálida lágrima brilló reflejando la luz de la luna. Rowen dio un suave tirón a la mano de Cecile, para acercarla un paso más a él, sorprendiéndose al sentir repentinamente el aromático y tierno cuerpo de la joven envolviéndolo en un fuerte abrazo.

La cabeza de Cecile encajó perfectamente en la hendidura entre su hombro y su cuello, sus rizos le rozaron el cuello, y sus tímidas manos pasaron por debajo del abrigo, abrazándolo por la cintura, enterrando los delgados dedos en su espalda. Rowen permaneció

inmóvil, sin atreverse a tocarla abrumado por su cercanía, sintiéndola temblar contra él.

—Aquella noche pensé que morirías —musitó finalmente Cecile.

—Cecile...

Rowen exhaló su nombre, sorprendido por el tono dulce y tembloroso de las palabras de la joven, envolviéndola delicadamente con los brazos, en un suave abrazo que los estremeció a ambos. Hundió su rostro en la esponjada cabellera de Cecile, aspirando profundamente, llenando sus pulmones con el anhelado aroma. Giró el rostro para acariciarle la suave melena con la mejilla, presionándola más contra sí, aferrándose a su delicado cuerpo con fuerza.

—Había tanta sangre, tanta...

Sollozó Cecile, enterrando aun más sus delgados dedos en la espalda de Rowen, quien mordió sus labios conteniendo el dolor, al sentir como una de sus heridas se abría bajo sus insistentes dedos.

El aliento de Cecile escapó de sus pulmones con el fuerte abrazo de Rowen, quien la estrujó con tanta fuerza que resultó doloroso para ambos. Los dedos de Cecile se humedecieron con la sangre caliente que emanaba de la pequeña herida abierta, e impulsivamente empujó al galo por la cintura para que la liberara, rompiendo el enlace.

Rowen bajó los brazos, sintiéndose frío y vacío sin el delicado cuerpo contra el suyo; cerró los puños, conteniendo el impulso de volver a apoderarse de ella, de llenar el hueco en su corazón con su calor. Le llevó unos segundos darse cuenta de que Cecile observaba

horrorizada su mano derecha, la punta de sus dedos tenían horribles manchas oscuras de sangre. Sacó un pañuelo y, tomando la delgada muñeca de la joven, comenzó a limpiarle cariñosamente los dedos.

—No es nada.

—¿Aún sangras? —cuestionó Cecile como un soplo, notoriamente preocupada.

—Tú hermano logró abrir un par de mis heridas, es lógico suponer que si las presionas con tal fuerza...

Rowen clavó significativamente la mirada en ella.

Cecile sonrojó adorablemente, bajando la mirada apenada, retirando tímidamente la mano. Rowen sonrió complacido al ver su tierna angustia.

—Debo asegurarme de que mi padre sigue en su tumba.

—Ya me he asegurado por ti, la tumba está intacta. —Rowen titubeó un instante, e irguiéndose guardó el pañuelo lleno de sangre—. Lyam se ha estado volviendo loco haciendo mil conjeturas sobre la identidad de tus padres.

—Por favor, Rowen, no hagas preguntas que no podré responder.

Suplicó Cecile ajustando más su abrigo, envolviéndose en él como con una especie de capa protectora, girando su rostro, ocultando su mirada mientras secaba discretamente los húmedos surcos de sus mejillas.

—No puedes culparme por sentir curiosidad.

La tomó delicadamente de la barbilla, girando suavemente su rostro. Dio un pequeño paso, y bajando un poco la cabeza fijó en ella sus penetrantes ojos; Cecile se reflejó en ellos asustada.

—Por favor, no me prives de tu mirada —suplicó Rowen.

La candidez de la sonrisa de Cecile iluminó su rostro de un modo casi imposible, y los brazos de Rowen, impetuosamente envolvieron a Cecile en un apremiante abrazo, asfixiándola con su fuerza nuevamente, aferrándose a su frágil cuerpo. Acarició su frente con la punta de la nariz, delineando su mejilla, bajando lentamente por su cuello; embriagándose con su aroma. Sus labios rozaron la tersa piel de su hombro, y requirió de toda su voluntad para contener el impulso de besarla, de cubrir su fría piel con besos ardientes.

—¿Quién eres?

Cuestionó ansioso Rowen, rozándole el lóbulo de la oreja con los labios. Notó la piel erizándosele contra el rostro en respuesta.

—Cecile —respondió con fallida determinación la joven, temblando entre sus brazos.

—¿Qué eres? Ese hechizo... —insistió Rowen viéndola a los ojos, pegando su frente a la de ella.

Las lágrimas inundaron los ojos de Cecile, se liberó del abrazo y se echó a correr, perdiéndose en la oscuridad, entre las tumbas, antes de que el galo pudiese reaccionar.

El ulular del viento removiendo las hojas de los árboles asemejó al sonido de la lluvia, fría y desoladora. Extendió las palmas de sus

manos buscando liberar la tensión de su ser entero; la había tenido entre sus brazos, frágil, cálida y tierna, y la había perdido en la oscuridad. La había presionado demasiado, alejándola de él.

Sonrió exhalando audiblemente, sintiendo su cuerpo estremecerse de placer: la había tenido entre sus brazos, llorando por él, anhelándolo tanto como él a ella. Repentinamente el dolor, la frustración y la agonía abandonaron su cuerpo, devolviéndole el aliento, y sin pensarlo más, corrió tras de ella.

VÍSPERA DE NAVIDAD

El humo salió de la boca de Lyam en una delgada y frágil fumarola que fue arrasada por el helado viento de invierno, la temperatura había disminuido drásticamente en las últimas horas, y el clima se mostraba inclemente con los dos jóvenes de pie en la calle *Rue de Dauphine*, en la esquina frente a la pequeña cafetería. Rowen observó a Lyam inhalar el humo de su delgado puro nuevamente, su amigo le sonrió, juntó los labios y liberó una nueva fumarola.

Rowen le devolvió la sonrisa, y extendiendo la mano tomó el puro de entre los dedos de su amigo, lo llevó a su boca y le dio una profunda calada antes de devolvérselo. Lyam lo observó con expresión seria, mientras removía el puro entre sus dedos; sabía que Rowen solía privarlo de su puro cuando la ansiedad lo abrumada demasiado como tener la paciencia de encender un puro propio.

Finalmente, Lyam se llevó el puro a la boca, sosteniéndolo entre los dientes, jugando con él mientras se ajustaba el abrigo.

—Está helando, Ro, comenzará a nevar en cualquier momento —

hizo notar metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo, refugiándolas del frío—, además, amanecerá en cualquier momento.

—Falta poco.

Rowen fijó la vista en la ventana del piso superior de la pequeña panadería. Lyam suspiró antes de juntar sus labios y dar una nueva calada al desgastado puro.

—Has dicho eso por la última media hora —se quejó dejando escapar el humo de su boca—. Fallo en comprender que hago aquí. ¿Por qué debo yo entregarle el presente? Me resulta obvio que se han estado viendo sin problemas.

—Por favor, Ly, es la víspera de navidad. Su hermano puso un hechizo para repelerme, no puedo ir más allá del umbral, y ella no lo contrariará saliendo a verme —explicó Rowen recargándose en la pared de la vieja casa detrás de ellos—. Además, quien sabe que otro magnífico truco tenga el panaderito bajo la manga.

—¿Cómo sabes que no saldré volando también? —cuestionó Lyam moviéndose nervioso, sin embargo, la sonrisa burlona iluminó su rostro—. ¿Cómo sabes que no será ella la que me lance lejos con todo y tu obsequio?

—No lo hará.

Lo atajó Rowen con feroz determinación, sonriendo al ver la luz alumbrando finalmente la ventana. Clavó su mirada en la delgada silueta dibujada por las sombras en las delicadas cortinas. Lyam se enderezó, ajustó su abrigo y dejando caer su puro lo apagó con la pesada bota. Palpó meticulosamente su abrigo a la altura de su

pecho, sintiendo el preciado bulto ahí guardado, y dio un paso decidido, sin embargo, Rowen embelesado en la danzante figura de la ventana, lo sujetó del brazo, ampliando su sonrisa.

—Aún no, espera...

La cortina se abrió y la figura de Cecile destelló como un ángel luminoso a causa de la luz proveniente del interior. La joven sonrió, radiante y dulcemente. Incluyó la cabeza a modo de saludo y extendiendo grácilmente la mano derecha tomó una rosa a medio abrir de la enredadera que colgaba desbordante del balcón. Sus labios se movieron lentamente, aproximando la delicada flor a su boca, envuelta por sus dedos, protegiéndola del frío.

Rowen dio un paso al frente con los ojos brillándole notoriamente, reflejando la luz que simulaba emanar de la joven. Lyam se removió en su lugar, incómodo, con el conocimiento de ser el invasor de un instante íntimo entre los dos enamorados. Cecile abrió la mano y sopló a la pequeña flor, que destellando discreta y mágicamente terminó de abrir todos sus pétalos antes de elevarse con el viento, moviéndose airosamente en una sola dirección, hacia Rowen.

—¿Cómo es posible? —cuestionó en un murmullo Lyam.

—Magia.

Respondió simplemente Rowen, extendiendo su brazo con la palma abierta para recibir la flor, mientras Cecile cerraba meticulosamente su ventana.

—Pero tendría que ser...

Lyam observó detenidamente como Rowen se colocaba la pequeña rosa en la solapa de su abrigo.

—Una druida de sangre pura —sentenció Rowen guiñándole un ojo a su amigo—, o alguna mestiza mágica.

—Ya no hay druidas de sangre pura... Ro, ¿no te preguntas...?

Comenzó Lyam claramente alarmado, Rowen dio una palmada al brazo de su amigo, comenzando a caminar.

—Que sea una mestiza es lo único que tiene sentido, explicaría porque su padre desertó, y porque jamás habla de su madre, pero... no le pregunto... He optado por aceptar los hechos como no son, sin oponer resistencia, aceptándola sin cuestionarla, mágica y maravillosa, como ella me acepta sin cuestionarme.

Lyam lo observó, claramente con cientos de interrogantes aglomerándose en su mente, pero guardó silencio y siguió a su amigo hasta refugiarse en el umbral de la casa contigua a la panadería, para que Ewan no los viese mientras abría su establecimiento.

—¿Este hechizo protector, no es en contra de todos los druidas?

—Lo activó específicamente en mi contra.

Intentó tranquilizarlo inútilmente Rowen, observando el cielo, su amigo tenía razón, comenzaría a nevar en cualquier momento. Lyam fijó su mirada en él, y Rowen notó la incertidumbre en sus profundos ojos protectores, casi suplicante.

—Me lo ha dicho en una carta. —Sonrió divertido por la aparente sorpresa de su amigo—. Flores no es lo único que puede hacer

viajar con el viento.

Rowen palmeó el brazo de su amigo con más fuerza de la intencionada, su sonrisa iluminó la oscuridad de su escondite, y asegurando la flor en su lugar, comenzó a andar, casi ansioso. Lyam lo siguió fielmente, completamente absorto en sus pensamientos, chocando contra su amigo cuando este se detuvo abruptamente ante el umbral de la cafetería.

El empujón aventó a Rowen contra la puerta, el escudo protector lo hizo rebotar con violencia devuelta hacia su compañero; gruñó molesto, asegurándose de inmediato con los dedos de que la flor permanecía intacta; suspiró al quitar un par de pétalos que habían desertado con el golpe.

—No puedo pasar, Ly —señaló exasperado por ante el empujón.

—Ha sido un accidente —se justificó Lyam encogiéndose de hombros, restándole importancia a lo sucedido—. Ahora vuelvo.

Lyam aspiró profundamente, y pasando junto a su amigo, extendió un poco la mano antes de dar el paso, asegurándose de que en efecto no rebotaría como su amigo. Rowen sonrió al notar la acción, y animándolo le dio un suave empujón. Notó como el vello de la nuca de su amigo se erizaba al entrar al pequeño establecimiento, y sintió una punzada de envidia, seguramente se debía al cambio de temperatura: Ahí dentro debía estar tibio, perfumado por esa abrumadora mezcla de dulces aromas que lo habían hipnotizado desde el primer día.

Cecile atravesó la pulcra puerta blanca haciendo resonar su diminuta campanita. Rowen observándola a través del aparador

notó como dio un pequeño saltito, tan discreto e imperceptible, que le hizo preguntarse si acaso no se había sobresaltado igual la primera vez lo vio, pero, al haber estado de espaldas no lo percibió; asustándola esa primera noche, generándole dudas y desconcierto.

La amable señorita fijó su mirada en él, más allá de Lyam, observándolo con extraordinaria dulzura, y Rowen como siempre respondió reflejando su amabilidad de modo inconsciente, e inclinó la cabeza lentamente, rozando con la punta de los dedos los suaves pétalos, agradeciéndole en silencio por la flor.

—Buenas noches, señorita Cecile —oyó decir a Lyam con su aterciopelada voz—, ¿o son días? Es difícil decir, jamás he saludado a nadie a horas tan inconvenientes.

Cecile sonrió amablemente, radiante, y aproximándose al mostrador para depositar su bandeja con panecillos, respondió cándida.

—Buenos días, señor Lyam.

La dulce voz de Cecile atravesó el umbral, reconfortando el corazón de Rowen, que había ansiado volver a escucharla.

—¿Puedo ofrecerles una taza de café o un poco de chocolate caliente?

—Gracias, señorita Cecile, no es necesario, no le quitaré mucho de su tiempo.

Lyam introdujo la mano en el bolsillo interno de su abrigo para tomar la pequeña caja de madera que había estado guardando tan cuidadosamente, y se la ofreció lentamente a la joven, quien

agrandó los ojos sorprendida.

Cecile tomó la pequeña cajita con ambas manos, envolviéndola con sus dedos cariñosamente con un cuidado excesivo, como si se tratase de un valioso y frágil tesoro. Lyam dio un paso a un lado, para que Cecile y Rowen pudiesen observarse libremente.

La sonrisa de ambos se desvaneció, como si fuesen la misma persona observándose a través del espejo, o acaso si eran ambos las dos partes del mismo ser, dividido por el destino, anhelando su otra mitad: siendo Cecile la pureza y la inocencia, en una mágica visión de blanco, mientras que Rowen ataviado en su negra ropa, abrigado por la densidad acechadora de la noche, representaba la oscuridad y los peligros del mundo.

Rowen llevó instintivamente la mano a su pecho, sobre su corazón, presionando los dedos notoriamente, diciendo todo lo que las palabras no podían con ese simple gesto. Admirando fascinado como la delicada muñeca de porcelana reflejaba la luz en sus dorados rizos, sosteniendo protectoramente la pequeña caja de madera entre sus dedos.

Lyam carraspeó incómodo por tener que interrumpir tan íntimo momento, seguro de que no pertenecía a ese lugar, no en ese instante; afinó su voz y expresó con naturalidad.

—Me pidió que le dijera, que es un simple detalle, una insignificancia apenas digna de usted... pero... no es así. —Se irguió seguro de sus palabras—. Es una reliquia más antigua de lo que podría expresarle y muy valiosa, tanto en su valor real como en su valía sentimental, espero sepa apreciarlo, señorita... va-ló-re-lo.

Los ojos de Cecile se posaron admirados en Lyam, con tal intensidad y profundidad en su intención que el galo se sintió invadido, como si en un fugaz instante hubiesen hurgado en su alma, descifrando sus más dolorosos secretos.

—Lo haré —manifestó sutilmente Cecile, guiñándole un ojo.

El druida desconcertado por el gesto, entrecerró los ojos, atrapando la mirada de Cecile con ellos, observándose mutuamente con absoluta determinación.

Rowen de pie en el umbral de la entrada, dio un diminuto paso al frente, lo suficiente para hacer vibrar el escudo, sintiéndose impotente y curioso ante el intercambio de miradas. Él se había sumergido en ambos mares: el pacífico océano infinito de Cecile, y el profundo y salvaje oleaje de Lyam; conocía la fuerza de ambos y se preguntaba quién sería el primero en descifrar el alma de su silencioso interlocutor. Se percató del modo en que Lyam separó los labios, dispuesto a expresar su victoria con algún ingenioso comentario.

Rowen contuvo la respiración, ansioso por escucharlo.

La diminuta campanita tintineó, y los tres jóvenes giraron en su dirección, sólo para ver a Ewan apoyar la mano en el mostrador, haciendo vibrar los cristales, saltando ágilmente al otro lado para tomar a Lyam firmemente por los hombros, antes de que ninguno pudiese reaccionar.

Rowen empujó contra la pared invisible que insistía en negarle la entrada, vibrando sonoramente, como el resonar de un tubo metálico; empleó toda su fuerza para no salir volando, desesperado

por auxiliar a su amigo. Lyam apenas hubo sujetado las manos de Ewan, cuando Cecile ya estaba detrás de su hermano.

—¿Qué diablos haces aquí? —gruñó entre dientes Ewan enfurecido—. ¡El acuerdo fue muy claro, no volverían a poner un pie en mi casa!

Lyam observó un instante a Ewan, con el rostro distorsionado por la rabia, e incomprensiblemente bajó los brazos, permitiéndole mantenerlo aprisionado entre sus manos férreas; extendió la palma de la mano hacia Rowen, indicándole que se tranquilizase, y sonriendo sutilmente a Ewan, expresó con voz pulida.

—Ambos vimos lo mismo esa noche, Ewan —dirigió una mirada significativa a Cecile.

Ewan palideció, y liberó los hombros de Lyam dando un paso atrás, clavando la vista en su hermana, mientras Lyam ajustaba parsimoniosamente su abrigo. Rowen al ver liberado a su amigo dio un paso atrás jadeante, los pulmones ardían desesperados por aire, el pecho le dolía por la compresión contra el muro invisible, y las manos le escocían, como si las hubiese quemado contra un metal candente al haberlas apoyado con tal insistencia contra el escudo.

Lyam sin esperar más comenzó a andar para salir de la cafetería, el resonar de sus botas con cada pisada retumbaba en el corazón de los tres espectadores. Se detuvo en el umbral un instante, giró levemente el rostro para que Ewan pudiese escuchar claramente sus palabras.

—Fuimos egoístas.

Rowen no logró apartar la mirada de Cecile, cuestionándose que

habrían visto esa noche que neutralizó por completo la rabia de Ewan. Cecile lo observaba llena de ternura, dibujando una discreta sonrisa en la comisura de sus labios: una sonrisa sólo para él.

Lyam sujetó del brazo a Rowen y dándole un suave tirón lo instó a caminar con él, mientras Ewan permanecía inmóvil, con la mirada pérdida en el rostro de su hermana, viéndola suspirar mientras Rowen se alejaba de ella.

Ambos jóvenes se vieron envueltos por el frío de la madrugada, mientras los remolinos cargados con los frágiles copos de nieve se aglomeraban a su alrededor. Rowen no estaba seguro del instante preciso en que había comenzado a nevar, habiendo estado absorto únicamente en su ángel de porcelana; el corazón le latía con fuerza apremiándolo a preguntarle a su amigo que había significado todo aquello. Lyam caminaba junto a su compañero, tranquilo e indiferente a lo sucedido, sacando un puro de su cigarrera, sosteniéndolo entre sus dientes.

—¡Señor asesino! —lo llamó la dulce voz de Cecile, agitada.

Rowen y Lyam se dieron la vuelta, para ver correr en su dirección a la delicada joven, envuelta en un delgado chal rosa pálido, con sus rizos ondeando en todas direcciones, atrapando los copos de nieve.

—Señor asesino, temí no alcanzarlo —suspiró Cecile sonriendo ampliamente—, cenamos a las ocho... mi hermano me ha pedido que les diga, que cenamos a las ocho.

El corazón de Rowen se detuvo un instante, incapaz de responder nada ante la sorpresa. Lyam rio sutilmente con su tersa voz, e inclinando la cabeza cortésmente agradeciendo la invitación, dio un

discreto empujón a Rowen, animándolo a hablar.

—Aquí estaremos —indicó Rowen recuperándose de su estupor.

El galo extendió el brazo para sujetar la suave mano de la joven, quien, sonrojando notoriamente, estrechó sus dedos correspondiendo el gesto.

—También me ha pedido recordarle que es la víspera de navidad, no quiere nada de sangre, lodo, armas, ni tragedias druidas, sólo deben traer vino y modales.

Cecile rio musicalmente, divertida por las palabras de su hermano, pero, repitiéndolas fielmente.

—Así será, señorita —determinó Lyam encendiendo su puro—. Será mejor que vuelva, está helando y ese chal no la protegerá mucho.

Rowen instintivamente apretó los dedos, aferrándose a la delgada mano. Cecile dulcificó su sonrisa, dio un tímido paso al frente y colocándose de puntillas besó suavemente la mejilla de Rowen, rozando la comisura de su boca, acariciándole con su cálido aliento los fríos labios.

Rowen cerró los ojos, embriagado de placer, sintiendo cada milímetro de su piel vibrar, conteniendo apenas su impulso de besarla. Liberó la tierna mano, abriendo los ojos resignado, viéndola correr de regreso a la cafetería.

Se presentaron puntualmente a las ocho de la noche, ataviados con gruesos abrigos de lana, resistiendo la fuerte nevada que

azotaba la ciudad. Ewan les abrió la puerta, forzándose a sí mismo a sonreír, observándolos minuciosamente, asegurándose de que habían dejado todas las armas y ropa druida en el monasterio; invitándolos a pasar una vez que estuvo satisfecho. Lyam le sonrió divertido, y entró sin titubear, sin embargo, Rowen permaneció inmóvil unos instantes.

—Rowen.

La dulce voz de Cecile lo llamó cariñosamente, mientras se aproximaba lentamente. Lucía hermosa, ataviada con su habitual sencillez, portando un vestido color marfil, con ligeros volantes de encaje que enmarcaban coquetamente sus hombros, y en el centro de su escote relucía un pequeño y viejo camafeo de plata grabado con diversas runas protectoras; el obsequito de Rowen.

Llegando a su lado, la joven le extendió la mano, obsequiándole una cándida sonrisa con las mejillas sonrosadas, ofreciéndole entrar con una mirada reconfortante.

Rowen la tomó de la mano, estrechándola delicadamente, cruzando el umbral sin darse cuenta, siguiéndola, con sus dedos entrelazados, para no soltarla el resto de la noche.

LA FUENTE DE LOS INOCENTES

Las campanas resonaron estruendosamente anunciando el último servicio del día. Rowen se encontraba de pie ante una angosta ventana en la biblioteca, contemplando los hermosos y antiguos edificios góticos del monasterio bañados magistralmente con los tonos púrpuras y naranjas del atardecer. Los monjes cruzaban los jardines y los pasillos afanosamente, prestos a acudir al llamado de su deber, para finalizar el día entre oraciones y meditaciones.

La última campanada vibró solitaria en la abadía repentinamente inactiva: Los monjes habían desaparecido como si el musical sonido los hubiese absorbido junto con la luz del sol, y la conversación entre Normand y Lyam se hizo más clara en el silencio del edificio.

Rowen suspiró con profundo hastío; discutían tan amigablemente como les era posible sobre que debían hacer ahora que los cuerpos habían dejado de aparecer alrededor de París.

Se rumoraba por los bajos barrios, según Félix, que había decenas de desapariciones, sin embargo, no había registros policiacos, ni

cuerpos que demostrasen la veracidad de dichos rumores, ni siquiera podían asociarlos con las lamias.

Era una charla improductiva que se había extendido por días, en la cual toda idea era desechada por su contraparte casi de inmediato: Lyam sugería que Normand debía unírseles en las guardias nocturnas, Normand por otro lado sugería que debían concentrarse más en su deber y ponerle fin a aquella situación de una vez por todas antes de que la Orden decidiese enviar a refuerzos indeseados, mientras que Rowen se mantenía firme en su idea de acudir por guía con las ninfas en la Fuente de los Inocentes.

—Esta discusión es inútil, me retiro.

Fue todo lo que dijo, colocándose con presteza la bufanda sin tomarse la molestia de verles, calándose los guantes mientras caminaba hacia la puerta.

—Disculpa, Rowen, ¿tienes algo más importante que hacer?

Lo detuvo Normand colocándose en pie visiblemente molesto. Rowen continuó caminando indiferente al llamado de su viejo mentor. Las muelas de Normand chirriaron sonoramente, antes de golpear con el puño cerrado el escritorio, produciendo un golpe seco tan estruendoso que hizo saltar al joven, deteniéndolo a unos pasos de la salida.

—¡No irás a ningún lado! —advirtió Normand—. Deben encontrar a Ama.

—¿Cómo propones que la encontremos? ¿Tienes información que gustes compartir con nosotros, viejo? ¿Sabes de algo que esclarezca la situación? —cuestionó secamente Rowen, clavando en él su

mirada glacial—. Demandas, juzgas, y recriminas, pero, ¿acaso no es tu deber guiarnos y apoyarnos en esta misión? Así pues, te preguntó, ¿qué tienes para aportar? ¿Qué información posees que pueda esclarecer la identidad de nuestro enemigo, o el punto del próximo ataque? Ilústrame.

Se había acercado tanto a Normand que el viejo druida podía percibir la energía densa y magnética que emanaba de su cuerpo acariciarle la piel.

—No irás a la Fuente de los Inocentes —sentenció Normand con la voz tensa, articulando sílaba por sílaba, sin dejarse intimidar—. Es lo que sugieres y no lo aprobaré.

—Realmente no requiero de tu permiso, Normand —masculló escrutándole meticulosamente la cara, acercando tanto su rostro que casi podía rozarle la nariz, atravesándolo con la mirada—. Dime, ¿a qué le tienes miedo? ¿Algún secreto que pese sobre tu alma?

—No te tengo miedo.

—Me lo tienes. —Entrecerró los ojos juzgándolo—. Pero, temes más al oráculo.

—¿¡Cómo te atreves!?! —estalló Normand cerrando los puños, apenas conteniéndose.

Lyam que los escuchaba aburrido, acostumbrado como estaba a sus interminables discusiones y enfrentamientos, elevó la vista al escuchar aquel grito para evaluar la situación. Vio el temblor en las manos de su mentor, controlando su ira, mientras Rowen de modo casi inconsciente acariciaba la fina cadena que colgaba del bolsillo

de su chaleco; Lyam sacó su propio reloj de bolsillo, y observando la hora sonrió involuntariamente, *Le Café* pronto cerraría sus puertas y Cecile estaría esperándolo.

—Déjalo ir, Normand.

La voz inusualmente demandante de Lyam atrajo la atención de los dos druidas al otro lado del escritorio.

—Si se enfocasen en la misión resolverían todo este asunto rápidamente y podríamos regre... —comenzó Normand.

—Déjalo ir —repitió Lyam interrumpiéndolo con una dureza en el rostro completamente ajena a él.

—No necesito de su aprobación —aclaró Rowen malhumorado.

—Por favor, sólo... vete, Ro.

Las mejillas de Lyam se hundieron al morderlas, conteniendo las palabras, deseoso de terminar con aquella ridícula discusión. Normand palideció completamente, tanto que por un instante le pareció a Lyam que su cabello blanco tenía más color que su ceniza piel.

Rowen se marchó con zancadas grandes y firmes.

—Lo perderemos, hijo —suspiró Normand dejando caer su peso en la silla, visiblemente cansado y preocupado por la situación.

—Lo perdimos.

Lyam caminó tranquilamente hasta colocarse junto a su mentor, sentándose a su lado, dándole una palmada en el hombro. Sonriéndole sutilmente le regaló una mirada llena de esperanza.

—Jamás lo había visto tan genuinamente... feliz.

El corazón de Normand se estrujo por el cariño sincero de su pupilo predilecto hacia Rowen, notando la nostalgia y la profunda tristeza detrás de su aparente dicha.

—Yo sí, hijo, el día que te encontró.

—Yo lo encontré.

Lyam bajó la mirada, permitiéndose vagar tranquilamente por el pasado, deslizándose entre sus recuerdos, disfrutando de cada uno de ellos.

—La Orden no lo permitirá —interrumpió abruptamente sus pensamientos Normand.

—Dudo que pida su consentimiento.

Lyam sonrió divertido imaginando a su amigo ante el Concejo de ancianos, como si de sus ancestros se tratase, pidiéndoles permiso para cortejar a Cecile, hija de desertores, exponiendo su amor para su aprobación. «Tiene la apariencia de un ángel, sabe de pócimas, de combate y de panes dulces, por favor bendigan nuestro amor», lo imaginó diciéndoles.

—Esto es serio, Lyam, es un *Datayia*.

—Será nuestro deber convencerlos —concluyó con una sonrisa radiante que iluminó sus ojos.

—No podremos convencerlos de nada si no logramos detener estos ataques.

—Entonces, tendremos que detenerlos... Iremos a la Fuente.

—¡No! A la fuente no, te he dicho, es muy peligrosa.

—Iremos los tres juntos.

Los copos de nieve se arremolinaban en helados torbellinos, frágiles y delicados, derritiéndose sobre las gruesas gabardinas de los tres druidas que cruzaban la plaza *Juachim du Bellay*, en el barrio de *Les Halles*. Iban perfectamente abrigados con guantes, sombreros y bufandas para refugiarse de la nevada que azotaba París aquella madrugada.

La Fuente de los Inocentes era una estructura enorme de cuatro caras, entre pilastras que daban la impresión de ser un templete griego con una fuente redonda el centro, a la que se accedía mediante unos pocos escalones, por los cuales corría el agua helada hasta la superficie al ras del suelo, rodeada por un borde que impedía que el agua se rebosara sin sentido. Talladas en sus pilares se podían distinguir los relieves de hermosas mujeres cargando ánforas, las ninfas de agua, exquisitamente elaboradas con los pliegues de sus vestidos, la textura de sus largos cabellos y la belleza de sus jóvenes rostros.

El relajante sonido de la cascada de agua fluyendo por los escalones llenaba la desolada plaza mientras los galos llegaban ante el antiguo monumento.

—Hagámoslo rápido —exclamó Lyam sacando una daga.

—Espera, no estoy convencido de esto.

Lo detuvo Normand sujetándolo del brazo. Rowen rodó los ojos arrebatando el arma a Lyam, avanzando hasta el borde de la fuente.

Titubeó unos segundos antes de continuar, entrando en el agua con determinación. Subió los escalones con pasos firmes, salpicando húmedos diamantes, hasta situarse dentro del quiosco, frente a la fuente de redondos niveles.

Estrujó la daga entre sus dedos, haciendo chirriar el guante. Desnudó su mano libre inhalando profundamente.

—¡Rowen, no!

Quiso detenerlo Normand inútilmente. Rowen hizo una profunda cortada en su palma, derramando su sangre.

El hilo espeso de tibia sangre se deslizó en la hendidura de la fuente, tiñendo el agua de intenso carmesí. La fuente chisporroteó como si hubiesen encendido en su centro un quinqué de lava, tornándola caliente, burbujeante, y luminosa.

Rowen bajó tranquilamente los escalones, aun goteando sangre.

El agua se removió como una masa luminosa y rojiza. Subiendo en contra de su naturaleza, contrayéndose por los escalones y los bordes, subiendo por las paredes de los pilares, deslizándose hasta las manos de las ninfas. Una de entre todas ellas destelló, como si repentinamente hubiese nacido un diminuto sol en su mano, y el agua volvió a removerse, acudiendo a ella, cubriéndola por completo.

El tono rojizo lentamente fue absorbido por la mano de la ninfa, hasta que el agua brilló clara y luminosa, desprendiéndose de la pared, formando una figura femenina de agua y luz. Poseía largas extremidades sin dedos, y no tenía facciones reconocibles en su rostro, con dos estrellas plateadas donde debían estar sus ojos.

Rozaba apenas la superficie con lo que debía ser la punta de sus pies. Bajó lentamente, uno a uno los escalones aumentando exponencialmente su tamaño con cada paso; cuando llegó ante ellos ya media más de dos metros.

Los druidas se inclinaron rápidamente en una educada reverencia, cubriendo sus corazones con sus manos.

—Tha fios agamsa agus, tha mi a toirt urram dhut, tha thu cudromach dhomhsa, mo bhean.

Saludó Rowen en perfecto elibein, sintiendo el calor de su herida aún sangrante.

—An uairsin, tha mi ann dhut.

La voz femenina, musical y sensual resonó en la profundidad de sus pensamientos, proviniendo de todas partes y de ninguna a la vez: Ecos del pasado y gritos del futuro taladrando sus cerebros.

—Tu ofrenda ha sido aceptada, Dayatia, sangre pura y mágica corre por tus venas, lo suficientemente oscura para tentarnos. Eleven sus ojos y descubran sus corazones, permítanme hurgar en sus maltrechas almas y descubrir sus secretos si es que desean obtener los secretos del mundo.

19

LA NINFA NAIDA

—Sólo tenemos una pregunta, mi señora —respondió galantemente Lyam, inclinándose aún más.

La ninfa se aproximó hasta el borde de la fuente, inclinándose sobre Lyam, quien pudo sentir las heladas gotas de agua en su cabellera, produciéndole escalofríos.

—¿Me han despertado por una única pregunta?

El sonido de su cuerpo fue seductor y peligroso, como el de una ola al estrellarse contra la playa, mientras inspeccionaba a los druidas ante ella.

—Es una pregunta importante, mi señora —aclaró Rowen cerrando el puño sobre su corazón, protegiéndolo fervientemente.

—Eleva tu rostro y descubre tu corazón, tendrás la respuesta que buscas a cambio de tus secretos.

—Conoces mis secretos, mi señora Naida.

Rowen elevó el rostro sonriendo amablemente, oprimiendo su puño hasta tornar sus nudillos blancos antes de bajar la mano,

descubriendo su corazón.

—Que desperdicio.

El largo brazo de la ninfa se extendió, acariciando la mano de Rowen, limpiándole la sangre, haciendo que su herida dejase de sangrar. Inclinando la cabeza, posó los ojos en las gotas derramadas en el piso. Rowen amplió la sonrisa, sabía que las ninfas de agua sentían un profundo desagrado por la tierra humana.

—Rowen Mc'Grath, Condenado entre los Condenados.

Lo llamó la ninfa, tocando su pecho con un golpe de agua, atravesándolo, clavando en él sus infinitos ojos de luz. Rowen gritó abiertamente al sentir el agua recorrer sus venas, congelándolo por dentro mientras sentía su alma arder bajo la mirada de blanco fuego celestial.

—Todo hombre enamorado posee un traidor en su pecho, un corazón palpitante que podría romper tus costillas confesando tus miedos, dudas y sí... tus anhelos —expresó soltándolo tan abruptamente como lo había sujetado—. La oscuridad que te carcome por dentro descansa, duerme bajo la luz que el ángel de oro ha encendido, pero cuidado, la oscuridad permanece latente y viva, y ha de resurgir con el anochecer, como lo hacen todas las sombras.

—Ama... ¿quién es? —jadeó Rowen, elevando la mano para detener a Lyam, quien sin darse cuenta dio un pequeño paso hacia él para socorrerlo—. Esa es mi pregunta.

—Ella es el pasado, ella es el futuro, ella es dadora de vida y ella es asesina, fue ángel y es demonio. Ella te busca, ella los busca a

todos, es ira y venganza, no hay compasión en ella.

—Queremos saber, ¿quién es y dónde está? —espetó Normand irritado por la vaga respuesta de la ninfa.

—Eleva tu rostro, descubre tu corazón y tendrás tu respuesta —sentenció la ninfa con voz dura.

Normand permaneció inmóvil con la cabeza agachada, la ninfa se removi6 impaciente. Lyam exhalando audiblemente, se quit6 el sombrero dejándolo caer, elevando el rostro y descubriendo su corazón.

—Mi señora, ¿cómo podemos encontrarla?

—Tan joven, tan inocente —la ninfa lo sujet6, envolviéndolo con el agua gentilmente, antes de presionar su pecho haciéndolo gritar desgarradoramente—. Cuan bondadoso... Tu luz no puede ser opacada, radiante y expansiva. Tan pocos corazones como el tuyo, valiente pequeño druida, pero, toda luz produce sombras, incluso el sol, radiante en lo más alto dibuja una sombra a los pies de toda criatura sobre esta tierra, y, tú, no eres la excepción. Cuando la luz se apague, la oscuridad caminará por esta tierra, y todas las tierras, bañándolas con sangre y odio.

La ninfa suspir6, estrujándolo dolorosamente. Lyam intent6 respirar entre gruñidos, sujetando inútilmente su pecho, incapaz de mitigar el dolor que corría helado por sus venas.

—¿Cómo puedo encontrarla, mi señora? —insisti6 Lyam, forzándose por tomar aire—. ¿Cómo puedo encontrar a Ama?

—Ella está muerta, un vacío infinito consume su alma. Ella no

siente amor, ella no siente dolor, ella sólo quiere lo que ustedes tienen... Ella ya no es una druida, es sólo muerte, y la muerte descansa donde los muertos han de descansar...

Al decir las palabras suaves entre burbujas, se inclinó tanto sobre Lyam que Rowen temió que se saliese de la fuente. Sus ojos se agrandaron notoriamente brillando con mayor intensidad mientras emitía un suave gemido, más como una melodía; Lyam entreabrió los labios, y su cuerpo se balanceo ligeramente como si fuese a desmayarse en cualquier momento.

Rowen dio un paso para sujetarlo, sin embargo, la ninfa fue más rápida y con un estallido de agua, duplicó su tamaño, elevando a Lyam, pegándolo a su rostro.

—Tan puro... tu sangre podría alimentar a mis hermanas por años. Puedo darte las respuestas, todas ellas... tantas preguntas... tanto dolor por venir, si tan sólo supieras... Puedo decirte el pasado, puedo revelarte el futuro, puedo prevenir la oscuridad... lo único que quiero es tu magia. —Lyam permanecía inmóvil, el agua envolvía su cuerpo centímetro a centímetro, disponiéndose a devorarlo por completo—. Lo único que quiero es tu sangre.

—No puedes tenerla —advirtió Rowen entre dientes, esforzándose por controlarse—. Bájalo ahora.

—Él quiere saber. Él tiene un alma torturada —se negó la ninfa melancólica—. ¿Por qué un niño tan pequeño, fue abandonado en el bosque? Solo, perdido, despreciado.

—Suéltalo, Naida —ordenó Normand llamándola por su nombre, enderezándose finalmente sin descubrir su corazón, con la vista fija

en el piso—. Él debe entregártela voluntariamente, de no ser así sería traición.

—¿Traición? —La ninfa rio musicalmente, tan cándida que el corazón de Rowen se hinchó de placer —. Normand, mi viejo, viejo, viejo amigo, tú sabes de traición, ¿no es así?

—¡Suéltalo! —exigió con mayor dureza Normand.

—¿Por qué no me ves? Sé todos tus secretos, no hay nada que puedas ocultar de mí —se mofó divertida la criatura, sujetando a Lyam con una sola mano, terminando de cubrirlo por completo con el agua—. Eleva tus ojos y descubre tu corazón, Normand el bueno.

—¡Basta, lo ahogarás!

Se desesperó Rowen interponiéndose entre Normand y la ninfa para hacerse notar. La ninfa lo observó apenas un instante, antes de tomarlo con la otra mano, apretándolo dolorosamente, arrancándole alaridos de dolor.

—Detente, Naida.

Normand elevó la vista sin descubrir su corazón, posando en ella sus ojos duros y firmes. La ninfa rio al percibir el fulgor púrpura de sus pupilas en la oscuridad bajo su sombrero.

—Los quiero, y tú me debes.

—Lo que te debía te lo pagué. Libéralos.

—Oh, Normand, cuanta hostilidad, cuanta culpa. —La ninfa soltó a Rowen, dejándolo caer al piso como algo inservible—. Tu alma es tan impura y tu corazón es tan oscuro que con una gota de tu sangre habríamos acudido todas... Descubre tu corazón, quiero

saber que hiciste con mi regalo.

—Libéralo.

Los ojos de Normand centellearon en la oscuridad, amenazadoramente, la ninfa ronroneó, y Rowen vio el cuerpo de Lyam convulsionarse, sus pulmones se contraían buscando aire. Se colocó en pie, jadeando, sintiendo su cuerpo congelársele, empapado. Los copos de nieve se adhirieron a la piel de su rostro dolorosamente. Desenfundó dos largas dagas, furioso.

—No puedes herirme.

Sentenció la ninfa enderezándose, girando rápidamente sobre sí misma, formando un remolino, salpicándolos de agua, antes de volver a tomar su forma humanoide, divertida y danzante.

—Soy etérea. Soy agua.

Rowen deslizó las navajas por sus brazos, cortándolos finamente, llenando de sangre el filo de las armas con una sonrisa malévola que perturbó a Naida.

—*Losgadh naomha fuil* —masculló Rowen y la sangre se incendió, cubriendo de rojas llamas las cuchillas—. Yo soy fuego.

Rowen saltó sobre el borde la fuente, impulsándose, saltando con las cuchillas en alto, cortando de tajo el brazo que sostenía a Lyam. El agua siseó al contacto con sus armas, y el vapor se elevó tibio acariciándole el rostro. Lyam cayó pesadamente al interior de la fuente, Rowen cayó de pie junto a él, con las facciones completamente endurecidas. Naida se removió emitiendo una mezcla de gruñido y ola, regenerando su brazo rápidamente.

De las manos de la ninfa brotaron dos largos remolinos, angostos y cerrados, simulando un par de látigos de agua. Los batió hacia el galo, golpeándolo de lleno en el pecho. Rowen plantó con determinación los pies en la resbalosa superficie de la fuente, desliziéndose hacia atrás con el impulso, sin embargo, se mantuvo, firme. Corrió hacia la ninfa, saltando para poder enterrar las dagas en su pecho. Naida lo detuvo sujetándolo rápidamente con sus látigos, atrapándolo en el aire, Rowen cortó los látigos, y volvió a arremeter contra la criatura. Cada parte de ella que cortaba, siseaba formando un vaho caliente, mientras la ninfa se regeneraba una vez tras otra, buscando alcanzar a Lyam.

Eran agua contra fuego, danzando en medio de la nevada.

Finamente, la ninfa lanzó a Rowen con tal violencia contra los escalones, que la columna del galo punzó adolorida, paralizándolo por unos segundos de dolor, y las cuchillas resbalaron de sus manos, apagándose. Lo sujetó por las piernas, arrastrándolo, golpeándolo con cada escalón.

La vista de Rowen se le oscureció con el golpe, y sintió la consciencia deslizarse sutil y suavemente lejos de él con el agua, el agudo dolor lo hizo gritar, pero ningún sonido escapó de su boca. Sintió su cuerpo colgar en el aire y la sangre tibia en su nuca se hizo notoria, goteando espeluznantemente fuerte sobre el agua. Intentó concentrarse en el sonido cadencioso de cada gota, rompiéndose escandalosamente cada segundo, esforzándose por abrir los ojos, por mover el cuerpo. Sus dedos respondieron, congelados y adoloridos: no sería suficiente. Su cuerpo se balanceó en la nada y al fin sus ojos se abrieron, azules y glaciales.

La ninfa lo sujetaba de las piernas, el agua comenzaba a cubrirlo, y repentinamente, Naida estalló, un volcán de agua que bañó la plaza entera.

Rowen cayó pesadamente sobre la poquísima agua que quedó en la fuente, quejándose adolorido.

—Te dije que era un error —lo reprendió Normand con dureza, pasando a su lado con largas zancadas, salpicándole el rostro de agua—. Pudimos perder a Lyam.

—Jamás lo permitiría, primero...

—¿Morirías? Sí, lo noté —espetó fúrico arrodillándose al lado de su aprendiz favorito.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo la has hecho estallar?

Rowen se colocó en pie, buscando a su alrededor, notando el agua helarse sobre el empedrado a su alrededor.

—¿Fuego para vencer a una criatura acuática? En serio, Rowen, estás muy disperso, que ocurrencia tan estúpida.

—La entretenía mientras recuperabas tu valor, viejo.

Normand posó en él una mirada tal que Rowen se detuvo, paralizado en su sitio. Se observaron duramente, reprochándose y desafiándose en silencio.

—Debvisha no estará feliz, matar a una ninfa de agua...

Se quejó Normand regresando su atención a Lyam. Lo recostó de lado, y apoyando las manos en su espalda recitó un conjuro breve. La piel del joven galo se iluminó, y el agua brotó de su boca a

borbotones, haciéndolo toser violentamente.

—No está muerta, hay suficiente agua para que se regenere.

Rowen caminó hasta ellos, pisando con fuerza innecesaria. Normand no pudo evitar sonreír, era como si quisiese pisotear a la ninfa, sin embargo, recordando su enojo rápidamente bufó sonoramente, mientras daba palmaditas a la espada de Lyam.

—Ha sido inútil, nos has expuesto por nada.

—Sabemos dónde está —balbuceó Lyam, esforzándose por enderezarse, entre tosidas y arcadas—. En el cementerio.

LA FOSA DE SANGRE

Lyam sacudió distraídamente la nieve de su cabello, colocándose en pie perezosamente. El invierno estaba por terminar y los árboles se deshilaban con parsimoniosa lentitud, al igual que las lápidas y las estatuas, goteando incesantemente en un repiquetear que lo adormecía involuntariamente. La quietud del cementerio era abrumadora, y la fría neblina poco hacía por animarlo.

Había pasado los últimos días recorriendo el Cementerio de *Père-Lachaise* esperando encontrar el escondite de Ama y poder darle fin a aquella misión tediosa. Sin embargo, Rowen poco hacía por ayudarlo: pasaba todas las tardes en compañía de Cecile, uniéndosele hasta cerca de media noche. Se dedicaban a inspeccionar las tumbas, abriendo mausoleos y criptas, si Ama se escondía ahí, la encontrarían, o a alguno de sus secuaces.

Lyam se caló el abrigo con desinterés, considerando seriamente en terminar la búsqueda por esa noche y regresar al confort de la abadía; si se daba prisa podría alcanzar a los monjes encargados de la cocina y cenar con ellos.

Se estremeció ante la idea de un café caliente.

Las aves volaron escandalosamente rompiendo con la quietud del cementerio, sorprendiendo a Lyam. Elevó la vista para observarlo alejarse, y los ojos le escocieron, irritados por el brillo deslumbrante del sol en las blancas nubes. Parpadeó un par de veces, sacudiéndose las lágrimas, cuando una figura blanca llamó su atención: La silueta femenina se deslizaba suavemente entre las tumbas y los árboles, meciéndose tan sutilmente que por un instante Lyam consideró que se trataba de un solitario fantasma.

La mujer iba perfectamente protegida por una larga capa blanca, con una amplia capucha que cubría su rostro. Era una visión etérea que se desvanecía con la neblina que recubría el cementerio, navegando en el valle blanco de nieve, lápidas y ángeles de piedra. Una rama se aferró a su capucha, descubriendo unos largos rizos dorados que arrebataron el aliento de Lyam, resultándole imposiblemente familiar. La mujer colocó la capucha en su sitio con elegante suavidad.

Entonces, el galo distinguió, entre la blanca bruma, la negra figura de un demonio recolector de almas, ofreciéndole a la femenina visión una esfera luminosa, hermosa y radiante. La esfera de almas se reflejó en las pupilas verdes de la mujer, haciéndolas visibles aun en la distancia bajo la capucha.

Lyam desenfundó ambos revólveres instintivamente, apuntando directamente a la cabeza del demonio y de la mujer, el clic del martillo hizo volar una nueva bandada de aves, apenas un grupo pequeño, pero, aquello bastó para alertar su presencia. La mujer guardó la esfera del tamaño de una toronja bajo su capa.

Lyam disparó, pero, únicamente la creatura negra cayó.

La mujer corrió entre las lápidas, esquivándolas ágilmente, apenas rozándolas con su capa que susurraba con el viento. Lyam disparó un par de veces, conteniendo el aliento, sin embargo, la mujer resultó demasiado rápida y esquivada para sus balas. Maldijo entre dientes, enfundando uno de sus revólveres y comenzó a correr tras ella.

Al llegar a donde había caído el demonio, el fuerte olor a sangre fresca, a muerte y a azufre le contrajo las entrañas. Se detuvo cubriéndose la nariz, conteniendo el aliento con el estómago contraído. A donde volteaba había cadáveres de hombres, jóvenes y mayores, degollados sobre las tumbas, bañando el pulcro blanco del paisaje con un perturbador escarlata.

Eran decenas de ellos, y sobre los cuerpos, degustando la sangre caliente, una horda de demonios recolectores, asquerosos e insignificantes cosechando su pago.

Sintió la sangre hervirle en las venas, rabia líquida que recorrió su ser con una oleada despiadada que lo impulsó a dispararles a todos. Los demonios bramaron y gruñeron, unos lanzándose sobre él, otros más huyendo.

Lyam enfundó su pistola, moliendo sus muelas, extendiendo las palmas hacia los árboles cercanos; estirando los dedos como si quisiese alcanzar las ramas. Masculló un conjuro entre dientes, y flexionó las manos hacia los demonios. La nieve en las ramas de los árboles se endureció, formando gruesas estalactitas de hielo sólido que volaron en el aire, atravesando a los demonios, empalándolos.

Las manos de Lyam se movieron en todas direcciones, como el maestro de una magistral orquesta: guiando a las estalactitas por el

cementerio, deslizándolas entre las tumbas, esquivando los árboles, asesinando a los demonios.

Los demonios recolectores de almas, eran seres arribistas y asquerosos que preferían evitar cualquier confrontación a menos que fuese absolutamente necesario. Uno de ellos, detrás de Lyam, saltó sobre él, mordiéndole el hombro. El galo cayó de rodillas, doblegado con el peso de la criatura, sintió las manos hundírsele en la nieve viscosa y espesa, dándose cuenta hasta entonces de que estaba parado sobre un charco de sangre. Gruñó desenfundado una larga daga, clavándosela al ente en la frente. El demonio cayó pesado a su lado.

Rozó con la punta de los dedos su herida; la sangre brotaba a borbotones. Se colocó en pie con esfuerzo, respirando agitado, con las facciones duras y letales. Recorrió con la vista el foso de muerte a su alrededor; cuerpos humanos y demoniacos apilados por todos lados, derritiendo la delgada nieve con la sangre caliente y burbujeante, mientras la neblina intentaba inútilmente ocultar el horror con su delgado manto.

Sus ojos se toparon entonces con las huellas humanas, descalzas, que trazaban el camino de la huida. Eran huellas rojas sobre la nieve blanca. Lyam aspiró profundamente un par de veces, desenterró la daga de la frente del demonio, y con absoluta determinación corrió detrás de la mujer.

Corrió tan rápido como sus piernas se lo permitieron, débil por la pérdida de sangre, con su herida partiéndolo de dolor.

Las huellas comenzaron a hacerse cada vez menos visibles, la sangre se debía estarse deslavando de los pies de la mujer. «Ella

debe ser Ama, la misma mujer con la que se había encontrado en el puente con Félix, la noche del gato. Un ángel de oro con mortales intenciones», pensó Lyam cansado.

Finalmente, la encontró, se deslizaba más que correr entre las tumbas. Se había adentrado demasiado en el cementerio y las lápidas se encontraban muy juntas, cada una más adornada que la anterior: ángeles, gárgolas, estatuas, mausoleos, quioscos, era difícil seguirla con la vista.

Lyam inhaló sonoramente, tomando su revólver, deteniendo su carrera, apuntándola con absoluta concentración. El disparo resonó entre las tumbas y la nieve en los árboles vibró desprendiéndose de sus cómodas ramas. La bala debió rozar a la fugitiva, quien gritó fúrica, deteniendo su carrera. Se dio la vuelta sorprendiendo a Lyam, aun perfectamente encapuchada, extendió las manos a sus costados, formando una cruz con su cuerpo. Sus dedos centellearon, emitiendo chispas verdes entre la niebla.

La nieve sobre las tumbas se elevó, cristalizándose, formando un muro de hielo, semejante a un grueso cristal, comprimiéndose, hasta que la pared estalló estruendosamente, fragmentándose en miles de diminutos pedazos que se suspendieron por un instante en la nada, antes de expandirse abruptamente en todas direcciones. Una lluvia de agujas de diamante lacerándolo todo. Se clavaron en la nieve, en los árboles, en las lápidas y en Lyam.

El druida alcanzó a acuclillarse, tapándose por completo con su pesado abrigo, formando una negra concha protectora. Que detuvo las finas estalactitas, algunas, sin embargo, lograron atravesar la gruesa capa.

Se colocó en pie, sintiendo los agujones de hielo en sus brazos, muslos y algunos más en su espalda. Inhaló y resopló un par de veces, tomando valor para sacarlos con los dedos temblorosos. Uno a uno los desenterró de sus brazos. En su pierna había un fragmento grande, podía sentirlo derretírsele por dentro, produciéndole un ardor insoportable. Lo tomó con firmeza y buscó sacarlo, el dolor lo hizo gritar en la soledad del cementerio, incapaz de sacarlo se detuvo.

Buscó con la vista a la mujer, sin encontrar rastro de ella, había desaparecido con la lluvia de hielo.

Se dejó caer pesadamente sobre una lápida, fijando los ojos en el fragmento de hielo que torturaba su muslo. Respiró profundamente, tomando nuevamente valor, determinado a sacarlo. Lo sujetó entre sus dedos y con un grito que le destrozó la garganta tiró del hielo sintiendo como le desgarraba el músculo milímetro a milímetro.

—¿Señor Lyam? —La voz femenina fue angelical para su alma torturada—. ¿Se encuentra bien?

Lyam soltó la estalactita y fijó en ella sus ojos. Cecile caminaba hacia él desde el sitio donde había visto desaparecer a la misteriosa mujer. Los huesos se le helaron mientras que el aire se rehusó a entrar a sus pulmones, viéndola hermosa, una visión de blanco, con una capa inmaculadamente blanca, y sus largos y delgados dedos descubrieron su rostro, deshaciéndose de la amplia capucha. Lucía un rostro inocente lleno de preocupación. Los rizos de la joven ondearon largos y dorados con el viento, y el corazón de Lyam se detuvo al verlos.

—¿Señorita Cecile?

—¿Qué le ha pasado? —cuestionó ella colocándose de pie frente a él, analizando su aspecto maltrecho—. Dios mío, parece que se desmayará en cualquier momento.

Lyam al tenerla tan cerca, no pudo contenerse, se colocó en pie y la tomó de la mano atrayéndola hacia él con violencia. Ella se inclinó por el tirón emitiendo un suave grito de sorpresa. El galo la sujetó con rudeza por la muñeca para que no escapase, enterrándole los dedos viscosos de sangre, haciendo chirriar sus delgados huesos; con la otra mano le sujetó el mentón, haciéndola girar el rostro, observando meticulosamente su cabello.

Insatisfecho le puso la capucha, y tragando saliva notoriamente, al verla de aquella forma, soltó su muñeca desabrochando su capa con ambas manos, tan rápido que Cecile apenas tuvo tiempo de dar dos pasos para atrás, mientras su capa caía pesada sobre la nieve ensangrentada.

—¿Qué sucede? —se limitó a musitar Cecile, con su acostumbrada paciencia, aunque sus ojos detonaban un miedo profundo por aquella invasiva acción—. Quiero ayudarle.

Lyam se inclinó gruñendo, apenas soportando el peso sobre una pierna, recogiendo la capa, meciendo la falda de Cecile al mismo tiempo para descubrir sus botines impecables, blancos y relucientes. Se enderezó sacudiendo fuertemente la capa, esperando que la esfera de almas cayese en cualquier instante. Una punzada aguda en su hombro lo paralizó, y la capa escapó entre sus dedos, deslizándose nuevamente sobre la nieve.

Lyam la analizó concienzudamente, con su vestido claro, su piel limpia, sin ninguna mancha de sangre, y sin ninguna herida. Semejante pulcritud inmaculada no era posible para alguien que hubiese estado en medio de una fosa de sangre.

Se topó entonces con sus hermosos ojos, cálidos e intranquilos, llenos de genuina confusión. Sintiéndose terriblemente avergonzado por sus sospechas, sonrojó notoriamente; bajó la vista apenado, y vio la capa de la joven tendida en la nieve, con terribles manchas oscuras donde él la había tocado. Se inclinó para recogerla, y las estalactitas en su espalda lo hicieron gruñir de dolor.

—Oh, Lyam... —suspiró la joven, empujándolo del hombro herido, devolviéndolo a su asiento sobre la tumba.

Lyam no opuso resistencia, el empujón lo desequilibró por completo, y dejó caer su cuerpo pesado sobre el mármol. Cecile sonrió dulcemente antes de dejarse caer de rodillas delante de él, sobre su capa.

El joven galo se dispuso a protestar, desconcertado por su acción, pero, Cecile lo acalló con una mirada firme.

—Tiene suerte de que hoy sea día de visita.

Lyam sonrió de medio lado, sabía que Cecile visitaba cada semana la tumba de su padre. La joven correspondió su sonrisa, y sin advertencia alguna sujetó la estalactita en su muslo, tirando de ella, sacándola de golpe. Lyam gritó brevemente, para después reír entre jadeos, divertido: era una sutil venganza bien merecida por su agresivo recibimiento.

—¿Y, Rowen, donde le ha dejado, señorita?

—Regresó a la abadía, esperaba reunirse con usted antes de que saliese a su guardia esta noche... Usted se le ha adelantado, se sentirá muy decepcionado.

Cecile explicó distraídamente, mientras desgarraba su capa, para vendarle el muslo cuidadosamente. Lyam la observó enternecido, completamente apenado por la pobre prenda. Notando el rojo costroso de sus huellas en la muñeca de la joven, se inclinó despacio, para no asustarla.

—Lo lamento —expresó sinceramente, con su voz tersa, sujetándole la mano con delicadeza.

La dulce joven posó en él sus profundos ojos verdes, estrechando ligeramente sus dedos. Liberando su mano, acarició la mejilla del galo suavemente, quitándole el cabello de la frente, arrancándole una diminuta estalactita incrustada en su piel; deslizó los dedos por su sien, desenterrando otra fina aguja de hielo, y un par más en su pómulo; limpiándole finalmente la sangre de la mejilla con la punta de los dedos.

Lyam la dejó atenderlo en respetuoso silencio, sintiendo como sus dedos recorrían su cuerpo centímetro a centímetro. Desenterrándole finos fragmentos de helado cristal que no se había percatado que tenía. La joven cortó más trozos de su capa y cuidadosamente lo vendó, atendiéndolo afanosamente, con manos ligeras y cariñosas, hasta que la oscuridad se cernió sobre ambos.

—Será mejor que la acompañe a casa, señorita.

Sonrió ajustándole la capa maltrecha y desgarrada a la joven,

abotonándose la mucho más despacio de lo que se la había desabrochado. Cecile rio armoniosamente, dulce y sincera, permitiéndose abrigar por el galante galo.

—Esta noche, señor, yo lo acompañaré a casa.

LA LEYENDA DE GREKAR

Era la segunda semana de primavera y el clima finalmente se mostraba clemente para aquellos que odiaban el frío, como Rowen, quien recibió el calor de la primavera con una alegría y positivismo renovado, lo que en gran parte se debía a la joven sentada junto a él. Cecile y él se habían vuelto inseparables durante el invierno, pasando cada minuto libre a su disposición juntos, aun cuando los deberes de Rowen con la Orden insistían en separarlos, él siempre volvía al amanecer, para recibir el día al lado de su ángel de porcelana.

Esa mañana de domingo, Cecile había despertado con la firme intención de pasar el día fuera de casa, para bañarse con los cálidos rayos de sol. Los tres jóvenes no pudieron oponer mucha resistencia una vez que la vieron cargando una enorme canasta de mimbre rellena con diversos bocadillos que perfumaban deliciosamente la estancia, junto con una vieja botella de vino que asomaba tentativamente de la pequeña manta blanca que diligentemente cubría la canasta.

Llegaron al bosque de *Boulogne* cerca de medio día, ubicándose junto al lago. Lyam extendió diligentemente la blanca manta sobre

el verde pasto a la orilla del lago, donde se podía apreciar el sonido del agua deslizándose a través de la cascada; el musical correr del agua resultaba acogedor y relajante bajo el abrazador y radiante sol de abril. El viento los acariciaba con dulzura, envolviéndolos con su cálida brisa, mientras los cuatro jóvenes degustaban animosamente los abundantes bocadillos ofrecidos por Cecile y bebían la vieja botella de vino, disfrutando tranquilamente de un día libre de obligaciones.

Rowen dio el último sorbo a su copa con vino y sin despegar su vista del hermoso rostro de Cecile, sonrió por algún comentario ácido de Ewan, sabía que el hermano de Cecile, hacía el mejor esfuerzo para recibirlos en sus vidas, pero, ocasionalmente su desprecio se asomaba en un curioso sarcasmo que sacaba de quicio a Lyam. Cecile giró suavemente su rostro con la elegancia que la caracterizaba, sonriendo sutilmente, con la mirada impregnada de emoción y cariño. Envolvió la mano de Rowen con la suya discretamente. La sonrisa de Rowen se difuminó gradualmente conforme sentía los suaves dedos enredarse en los suyos; estrechó sus dedos correspondiendo el gesto, conteniendo un suspiro, aún le resultaban extraordinarias las simples y dulces muestras de afecto que la cándida joven le proporcionaba.

Un delicado mechón rubio escapó del intrincado moño colgante en la parte baja de la nuca de Cecile, volando en su dirección, Rowen lo atrapó cuidadosamente entre sus dedos y con extrema delicadeza lo colocó detrás de la oreja de la joven. Cecile inclinó levemente la cabeza, rozando los dedos de Rowen con su mejilla, ampliando su sonrisa, dulce y seductora, la sonrisa que reservaba sólo para él.

Rowen extendió los dedos despacio, acunando el rostro de la joven en su palma áspera, callosa, férrea, la mano de un guerrero experimentado acostumbrado a usar espadas, dagas y mazos. Cecile le guiñó un ojo, traviesa, girando un poco más su rostro, besando la palma de Rowen con sus tersos labios. Rowen exhaló perdiendo el aliento, deseaba desesperadamente su boca, sentir sus cálidos, carnosos y suaves labios sobre los suyos; besarla era lo único que anhelaba desde la noche en que fue atacado por el demonio, al verla con su delgado camisón pronunciando su nombre, aferrándolo a la vida con una simple mirada, mientras los agujones se removían dentro de él.

—¡Rowen! —Insistió Ewan interrumpiéndolos descaradamente, dirigiéndole una mirada significativa a Cecile—. ¿Cómo es posible?

—Perdona, yo sólo... —titubeó Rowen retirando impulsivamente la mano, carraspeando inseguro, habiendo perdido el hilo de la conversación—. ¿Qué es posible?

—Llevan meses persiguiendo a esa cosa ¿cómo es posible que aún no logren atraparla? —aclaró Ewan frunciendo el ceño, mostrando indignación ante su incompetencia.

—Creemos firmemente que se trata de un ser que se alimenta de almas, come y vuelve a ocultarse —Rowen estrujó los dedos de Cecile aún más entre los suyos—. El problema es que utiliza seres cada vez más poderosos para hacer su trabajo sucio... Lo que me atacó en noviembre no fue una lamia, era algo mucho más poderoso, mucho más.

—¿Seguro de ello? En mi opinión ambos te derrotaron sin esfuerzo alguno —se burló Lyam jugando con su copa, girándola

entre sus dedos, haciendo bailar el rojo líquido en su interior—. Estás perdiendo el toque...

—En mi caso eran demonios, ¿cuál es tu excusa? —replicó Rowen sonriendo ampliamente—. Derrotado con un listón...

Cecile rio abiertamente, acurrucándose en el brazo de Rowen, con los ojos destellantes, divertidos, Ewan dio una mordida a su baguette indiferente a sus bromas, mientras Lyam enrojecía notoriamente, enmudeciendo.

—¿Suelen hacer eso? —Indagó Ewan, dejando el bocadillo a un lado, recostándose sobre el pasto, observando distraídamente las esponjas nubes solitarias que recorrían el cielo—. ¿Quedarse tanto tiempo en un solo lugar?

—Solemos quedarnos mientras nos necesiten —explicó Lyam encogiéndose de hombros, restándole importancia al asunto.

—No, no ustedes... los demonios, ¿suelen quedarse en un solo lugar?

Especificó su duda Ewan, colocando las manos detrás de la cabeza a forma de almohada, denotando su intención de permanecer recostado por el resto de la tarde.

—Hay muchos tipos de demonios y un sin fin de seres mestizos —respondió con la voz aburrida Rowen—, cada uno actúa diferente dependiendo de lo que sea... este enemigo en particular es poderoso y astuto, usa a otros demonios para hacer el trabajo, e invocar y controlar demonios no es cosa sencilla... Ama busca algo.

—¿Qué busca? —se alarmó Cecile pasando sonoramente su

bocado mientras agrandaba los ojos.

Rowen rio conmovido, retirando una migaja de la comisura de sus labios distraídamente, respondiendo con naturalidad, sin darle importancia.

—Lo que siempre buscan cuando son así de poderosos.

—Un Talismán Sangriento.

Musitó Ewan fijado la vista en su hermana, quien palideció alarmanamente, disimulando su contrariedad dando otra mordida a su croissant relleno de jamón y queso, Rowen la observó atentamente desconcertado.

—No hay necesidad de decir cosas tan ridículas, Ewan, no existen, son una vieja leyenda para asustar a los niños elfos para mantenerlos alejados de los humanos —se burló Cecile recuperando su color, como si finalmente comprendiese de lo que hablaban y descubriese lo absurdo de la conversación.

—¿Cómo saben sobre eso?

Se sorprendió Rowen observando penetrantemente a Lyam, cómo si pudiese con sólo una mirada transmitirle todas sus dudas.

—Es una vieja leyenda para asustar a los niños elfos, cuando era niña conocí algunos, y para hacerme saber lo peligrosa que era la Orden druida me contaban la Leyenda de Grekar —explicó Cecile ante la sorprendida mirada de Rowen y Lyam—. Ayúdenme.

Cecile colocó su croissant junto al de Rowen, desocupando su servilleta, comenzando a trocear pasto a su alrededor, arrancando la suave y aromática hierva en diminutos pedacitos, colocándola sobre

la servilleta. Rowen y Lyam la imitaron hasta lograr una sustanciosa montaña de hierba cortada en finos fragmentos. Indiferente a la mirada amenazadora de su hermano, Cecile se colocó de rodillas frente al montón de pasto, abriendo sus manos como si fuese a abrazarlo, pero, sin tocarlo. Cerró los ojos y aspiró profundamente.

—*Feumaidh tu a dhol a dhannsa nàdar* —murmuró suavemente.

Se inclinó sobre el montón de hierba abriendo los ojos inhumanamente verdes, llenos de magia, y sopló. Los diminutos trozos de pasto se elevaron en el aire, danzando delante de ellos, aglomerándose y expandiéndose en pequeñas formas, dibujando sombras etéreas en el viento, esperando la voz de su invocadora: suspendidos en la nada para tomar la forma de su narración.

Ewan refunfuñó sonoramente indignado por la exhibición mágica de su hermana, sin embargo, se enderezó dispuesto a disfrutar del espectáculo, mientras Lyam y Rowen se removían sobre la manta, inquietos, entusiasmados y expectantes.

Cecile afinó discretamente su garganta antes de comenzar el relato, que animaría mágicamente a sus pequeños actores volátiles de pasto.

—Hace cientos de años, antes de que existiera paz entre los pueblos, los humanos eran odiados por los elfos, los duendes, las hadas y toda criatura mágica y demoniaca que caminara sobre la tierra. En esta época de odio y guerra una joven elfa encontró el amor en un guerrero druida, y como fruto de su amor prohibido nació un niño, al que llamarían Grekar: un niño con las habilidades bélicas de su padre y la magia poderosa de su madre. Sin embargo,

los pueblos, que se odiaban entre sí, vieron a este inocente niño como un símbolo de traición.

»Rechazado por ambas naciones se le encomendó su cuidado a una familia humana, con la única esperanza de que tuviese el hogar y el amor que le había sido negado al nacer en tiempos de tanto odio. Pero, su familia adoptiva al notar sus peculiares dotes mágicos, horrorizados de su procedencia e ignorantes de su especial linaje, quisieron asesinarlo.

»El pequeño Grekar, poderoso desde la cuna, asesinó a su familia humana defendiendo su propia vida. Sangre y horror fue lo único que encontró su madre elfa cuando volvió a buscarlo... No hubo rastros del niño, pese a que su madre lo buscó por años, hasta que finalmente, la pena y la culpa cargadas en su corazón acabaron con su vida.

»Grekar, pequeño y vulnerable, debió aprender a esconderse entre los humanos, para que los druidas y los elfos no lo encontrasen, y debió aprender a ocultar su verdadera naturaleza de los hombres para salvar su vida; su destino sin importar el camino, parecía ser la muerte.

»Los años pasaron y el pequeño niño creció para volverse un ladrón y un asesino, un hombre errante sin misericordia en su corazón, acostumbrado a tomar lo que su ambición determinaba. Pasaron los siglos con total indiferencia ante tan despreciable ser, incapaz de envejecer por su ascendencia élfica, y con un corazón corrupto y vacío, un corazón humano; se volvió un hombre peligroso y manipulador capaz de todo. Hasta que un día, como suele pasar con las almas pérdidas y maltrechas, encontró el amor

incondicional de una inocente mujer de corazón puro.

»Se enamoró perdidamente de aquella mujer, quien vio en el algo que el resto del mundo se había negado a ver, y juntos tuvieron tres hijos. Establecieron su hogar cerca de un monasterio de la Orden, donde un viejo erudito druida decidió que Grekar no era una amenaza, que el tiempo de odio entre los druidas y los elfos había terminado mucho tiempo atrás; que las habilidades y conocimientos del mestizo podían ser utilizados para el bien.

»En algún punto, alrededor del año 1500 D.C. estalló la Guerra de Purificación, una matanza salvaje en contra de todo ser mágico y su progenie mestiza; hadas, elfos, brujos, todo era aniquilado. La mayoría de las hadas se recluyeron en los bosques, los elfos volvieron a Ifrista Drassil, pero los brujos no tenían a donde huir. Todos aquellos mestizos hijos de seres mágicos, demasiado humanos para ir a tierra sagrada y demasiado mágicos para ser humanos, fueron asesinados por los hombres.

»La locura cegó a los humanos, y cientos de inocentes comenzaron a morir por su odio ciego; Grekar de inmediato, incapaz de negar su propia naturaleza ambiciosa, engañó al viejo druida ofreciéndole crear cinco poderosos Talismanes que ayudarían a terminar la masacre de inocentes que bañaba el suelo de sangre mágica, en el nombre de la Orden y la fe.

»El joven Grekar, esposo y padre, se recluyó en el antiguo monasterio druida, con su anciano mentor, supuestamente para apartarse de toda energía maligna que pudiese afectar su buena intención.

»Fue en ese lugar maldito donde creó cinco Talismanes con

ingredientes desconocidos y hechizos innombrables, cada uno representando un elemento: tierra, aire, agua, fuego y vida. Se los entregó al Concejo *Sheann*, diciéndoles que dichos Talismanes reconocerían la magia negra, serían brújulas del poder maligno, para que de este modo no hubiese más derramamiento de sangre inocente, sólo perversa o demoniaca. Se escogió de entre los druidas a cinco portadores dignos de su creación, y los elegidos cabalgaron por la tierra en sus caballos infernales arrasando con toda amenaza que su Talismán determinaba. Nadie pudo haber imaginado lo que los Talismanes harían a los elegidos, ni en lo que se convertirían. Los druidas llamaron a esta época de terror y masacre la Purificación Sagrada... Los hijos de la noche la llaman la Purificación Sangrienta. Cientos de seres mágicos fueron asesinados por los Elegidos.

»Los Talismanes identificaban todo tipo de magia y la exigían, corrompiendo a sus portadores. Los Elegidos se volvieron seres malignos que dejaron de diferenciar entre el bien y el mal; comenzaron a exigir sangre y magia de modo sanguinario, enloqueciendo de poder. Mientras las almas de los asesinados eran absorbidas por los Talismanes, las reliquias se cargaban de poder y los elegidos se volvían cada vez menos humanos. Al final, eran demonios sanguinarios e imparables, conocidos como los Devoradores de Almas.

»Grekar viendo que sus creaciones ya habían sido cargadas con suficiente poder, tanto que no podría consumirlo en cien vidas, decidió recuperar sus Talismanes, que para entonces ya eran llamados en el mundo mágico: los Talismanes Sangrientos. Apeló a la salvaje ambición de uno de los Elegidos, el portador del Talismán

de la tierra, convenciéndolo de cazar juntos a los portadores y coleccionar las cuatro reliquias faltantes. El mestizo asesinó al último de los Elegidos quedándose con los cinco Talismanes.

»Eventualmente, con ayuda de su viejo amigo druida, atraparon a Grekar y lo tomaron prisionero. Se le marcó el símbolo sagrado de traición en la frente, lo que debía sellar sus poderes, y creyéndosele incapaz de realizar magia se le encerró en un lugar secreto apartado del mundo.

»Los ancianos quisieron destruir sus creaciones, pero los Talismanes, bañados en demasiada sangre mágica y cargados con cientos de almas inocentes y demoniacas, resultaron excesivamente poderosos y le fue imposible destruirlos. Las reliquias estaban colmadas con un poder y una maldad incontrolables que carcomían a todo ser con que tuviesen contacto, volviéndolos en monstruos imparables, hambrientos de sangre y poder.

»Finalmente, con ayuda de los elfos purificaron los Talismanes y los fragmentaron en diminutos pedazos para esconderlos alrededor de la tierra. Todos, excepto uno, el Talismán de la Tierra. El que había pertenecido al druida que asesinó a sus compañeros; bañado con sangre druida corrompida, se había vuelto una reliquia tan maligna que fue imposible purificarla por completo y no lograron fragmentarla, por lo que se vieron obligados a esconderlo entero.

»En cuanto al inmortal hechicero, escapó de su encierro, regresando a casa con su esposa y sus hijos, sólo para encontrarlos muertos; habían sido asesinados por los druidas en un acto de crueldad pura. Enloquecido por el dolor y la ira, Grekar se recluyó, planeando su venganza.

PERLAS ARCOÍRIS

El dulce aroma de las flores perfumaba las transitadas calles de París, mientras la suave y cálida brisa de mediados de primavera hacía bailar grácilmente las decenas de listones, que las jóvenes usaban para adornar sus esponjosos rizos o sus ligeros vestidos, reservados para pasear los fines de semana con sus familias o sus pretendientes. Entre el incontable número de parejas paseando en la ribera del río, caminaban relajadamente Cecile y Rowen.

Cecile sujetaba del brazo a Rowen cariñosamente, él cargaba una enorme canasta con decenas de rosas, orquídeas y lavandas, cuya esencia embriagadora los envolvía en una aromática y delicada manta primaveral.

Era la primera ocasión que salían de paseo solos desde que Ewan le permitiera a Rowen cortejar a Cecile. Ewan había amanecido con una molesta y extraña alergia que lo obligó a permanecer en casa, permitiéndole a Rowen llevar solo a Cecile al mercado de las flores al norte de la Isla de la Cité.

Pasearon por los estrechos pasillo del mercado disfrutando de la inmensa variedad de flores y su infinidad de aromas, que se

mezclaban entre sí para formar una única y exótica fragancia. Después de recorrer las tres naves alargadas dispuestas en paralelo, fabricadas de hierro, madera verde y cristal, decidieron dar un paseo a la orilla del Sena.

Repentinamente Cecile se detuvo soltando del brazo a Rowen, observando absorta la inapropiada exhibición de afecto de una pareja que se besaba pasionalmente a la orilla del río. Un colorido rubor durazno pigmentó sus mejillas grácilmente, y sin apartar la vista del indecoroso espectáculo exclamó de golpe.

—¿Crees que un día podré ser esa joven?

Rowen giró curioso, siguiendo la mirada de Cecile, agrandando los ojos sorprendido al ver a la pareja besarse descaradamente unos instantes, antes de separarse: la joven de rojo rizos sonrojó exageradamente, cubriendo su boca con las manos, en un vano intento de conservar el beso; el joven sonreía ampliamente y sin pudor alguno abrazó a la joven, envolviéndola fuertemente entre sus brazos. Rowen notó la sangre hirviendo subirle a la cabeza, anunciada por un intenso silbido que lo ensordecía momentáneamente.

Estaba acostumbrado a convivir con hadas, elfos y duendes, entre otras criaturas mágicas extraordinariamente libertinas, exhibicionistas y sensuales, por lo que una demostración de afecto tan inocente como esa, era un juego de niños en comparación con lo que había llegado a presenciar con los hijos de la noche. No fue el beso lo que lo alteró de ese modo, fue la expresión de añoranza de Cecile: «ser esa joven».

—Respira.

Los carnosos labios de Cecile le rozaron el lóbulo de la oreja en un tenue murmullo que lo obligó a cerrar los ojos para ocultar el deseo que lo invadió sorpresivamente, estando tan absorto en sus pensamientos, no se había percatado de su proximidad

—No es del beso de lo que habló —atajó Cecile de un modo cortante, completamente extraño en ella.

—Es una pena, eso es algo en lo que te podría complacer —sonrió Rowen maliciosamente, recuperándose de su impresión, tranquilizado por sus palabras.

—Eso es algo en lo que me podías complacer... ¿y el resto? —cuestionó Cecile dando un paso atrás, herida, con el dolor reflejado en su rostro.

—¿El resto?

Rowen escrudiñó confundido el rostro de Cecile, apreciándola radiante e inocente, mordiendo su labio inferior con un extraordinario brillo en sus ojos, refulgiendo de dolor.

—Ella tiene una vida feliz y digna, sin tener que estar preocupada por su amado cada día y cada noche, preguntándose siempre al amanecer si él volverá... ¿Acaso no merezco yo también esa clase de paz después del sacrificio de mis padres? —Sin percatarse Cecile fue subiendo su tono de voz, con las palabras llenas de pasión—. Quiero ser esa joven, la mujer por la que un hombre dejaría todo, por la que el mundo se detiene desvaneciéndose en un instante sólo para amarla libremente.

Rowen la observó en silencio, con el rostro inexpresivo. Una parte de él buscaba descifrar el significado de las palabras con las

que desesperadamente había expresado una firme opinión, que claramente la había estado carcomiendo lentamente desde hacía tiempo. Podía notarlo en la intensidad de su mirada, en sus labios temblorosos e hinchados por la mordida, además de su respiración agitada, pero, su mente no podía pasar más allá de “su amado” repitiéndose en un adorable eco que se resistía a desvanecerse de su conciencia.

Cecile al observar el rostro inmutable de Rowen se cubrió el rostro con ambas manos, avergonzada por su arrebato, y aún más por la falta de reacción de su interlocutor.

El galo sonrió inusualmente dulce, conmovido. Habían pasado meses desde la primera vez que la viera, dulce y sensual, radiante con una luz propia que pareciera no necesitar del sol para existir, y habían pasado varias semanas desde que se descubriera a sí mismo enamorado de ella. Fue la incertidumbre de no ser plenamente correspondido lo que lo frenó desde el primer instante, de no saber si ella lo amaba a él con la misma intensidad o sólo quería una parte del mundo de sus padres de vuelta a su vida y, ahora lo sabía, no quería nada de ese mundo, nada más que a él, y él estaba dispuesto a dejarlo todo por ella.

—Tal vez en otra vida podre ser esa joven —se resignó Cecile murmurando entre sus manos—, la joven por la que un guerrero dejaría de luchar, la joven por la que a un druida dejaría de exigirle sangre su corazón... En otra vida.

Rowen sintió su corazón estrujarse de dolor, reclamando la verdad, su corazón no exigía sangre, suplicaba amor; su amor cándido y dulce.

Dejó la canasta con flores en el piso junto a él en un movimiento deliberadamente lento, prolongando el momento, armándose de valor. Se acercó a ella despacio, sujetando las delgadas y tiernas manos entre las suyas, colocándolas sobre su pecho, sobre su corazón.

Cecile lo observó confundida con la emoción reflejada en su rostro, sus luminosos ojos de jade fijos en él. Con sus labios rojizos la joven dibujó una seductora y sutil sonrisa que provocó en Rowen un placentero escalofrío que erizó cada vello de su cuerpo. Un infinito vacío se creó en el vientre de Rowen al notar el anhelo en la expresión de Cecile. Aquel deseo lo animó a dar el último paso hasta ella, pegando sus dorsos.

Se inclinó lentamente sin separar las miradas, deteniéndose a unos centímetros de sus labios, sintiendo su respiración acariciarle la boca con cálida delicadeza.

—Jamás serás esa joven Cecile... Jamás serás ordinaria. El mundo nunca se desvanecerá a tu alrededor, porque tú lo iluminas y lo llenas de vida —declaró Rowen—. Eres sin duda la mujer por la que dejaría todo, toda mi vida, todo lo que he sido y lo que soy... Cecile, todo mi ser te lo entrego.

Los ojos de Cecile brillaron, emocionada y enamorada. Elevó los talones para unir sus labios a los de Rowen tímidamente. Se besaron tierna y delicadamente, fundiendo sus bocas en un dulce beso que marcaría a Rowen para siempre.

La opresión en el pecho de Rowen se desvaneció con el candor de sus labios. El nervioso temblor de sus rodillas se estabilizó brindándole seguridad al saberse correspondiendo, llenándolo de

fortaleza para cuidar de ella por siempre. Todo anhelo de sangre, batallas y odio se fundieron en su corazón, llenándolo de paz; sintiendo verdadera tranquilidad en su alma por primera vez en su vida adulta.

Sus labios se movieron suavemente entrelazando amorosamente sus bocas.

Rowen incapaz de desprenderse de su boca ahora que por fin la poseía, soltó sus manos para sumergir los dedos en sus adorados rizos de oro. Sintió las firmes manos de Cecile abrazarlo por debajo de la gabardina, pegando aún más sus cuerpos. Rowen gimió de placer en la sensual boca de Cecile, aferrándose a ella con una mano en la nuca y la otra en el centro de su espalda, arrugando la tela bajo su palma, enterrando los dedos en su tierna piel. Cecile exhaló contra sus labios, enloqueciendo a Rowen de placer, intensificando el beso hasta quedar ambos sin aliento.

Las gotas de lluvia resbalaron por las mejillas de Rowen devolviéndolo a la realidad, separando sus labios de los de Cecile; apoyó la frente en la de la joven, ambos con la respiración agitada. Inhaló profundamente su aroma, embriagándose con la exquisita esencia de lavanda, canela y vainilla, dejando que la suave brisa los refrescara apacible. Abrió los ojos, sorprendiéndose gratamente al encontrarse con Cecile viéndolo intensamente, con una mirada radiante y sumamente expresiva.

Le envolvió las tiernas mejillas durazno con las manos, incapaz de separarse de ella por el temor al innegable vacío que dejaría en sus brazos.

Los gritos aterrorizados lo hicieron girar impulsivamente,

tomando de la mano a Cecile, colocándola de un tirón detrás de él, protegiéndola instintivamente. La gente corría despavorida a su alrededor, huyendo de la ribera, mientras que las personas que eran demasiado lentas eran atacadas por grotescos demonios. A unos pasos de ellos uno de los demonios monstruosos sujetaba a un hombre robusto por el cuello, royendo su hombro, escurriendo sangre de entre sus afilados colmillos.

Rowen observó el cielo, era sólo una nube aventurera que atravesaba el cielo mientras el sol permanecía radiante sobre ellos, aún faltaban un par de horas para el anochecer y, sin embargo, tenían la osadía y la habilidad de atacar de día en un lugar sumamente público. Apretó inconsciente la delgada mano entre sus dedos, haciendo rechinar los huesos bajo su presión, pero Cecile no se quejó.

—¡Carajo! —espetó Rowen angustiado.

—¿Son demonios *scorpionaibh*? —Cecile tembló—. ¿Cómo es posible, el sol...?

—Alguien debe estar protegiéndolos —confirmó Rowen caminando hacia atrás, empujando a Cecile detrás de él, escondiéndola.

—Rowen... —Cecile se liberó del doloroso agarre del galo, sujetándose de sus hombros, comprimiendo la gabardina con fuerza en sus temerosos puños—. Rowen, son demasiados.

—¡Chist!

La instó Rowen, metiendo las manos en la gabardina, sacando dos largas dagas, empuñándolas con desesperación sin detener su

retroceso.

—Rowen, la última vez fue sólo uno, y casi te mata —insistió Cecile horrorizada, viendo como una decena de demonios masacraban a las personas a su alrededor.

—No dejaré que nada te pase.

Prometió intensamente Rowen. Cecile suspiró sonoramente deseando creerle, repentinamente se frenó con firmeza provocando que Rowen chocara contra ella.

—Las flores.

Señaló Cecile caminando en dirección a la canasta olvidada, Rowen incrédulo la sujetó de la muñeca con presteza para devolverla a su lugar detrás de él.

—Te compraré más.

Cecile dio un grito ahogado al ser arrancada del piso, mientras Rowen cerraba la mano automáticamente, sintiendo como escapaba entre sus dedos; dio la vuelta lanzando una de las dagas, acertando en la frente del demonio que dejó caer a Cecile. Rowen extendió los brazos para atraparla y mantenerla en pie, escrudiñando su rostro en busca de una señal de dolor, sintiendo repentinamente el piso desvanecerse bajo sus pies. El aire escapó de sus pulmones al ser fuertemente oprimido su pecho por dos mortales garras, vio los punzones salir de las muñecas del *scorpionaibh* para enterrarse en él. Se le escapó un grito de dolor al sentir que los agujones entraban en su pecho, y desgarró el cuello del demonio con la daga. La morada y viscosa sangre bañó su gabardina.

Cecile tomó su mano ayudándolo a colocarse en pie, tirando de él para comenzar a correr, cuando su agarre fue roto por una enorme manaza que se enroscó sobre la cintura de Cecile, elevándola con violencia, arrojándola a los brazos de otro demonio cercano que la recibió con un grotesco gruñido. La sangre de Rowen se heló en sus venas, maldiciéndose a sí mismo, viéndose incapaz de mantenerla a su lado. El demonio abrió su feroz boca, sonriendo hambriento antes de encajar los dientes en el hombro de Cecile, desgarrando la fina tela de su delicado vestido, enterrándose profundamente en su tersa y suave piel, obligándola a gritar.

Rowen lanzó la daga con determinación.

El galo profirió un grito de horror, llamándola al verla caer aplastada por el *scorpionaibh* vencido; corrió velozmente con el corazón desbocado alojado en su garganta, encaramándose sobre la grotesca masa negra que aprisionaba a Cecile. Giró al ente para liberar a su amada, quien se quejó alarmantemente, opacando el escalofriante sonido de su piel al desgarrarse con las dos hileras de dientes que aún se aferraban a su hombro. Rowen abrió la mandíbula del ente desesperadamente con las manos, cortando sus dedos con los afilados colmillos, liberando a Cecile. La joven herida se colocó en pie buscando algo a su alrededor, jadeando adolorida.

Rowen clavó la vista en la escalofriante herida sangrante de su hombro, sin poder evitar una punzada de culpa, rozó la herida con la punta de los dedos, buscando en vano las palabras para reconfortarla, y entonces, un pinchazo atravesó su espalda como una daga candente, le habían incrustado otro aguijón; giró con el arma empuñada dispuesto a pelear por sus vidas.

Saltó sobre el *scorpionaihb* con los brazos sobre la cabeza para tomar vuelo, pero el demonio esquivó el golpe mortífero, dando un alarido triunfal arremetiendo contra Rowen, quien ágilmente saltó de nuevo sobre el ente, girando en el aire, para tomarlo con sus piernas por el cuello y derribarlo al piso; el demonio azotó sonoramente aún atrapado por sus muslos. Rowen de rodillas le enterró la daga en la frente, aniquilándolo.

Sin demora persiguió a Cecile que corría hacia las flores; la llamó por su nombre estirando el brazo para detenerla, rozándole apenas los dedos cuando una enorme garra impactó en su torso, desgarrando la piel antes de aventarlo varios metros lejos de ella. Rowen se colocó en pie trabajosamente sujetándose las costillas, presionando la herida que le dificultaba respirar, jadeando sonoramente; su cuerpo estaba lleno de heridas y agujones, sin embargo, sólo podía pensar en salvarla. Sin detenerse a tomar aliento, volvió a buscar a Cecile para retornar a su lado.

La localizó a la distancia, arrodillada frente a la canasta de flores, arrancando velozmente los pétalos con sus largos dedos. Un demonio se abalanzó sobre ella, y Rowen suspirando, pero sin titubear, lanzó su única arma con presteza al demonio, acertando en el centro del pecho. Cecile vio al demonio caer junto a ella, y tomando la daga, dirigió una sonrisa agradecida a Rowen. Vio sus dulces labios moverse mientras se cortaba la palma de la mano, bañando los pétalos con su sangre.

El grupo de entes la rodeó con codicia en sus grotescos ojos, y Rowen la percibió indefensa en medio de los demonios, con su ligero vestido blanco arrodillada frente a la canasta de flores. Ella

elevó las manos al cielo y a sus largos brazos se adhirieron las gotas de agua que atrapaban la luz del sol, volviendo cada gota en perlas arcoíris que mágicamente adornaban su blanca piel.

El pecho de Rowen punzó dolorosamente; sintió claramente su corazón golpear su esternón deseando escapar de él y unirse frenéticamente al de ella.

Los oscuros entes la envolvieron ocultando su luz como un temible eclipse solar, dejando a Rowen en desolada oscuridad.

Sin detener su carrera, desesperado, suplicando llegar a tiempo, su pecho punzó nuevamente con un brillo azulado que escapó tenuemente de su cuerpo por una fracción de segundo. Plantó con firmeza su pie derecho en el piso para impulsarse, brincando sobre el círculo de entes, sólo para salir impulsado en sentido contrario, lejos de su objetivo, con una estela luminosa verde ondeando en el viento a su alrededor, y decenas de pétalos flotando, adhiriéndose a los demonios y quemándolos, como si en lugar de ser frágiles y delgados pétalos fuesen agresivas gotas de ácido corroyendo el mal. Los demonios *scorpionaibh* caían en todas direcciones, impulsados por la misma onda protectora que lo había lanzado a él varios metros sobre el aire, lejos de Cecile.

Rowen se colocó de rodillas trabajosamente, sus heridas escocían, y la respiración se le dificultaba enormemente, lo que le indicaba la fractura de algunas de sus costillas, sin embargo, apretando la mandíbula tan fuerte que sus dientes rechinaron, se obligó a colocarse en pie, buscando a Cecile.

Ella caminaba hacia él, con los ojos imposiblemente verdes, eran dos gemas preciosas que reflejaban su magia interior, revelando su

verdadera naturaleza. Un aura de pétalos flotaba a su alrededor mientras caminaba entre los aterradores demonios que se retorcían bajo su hechizo.

Jamás le pareció más inhumana, ni más hermosa.

LA PROMESA

La cálida y reconfortante luz del sol acarició su mejilla, sintiendo el candor en su piel de inmediato, mientras un rojo vivo, casi naranja, se dibujaba en sus párpados cerrados, haciéndole saber que había amanecido. Aspiró lentamente sin forzar sus pulmones, disfrutando del delicado aroma a lavanda que impregnaba su nariz con naturalidad.

Le llevó un par de minutos decidirse a abrir los ojos, y al hacerlo se topó con la perspicaz y dura mirada de Ewan clavada en él. Defensivamente quiso ponerse en pie de un salto, pero el sofocante y penetrante dolor en su pecho le recordó sus costillas rotas; Requirió de un par de exhalaciones para darse cuenta de que había un cálido peso sobre él.

Cecile lo abrazaba con ternura, recostada junto a él, aferrándose a su hombro, con la cabeza apoyada en su pecho, y la cálida y suave cortina de rizos dorados lo envolvían más delicadamente que una manta de seda. Instintivamente la abrazó, pegándola más a él.

Recordó entonces cómo Cecile lo había protegido y lo había arrastrado por media ciudad, hasta su casa, donde limpiaron y

vendaron sus maltrechos cuerpos mutuamente, hasta que ambos se habían quedado dormidos, acurrucados sobre un enorme y viejo sillón deslucido.

Ambos temblaron toda la noche a causa del veneno en sus torrentes sanguíneos, aferrándose con sus frágiles dedos uno al otro, inmovilizados por los vendajes, abrazándose amorosamente.

—Te salvó la vida, Rowen —habló finalmente Ewan, con voz lastimera—. ¿Sabes a qué costo? —Rowen negó con la cabeza, incapaz de apartar la vista de la dulce joven que descansaba en sus brazos—. Cada vez que hace magia un pedazo de su alma humana muere, un ridículo hechizo para animar la naturaleza o hacer levitar cartitas de amor no significan nada, pero... lo que hizo ayer...

—No puedes culparme. —La voz de Rowen tembló al recordar la impotencia mientras la arrancaban de su lado una vez tras otra, atacándola—. Paseábamos por la ribera del Sena cua...

—¿Ese es el problema, cierto? —lo atajó secamente Ewan.

—Jamás la pondría en peligro deliberadamente.

—¡Eres un *Datayia*! —sentenció Ewan sin miramientos—. Eres un Condenado entre los Condenados, un imán de lo maligno... Ella siempre estará en peligro a tu lado.

La mandíbula de Rowen se tensó rechinando sus dientes, incrustó los dedos en la tierna piel de la joven. No se atrevió a ver a Ewan a la cara, sabía que tenía razón. Observó largamente a Cecile, tan pura e inocente, y sus pensamientos vagaron instintivamente hacia Lyam, siempre sonriente con sus ojos olivos destellando alegres, emanando paciencia por cada poro de su cuerpo, siempre a

su lado. Sintió su alma desgarrarse entre ambos; la mano de Cecile lo estrujo con fuerza, aferrándose a él aun en sueños. Ella suspiró contra su pecho desnudo, y entonces, toda duda se disipó.

Después de aquello se hospedó en el diminuto cuarto de Ewan con su bendición, y no regresó al monasterio.

La campanita tintineó frágil y musical cuando Rowen cruzó la puerta blanca, jugando con una llave en su mano derecha y cargando una bolsa de papel meticulosamente cerrada en la otra mano. Sonrió al sentir el frío aire refrescarle las mejillas, el calor de los hornos le resultaba asfixiante. Se sobresaltó abruptamente al percatarse de la regia figura de cabello cobrizo y amenazante vestimenta, sentada en una de las delicadas sillas, leyendo un grueso libro tranquilamente.

—¿Qué debe hacer un hombre aquí para que le ofrezcan una taza de café? —exclamó con naturalidad Lyam sin apartar la vista de su lectura.

—¿Cómo has entrado? Justamente me disponía a abrir la...

Rowen se detuvo ante el absurdo de su propia pregunta, dejando la pequeña llave en el mostrador junto con la bolsa. Lyam sonrió ampliamente, cerrando el libro elevó la vista. Su sonrisa se esfumó cuando posó los ojos en su amigo, viéndolo cubierto de vendajes y cortadas visibles en manos, y rostro.

—¿Qué demonios...?

—*Scorionaibh*, decenas de ellos.

Apenas hubo dicho aquello Lyam ya estaba junto a él analizando sus heridas. Rowen suspiró, relajando sus facciones, dejándose revisar paternalmente por su amigo; observándolo con ternura.

—Estoy bien, Ly —lo tranquilizó.

Su amigo lo sujetó del mentón con excesiva fuerza, haciéndole girar el rostro para inspeccionarlo de lado a lado. Finalmente, satisfecho, lo soltó, entrecerrando los ojos lo observó atentamente.

—Discúlpame por no venir antes, no sabía...

—Ly... —El corazón de Rowen se estrujó dolorosamente lleno de culpa al ver a su amigo tan agobiado—. Sabía que vendrías eventualmente, confiaba completamente en ello.

Lyam empujó a su amigo al pasar a su lado, tomando la bolsa de papel café sobre el mostrador, abriéndola con total desinterés como si no hubiese escuchado palabra alguna. Su rostro se iluminó cuando el delicioso aroma de pan caliente y salado escapó de la bolsa, y llevándola a su rostro hundió la nariz, olfateando profundamente con los ojos cerrados. Introdujo la mano y sacó un esponjoso *fougasse* espolvoreado con queso mozzarella, cebolla picada y aceitunas rebanadas.

Rowen elevó la mano con la intención de detenerlo, encogiéndose de hombros al ver como su amigo daba un gran mordisco a la hogaza. Lyam fijó en él su mirada con absoluta calma; interrogándolo en silencio mientras saboreaba el pan hurtado.

Rowen balanceó su peso de un pie a otro, comprendiendo su mirada demandante.

—Paseábamos por el muelle después de visitar el mercado, cuando decenas de demonios atacaron la ribera —explicó Rowen sintiendo un escalofrío recorrer su columna—. Fue un ataque deliberado, buscaban provocarme, lo sé.

Lyam tragó audiblemente su bocado, agrandando los ojos.

—Rowen, no habrás...

—Cecile los aniquiló a todos —declaró Rowen con una mezcla de orgullo y culpa—. Debí ser yo quien la protegiese, pero, ella...

—¿Cómo? ¿Cómo los aniquiló a todos? —cuestionó Lyam con voz tensa, incapaz de ignorar las dudas que lo invadían—. ¿Quién es está gente? ¿Quién es ella?

—No... no lo sé, los aniquiló con un hechizo. —Bajó la mirada igualmente confundido—. Alguna clase de hechizo de purificación con pétalos...

—Necesito que te escuches ahora mismo —masculló insistente Lyam, acercándosele para que no los escuchasen—. ¿Me estás diciendo que una druida pérdida, completamente inocente y ajena al mundo de la magia, tiene la habilidad de acabar con decenas de demonios *scorpionaibh* con pétalos? ¿Acabó con decenas de demonios con flores, Rowen!?

—Lo hizo por protegerme.

Rowen se cuadró de hombros, ansioso ante las preguntas.

—Y estoy muy agradecido, lo juro, no sé qué haría si tú... Pero, necesito saber cómo es que ella es capaz de semejantes cosas. —Lyam titubeó—. He visto a Ama, Ro, y ella...

—¡No seas ridículo!

Lyam cerró la mandíbula de golpe rechinando las muelas, mordiendo el interior de sus mejillas; entrecerró los ojos, viéndolo con protectora rudeza.

—La conoces, no seas tan tercamente objetivo, Ly, ella es maravillosa, lo sabes, olvídate de tus sospechas.

—Tú estás siendo ingenuamente subjetivo, Ro.

El queso brotó del pan tibio cuando Lyam señaló con la hogaza a su amigo acusadoramente, haciendo saltar un par de aceitunas al piso. Lyam suspiró, y maldiciendo entre dientes, dio otro bocado, cerrando los ojos, disfrutando de su comida.

—Qué esto sepa delicioso no quiere decir que lo apruebe —indicó Lyam en tono molesto, dando una tercera mordida al *fougasse*.

—¿¡No lo comprendes!?! ¡Me salvó! ¡Me salvó de los demonios! — El galo palideció notoriamente—. Me salvó de mí mismo.

—Rowen, debes al menos preguntarte quienes son —insistió Lyam en un tono más calmado—. Quedan muy pocos druidas puros con la capacidad de hacer magia, y son menos aun los que son capaces de realizar un hechizo de tal nivel, y si ella es una mestiza... ¿qué clase de mestiza posee tanta magia?

—Cuando la veo, en lo único en que puedo pensar es en lo hermosa que es, lo maravillosa, lo dulce, tierna, e inocente... Y, pienso lo feliz que me hace y lo cerca que estuve de perderla. No puedo ponerla en peligro de nuevo, lo siento, Ly, no puedo. — Rowen se enderezó lleno de decisión, con los ojos ardientes

irradiando pasión—. No volveré a la abadía, he decidido dejar la Orden.

Lyam aspiró profunda y lentamente, sin inmutarse, analizando sus palabras una por una, por un par de perturbadores minutos en absoluto silencio.

—Escuchó lo que me dices y comprendo lo que sientes —expresó Lyam, y los hombros de Rowen se relajaron al escucharle—, sin embargo, me veo obligado a decirte que, no puedes desertar de este modo, has hecho un juramento de sangre, una promesa irrompible.

—No me importa la Orden, no temo al Concejo —confesó Rowen hastiado sólo de pensarlos.

—¡Al diablo con ellos! Hablo de mí.

El dolor en la voz de Lyam fue tan real y sincero que Rowen pudo sentirlo en su propia piel, erizándole cada poro de su ser, e incapaz de sostener la mirada acusadora y llena de dolor de su amigo, bajó la vista respirando pesadamente.

—Eres lo único que tengo, Ro. —Lyam lo tomó de la muñeca elevándole la mano para mostrarle la cicatriz casi invisible en su palma izquierda—. Lo prometiste, no tienes permitido abandonarme. ¿Acaso no he cumplido con mi parte? Soy quien soy, y soy lo que soy, por ti...

—Ly, yo...

Rowen se removió en su sitio, buscando las palabras correctas para hacerle comprender. Lyam aspiró profundamente percibiendo la angustia de su amigo.

—Abandonaré la Orden contigo —decidió finalmente Lyam sonriendo radiante, como si aquello lo resolviese todo.

—El Concejo no te lo permitirá —señaló Rowen, sintiéndose extrañamente aliviado al escucharle esa declaración.

—¿Y, a ti sí? —refutó bufando burlón—. Eres odioso y te detestan, pero les perteneces.

Siguiendo su impulso, en contra de su naturaleza dura y sobria, Rowen lo tomó del brazo para atraerlo hacia sí, abrazándolo fuertemente. Los brazos de Lyam colgaron laxos a sus costados, completamente anonadado contra el firme cuerpo de su amigo.

—Me importas, Ly, siempre me has importado, desde el día en que me salvaste la vida por primera vez, e hicimos aquel juramento: eres mi hermano. —Lo tomó de los hombros para alejarlo lo suficiente para poder verle a la cara—. Todos estos años has sido el único que... cada día hubiera dado mi vida por ti, y sólo por ti. Tú me mantuviste con vida en todos los sentidos, hasta que...

—Hasta que ella apareció. —Lyam sonrió conmovido por la intensidad de su discurso—. Yo quiero verte feliz. —Sonrió depositándole una mano en el hombro, cariñosamente—. Estoy harto de ver tu cara amargada todo el tiempo, y de tu actitud temeraria y suicida, es difícil cuidar de quien nada teme, de a quien nada le importa y de quien nada tiene que perder. —La sonrisa de Lyam fue radiante—. Honestamente, Rowen, eres una carga demasiado pesada para mí... ya está, ya lo dije.

Elevó las manos a modo de disculpa, sacudiéndolas en el aire como si efectivamente se hubiese desecho de una carga

excesivamente pesada, estallando en una alegre carcajada.

Rowen lo observó reír un instante, con sus ojos grandes reflejando la luz en sus iris de olivo con una sonrisa tan sincera que le estrujó el corazón.

—Señor asesino, ¿te perdiste en el camino? —Lo llamó Cecile entrando a la cafetería, haciendo sonar la campanita—. Oh, señor Lyam, muy buenos días, me alegra verle, Rowen le ha extrañado enormemente, ¿desea que le traiga una taza de café caliente?

—Finalmente, hasta que alguien me ofrece un café.

Lyam sonrió, saludándola con una ligera reverencia cortés, dando el último mordisco a su pan. Los ojos de Cecile viajaron de sus labios a la bolsa de pan sobre el mostrador, y después a Rowen, sonriendo en complicidad.

—Se suponía que llevarías ese pan al señor Lorian —lo regañó gentilmente.

—¿El señor Lorian? —cuestionó Lyam sinceramente divertido, notando el azoramiento de su amigo.

—Es un señor, bastante anciano, que no tiene a nadie en este mundo... vive solo en una casucha a unas calles de aquí y... tiene un par de días enfermo, Cecile lo visita cuando puede... últimamente... yo le llevo algo de pan cada mañana —balbuceó Rowen sin atreverse a verle a la cara, bajando el tono de voz cada vez más, haciendo casi incomprensibles su explicación.

—Ya veo.

Fue toda la respuesta de Lyam, observando a los enamorados con

intensidad, clavando su mirada pensativa en ellos.

—Empacaré más pan y preparé el café.

Cecile le sonrió amable y cándida, y sin decir más dio la vuelta. Lyam notó el modo en que sus dedos acariciaban la mano de Rowen al pasar a su lado, y la forma en que las pupilas de él se agrandaron brillantes, irradiando felicidad. Lyam sintió su pecho hincharse de alegría por su amigo.

—Tomaré esta bolsa —indicó Lyam haciéndose con la bolsa de papel—, me sentaré en esa mesa, beberé mi café y continuaré leyendo mi libro sobre árboles genealógicos druidas, devanando quienes son estos hermanos.

—Ly, ¿qué pasará con Ama?

Rowen pasó saliva, no deseaba pedirle que saliese en busca del peligro, pero era un asunto que no podía quedarse sin resolver, no podían dejarle toda la responsabilidad a Normand.

—La asesinaré, eventualmente. Anda por mi café.

TRISTÁN Y DEIDE

La densa oleada de calor que azotaba París se encargó de vaciar las calles, obligando a las personas a buscar refugio en las refrescantes sombras de sus hogares y los jardines, ansiando sobrevivir al asfixiante calor del verano. La temperatura había aumentado drásticamente en la última semana, lo que redujo notoriamente la actividad en la ciudad, paralizada por una indeseable temperatura alta.

Sin embargo, esa tarde la fresca brisa que acompañaba la puesta de sol se esforzaba en calmar a los sufridos parisinos prometiéndoles el final de esa oleada de calor.

La suave brisa entraba por la puerta principal de *Le Café* aminorando significativamente el abrumador calor avivado por la parte trasera de la panadería. Hacia un par de horas que Ewan había apagado los hornillos, pero la onda caliente que recorría la ciudad insistía en volver en un gigante horno el pequeño establecimiento, volviéndolo casi imposible de frecuentar.

Incluso Ewan se había mostrado entusiasmado por la ayuda de los druidas, enseñándoles a hacer ciertos tipos de panes para poder

apagar los hornos temprano. Una vez que terminaban de hacer las piezas de pan necesarias para el día, Ewan se sentaba relajadamente en el balcón superior de su hogar en una diminuta mesa de la cafetería predispuesta con dos sillas, una para él y la otra para Lyam, donde pasaban las tardes jugando cartas, fumando puros y criticando a los transeúntes con sus ligeras ropas maldiciendo el clima.

Rowen y Cecile atendían el negocio como si fueran una vieja pareja casada que se había dedicado a eso toda la vida.

Para el joven galo resultó increíblemente sencillo adaptarse a la vida hogareña al lado de su amada. No realizaron ningún acuerdo de forma explícita, ni se hicieron promesas ni cuestionamientos sobre el futuro, sencillamente aceptaron el sentimiento que los unía y llenaba de felicidad a ambos, dejándolo florecer finalmente en un ambiente seguro y acogedor.

Los ataques habían cesado por completo en la ciudad después del hechizo de purificación de Cecile, que les había salvado la vida, lo que le permitía a Lyam pasar gran parte de su día acompañando a su amigo en su extraña nueva vida, atestiguando extrañamente complacido su felicidad.

Cecile terminó de limpiar el mostrador, y percibiendo la mirada insistente de Rowen, sonrió dulcemente, tomando con la punta de los dedos los costados de su falda, a cada lado de la cadera, esponjándola como una delicada campana de encajes, y moviendo la cadera lentamente como si su cuerpo fuese el grácil péndulo, dio pequeños pasos hasta Rowen, sacándolo de su transe.

—Tilín, tilín, talán, talán —anunció con suave y cariñosa voz—, es

hora de cerrar.

—Eres el ser más exacto del mundo —sonrió ampliamente Rowen conmovido por su dulzura, tomándola de una mano, jalándola hacia sí—, llegaste a mi vida para salvarme justo en el momento en que me asfixiaba.

—¿Te asfixiabas? —Cecile rio divertida dejándose abrazar.

—Sí, ¿o, acaso no lo sabes? Yo respiro cuando tú lo haces.

Rowen apretó la mano sobre su cintura, estrechándola contra él, deslizando los dedos ágilmente en sus largos rizos. Cecile lo observó enternecida con los ojos radiantes de felicidad, y se elevó de puntas para rozarle los labios con los suyos. Rowen la estrechó con fuerza, levantándola del piso, fundiendo en un apasionado beso sus bocas, antes de colocarla en el piso nuevamente.

La pequeña campana tintineó anunciando la entrada de Ewan, quien carraspeó, molesto, dirigiéndoles una mirada censuradora y paternal, siguiendo su camino hasta un estante para analizar las piezas de pan, mostrándose indeciso.

—¡Rowen, debes dejarla respirar de vez en cuando! —le reprimió Ewan, haciendo alusión a todas las veces que los había sorprendido besándose—. Ya es hora de cerrar.

La risa musical de la joven los alegró a ambos, Cecile se quitó el delantal y guiñando un ojo a Rowen se alisó coquetamente la falda con los dedos. El galo suspiró más enamorado que fastidiado por el comentario, y anhelándola nuevamente entre sus brazos sintió el frío vacío donde segundos antes tuvo su cuerpo. Tomó uno de sus dorados mechones, enroscándolo distraídamente en su dedo antes

de besarle la frente suavemente.

—Yo cierro —indicó caminando a la puerta principal.

—Iré por la canasta para recoger el pan sobrante.

Cecile desapareció con el tintineo de la pequeña campana tras ella. Rowen se giró para verla salir, admirándola, amándola a cada movimiento.

—Me hace feliz.

Exclamó sin más Rowen caminando de nuevo hacia la puerta principal, mientras Ewan se limitaba a suspirar entretenido.

El joven druida analizó un momento la calle inusualmente vacía, no había ni una sola persona a la vista y el cielo ya oscuro carecía de estrellas y de luna. Un escalofrío recorrió su columna, las noches así nunca eran buenas. Un fuerte gruñido resonó en la parte trasera de la cocina, mientras la campana tintineaba estruendosamente sin cesar, sin que nadie la tocara. Rowen atravesó el establecimiento en un par de segundos, moviéndose inhumanamente rápido.

—Rowen...

La voz de Cecile llegó a él como un murmullo a través del estruendoso sonido agudo de la campana, helándole la sangre.

Cruzó la pequeña puerta buscando desesperado a Cecile, encontrando únicamente sillas rotas, charolas tiradas y torcidas, ollas, vidrios, y trozos de porcelana; Cecile sin duda había dado una batalla. La puerta trasera de la cocina azotó con el viento y Rowen cruzó la desordenada estancia en cuestión de segundos para salir corriendo por la puerta.

Se topó con una callejuela oscura, debió parpadear un par de veces para poder distinguir a las grotescas criaturas que llenaban el callejón.

—Rowen... —la voz de Cecile se dispersó con él viento al perder la conciencia.

El galo la observó horrorizado, tres de los entes sujetaban a Cecile al final de la callejuela. Uno mordía su muñeca, otro un hombro y el tercero la abrazaba con celo por la cintura, mordiendo su cuello, hundiendo sus asquerosas y viscosas garras en sus plateados rizos.

La visión de su blanco ángel de porcelana devorada por demonios *scorpionaibh*, heló su corazón, paralizándolo de horror y pavor por primera vez en su vida. Sabía que debía asir sus armas, embestir y asesinar a todas las criaturas que se interpusieran entre su amada y él, pero su alma derrotada obligó a sus piernas a temblar hasta caer de rodillas.

Del techo de la casa más próxima a Cecile, un ronroneo musical lo hizo elevar la vista, era la lamia madre, luminosa y mortíferamente hermosa, con sus facciones perfectas, su tez tersa y su larga y brillante cabellera negra moviéndose siempre, ondeando en todas direcciones sin viento que la domase; descendió de un salto, flotando suavemente hasta que sus dedos descalzos tocaron el piso. Observó a Rowen con una sonrisa maléfica, casi traviesa, y estriando su largo brazo, sujetó a Cecile de la mano libre, y apretando su delgada muñeca entre sus largos e inhumanos dedos, de un tirón la arrebató de las garras y mandíbulas de los demonios, quienes protestaron con guturales y demoniacos alaridos.

El cuerpo de Cecile se desvaneció bajo el brazo protector de la lamia, quien la acurrucó como si fuese un valioso tesoro, y peinando sus dorados rizos con largas uñas puntiagudas sonrió a Rowen, abriendo la boca descomunadamente, distorsionando su perfecta cara en un rostro demoniaco de fauces grotescas y monstruosas, con afilados colmillos capaces de devorar el cuello de Cecile completo con una sola mordida. Se inclinó sobre la dulce joven y la olfateó descaradamente, escurriendo saliva de su lengua viperina, rozando los tersos labios de Cecile con su viscosa extremidad.

El corazón de Rowen se aceleró alarmantemente, palpitando con tal intensidad que pensó que le explotaría abriendo su pecho, pero, su cuerpo no respondió. Sabía lo que significaba un beso de la lamia para una mujer, mordería su lengua, drenaría su sangre y el veneno entraría por la herida a sus venas hasta su corazón, que se detendría por completo por un instante, matándola para resucitar en un demonio, en una lamia. La asquerosa lengua lamió los labios de Cecile, y Rowen gritó suplicante recuperando el control sobre su voz.

Un infernal corcel se abrió paso entre los entes cual antorcha demoniaca iluminando la noche para el mal, era un draka, un caballo demoniaco de pelaje alazán dorado, similar al cobre pulido, con largos y abundantes crines, cola y cernejas completamente de fuego, cuyas llamas se removían danzarinas con el viento; sus ojos eran como granitos encendidos, y de sus enormes fosas nasales emanaba humo.

El caballo monstruoso era cabalgado por una hermosa mujer

vestida con delgadas y ligeras telas verdes enredadas en su cuerpo, con varios extremos ondeando al viento como si fuesen frágiles ramas de una venenosa enredadera. Su larga melena se apoyaba en sus muslos y en la crin del caballo demoniaco, su luminoso cabello dorado era inconfundible, junto con sus facciones angelicales: Rowen se atragantó con las palabras, incapaz incluso de parpadear por miedo a que la visión desapareciese: Era la viva imagen de su amada Cecile.

SEÑORA AMA

La lamia emitió un alarido musical en protesta cuando la visión de Cecile tiró de la joven desmayada, halándola del brazo con una sola mano, subiéndola a su caballo.

—¡Tú! —señaló a Rowen con un largo y afilado dedo—, ¡Druida, me has causado muchos problemas asesinando a mis niños! —Los demonios se removieron en el callejón listos para atacar—. La última vez usaron una magia poderosa, legendaria. He pasado muchos... muchos años buscando el Talismán —explicó la inhumana mujer.

La visión de Cecile acarició con sus largos y delgados dedos los suaves rizos de la verdadera Cecile, colgando sobre su pierna, se enrolló un rizo con cuidado en el dedo índice, casi distraídamente. Rowen ensanchó los ojos maravillado; podía notar las diferencias en sus rostros, una mandíbula severa, la nariz más pronunciada, la maldad pura en sus ojos negros, y cierta madurez en las facciones que indudablemente sólo venían con el paso del tiempo.

La mujer sonrió, y la sonrisa satisfecha hizo eco en algún recuerdo perdido en su memoria, la había visto antes, sin duda sus

caminos se habían cruzado ya.

—Imagina mi sorpresa cuando encontré a mis bebés aniquilados, derritiéndose como grotescas figurillas de parafina sobre el fuego. Sólo hay una forma de realizar una purificación semejante.

Enterró la uña del dedo índice en el mentón de Cecile para elevarle el rostro y poder verla a la cara. Rowen exhaló horrorizado al ver como la espesa sangre de su amada resbalaba por el traslúcido dedo de la mujer.

—¡Tráeme el Talismán! —ordenó la mujer con fría voz—. Llévalo a la tumba de su padre antes del amanecer... no quiero matarla.

La hermosa y mortífera mujer chasqueó la lengua, el draka relinchó exhalando fuego antes de galopar velozmente dejando detrás una estela roja y dorada de fuego, y a un derrotado Rowen de rodillas. Los demonios y la lamia desaparecieron con igual presteza, utilizando la oscuridad de la noche para refugiarse, siguiendo a su ama.

Ewan llegó jadeando, empuñando con fuerza la vieja y reluciente espada de su padre, con Lyam corriendo detrás de él, sólo para ver como la roja estela del draka desaparecía en la negra noche. Estrujó la empuñadura del arma entre sus dedos con violencia, descargando su furia con un puñetazo en el rostro de Rowen tan violento, que lo derribó al piso, liberándolo finalmente de su ataque de pánico.

Rowen reponiéndose del golpe, en un ágil movimiento se colocó en pie desarmando a Ewan, limpiándose con el dorso de la mano la sangre que había brotado de su labio. Ewan gritó fúrico al verse desarmado y tomó del brazo a Rowen, atrayéndolo contra sí,

presionando la punta de una larga daga en su vientre. Lyam tomó del hombro a Ewan y de un tirón lo arrancó de su amigo, sujetándolo con firmeza fuera de su alcance. Rowen le indicó con la mirada que lo soltase sintiendo la espada palpitar en su mano, eran breves latidos que emanaban energía.

Observó detenidamente la espada, analizándola por primera vez, agrandando los ojos exorbitantemente al descubrir la pequeña espinela azul incrustada en la empuñadura, palpitando, brillando tenuemente.

—Es un... —Rowen musitó incrédulo, sin atreverse a revelar la naturaleza de la joya.

Ewan se abalanzó sobre Rowen nuevamente, presionando la daga contra su pecho.

—Devuélveme la espada o juro que arrancaré tu corazón. —Acercó intimidantemente el rostro al de Rowen—. De un modo u otro rescataré a mi hermana.

—¿Cómo lo...?

De forma inconsciente Rowen dio un paso atrás, impresionado.

—El fragmento palpita llamando al resto del Talismán —espetó Ewan, dando el paso con él, sin apartar la daga de su corazón—, sólo puede significar...

Ewan presionó tanto la daga que la sangre de Rowen coloreó la blanca camisa.

Lyam aventó a Ewan contra la pared con fuerza; Rowen de un salto estaba junto a él, presionando la espada en el cuello del joven

caído, mientras el Talismán palpitaba con mayor insistencia, confirmando las palabras sin pronunciar de Ewan.

—¿Quién eres?, y no más mentiras ni verdades a medias —demandó Rowen colérico—. Esa... esa mujer me pidió un Talismán, un Talismán usado en su contra... ¿El de la espada? ¿Qué has hecho?

—Todo este tiempo fingiendo superioridad, ser puros e inocentes y ¿tienen un maldito fragmento de Talismán!? —recriminó Lyam sorprendido, agachándose un poco para ver la espada de cerca, abriendo los ojos como soles al ver el pedazo de joya azul—. ¡Rowen eso es...!

—¡Habla! —demandó Rowen ignorando la alarmante reacción de su amigo.

—¡Déjame ir!

La desesperación emanaba de los ojos de Ewan. La determinación cincelada en el rostro de piedra de Rowen provocó un notorio estremecimiento en Ewan, quien suspirando hondamente reveló al fin.

—Es el fragmento de mi padre.

—¿Tu padre? —Lyam dio un paso hacia él, admirado.

—Tristán —afirmó Ewan bajando la vista.

—¿Tristán? ¡No es posible! —elevó la voz Lyam.

—¿Tristán y Deide? —indagó con un hilo de voz Rowen bajando la espada—. ¿Tristán y Deide son sus padres? Creímos que habían muerto hace...

—Tristán y Deide son mis padres —atajó Ewan—, pero para el momento en que Deide se embarazó de mi hermana, ya había sido corrompida por su Talismán, era... no sé qué era, pero ya no era mi madre...

—¿Qué pasó? —Lyam se le aproximó cautelosamente.

—El Talismán era demasiado para cualquier humano, incluso para una druida pura e inocente que jamás había asesinado... Bastarían sólo unos años con el Talismán Maldito para hacerla codiciar la sangre, sólo unos años para volverse una asesina despiadada... La noche en que Cecile nació, Deide enloqueció de poder, lo que condujo a un hombre enamorado y desesperado a hacer lo único que podía hacer... Acudió a los hijos de la noche y suplicó que lo ayudaran a destruir el Talismán.

Ewan se colocó en pie, refugiándose en la oscuridad de la callejuela con la voz distorsionada por el dolor y la rabia.

—Tristán suplicó... El Talismán la había fortalecido volviéndola más fuerte y mortífera de lo que se creyó posible... algo más que humana... y codiciaba tener el Talismán de regreso...

—¿Cómo se lo quitaron sin asesinarla? ¡Es imposible! —se admiró Lyam tragando saliva sonoramente, fijándose en Rowen inconscientemente.

—¿Cómo? —indagó Rowen incrédulo—. No podrían contenerlo sin un recipiente, el Talismán de la Tierra es indomable, y ¿cómo es que Deide no murió?

—No fueron los hijos de la noche... ellos únicamente contuvieron al demonio en que se había convertido, apresándola, ella ya no

poseía el Talismán.

El tono gutural de Ewan heló la sangre de los jóvenes druidas que lo escuchaban absortos.

—La bebé había nacido con él.

LA TRAMPA

La helada brisa cargada con el olor a muerte envolvía el viejo cementerio de *Pere—Lacaise*, en un suave arrullo que atravesaba las copas de los árboles, enredándose en las figuras que adornaban artísticamente los mausoleos y sepulcros, hasta posarse finalmente sobre las lápidas de las tumbas con fría naturalidad.

El cielo mortecino carecía de estrellas y la luna en su novilunio había desaparecido en la inmensidad del negro manto que se posaba imponente sobre los tres jóvenes que corrían entre las lápidas, perturbando la tranquilidad de la noche con sus apremiantes pisadas. Removían la tierra bajo sus pesadas botas de batalla, haciendo crujir las piedras, y haciendo retumbar a los muertos en sus roídos y desgastados féretros debajo de ellos.

El murmullo de las gabardinas danzando con el viento y contra sus tensos cuerpos resultaba aterradoramente audible y amenazador.

Los metales de sus armas mortales tintineaban columpiándose en sus cuerpos, sujetas con firmeza en las fundas amarradas con gruesas correas de cuero que rechinaban al moverse.

La velocidad de sus pasos y la ferocidad de sus miradas reflejaban la determinación de llegar a su destino y el desinterés de ser escuchados.

Todo en ellos, era un grito de batalla.

Rowen corría al frente, con la espada corta de hierro y plata desenvainada. La hoja de la espada brillaba antinaturalmente, reflejando una luz plateada y azulada, como si la mortal arma hubiese atrapado el alma de la ausente luna dentro de ella, palpitando intermite y con furia, siguiendo el ritmo del corazón de su portador, quien estrujaba violentamente la empuñadura, aferrándose con firmeza a lo que sabía que era lo único que podía salvarla.

El agresivo palpitar del corazón de Rowen lo ensordecía, gritando sonoramente en sus oídos, sentía claramente como se había alojado en su garganta, atragantándolo, reclamando haber sido ignorado por tanto tiempo. Arrepentido ahora lo sabía, su instinto de *Datayia* lo había advertido desde el principio: le había indicado cuando el mal se había levantado en París, le había hecho saber todas las veces que lo había estado vigilando, observando, esperando.

Rowen podía sentir la presencia segura y protectora de Lyam detrás de él, no necesitaba voltear para saber que estaba justo detrás, a sólo unos pasos, corriendo velozmente. Siguiéndolo fielmente a la batalla, como lo había hecho incontablemente a través de los años. Con la mandíbula tensa y sus rizos cobrizos inmaculadamente sujetos en una coleta que rebotaba insistente en su espalda. Podía también sentir la presencia de Ewan, corriendo torpemente, intentando trabajosamente seguirles el paso, no tenía

duda de que tenía las habilidades y el entrenamiento druida, pero era notorio que carecía de práctica, sin embargo, no de determinación. Su jadeo incesante y sus esporádicos gruñidos le demostraban que no se rendiría, salvaría a Cecile. Ambos lo harían, ninguno de los dos aceptaría otro final.

Las lápidas y estructuras que se habían vuelto cada vez más altas e intrincadas conforme se adentraban en el cementerio, finalmente comenzaban a despejarse, y la espada de Rowen vibró impaciente, ansiosa, anticipando la pelea. Rowen la estrujó con más fuerza y rechinando las muelas sintió como su corazón palpitaba con la misma intensidad, el Talismán alimentaba su ser. El Talismán pedía sangre enemiga.

—Lyam —gruñó Rowen entre dientes con un murmullo seco.

Lyam no titubeó, ni expresó palabra alguna, clavó la mirada un instante en la nuca de su amigo, y desenfundando un par de espadas cortas druidas se separó de ellos, dirigiéndose hacia la derecha. Rowen giró la cabeza sin detener la carrera, observando un momento a Ewan, escrudiñando meticulosamente su rostro un instante, para asentir sutilmente antes de verlo zigzaguear ágilmente entre las tumbas, alejándose.

Rowen hubiese querido referirle algunas palabras de aliento o un grito de batalla, pero, la mirada férrea del joven con la determinación cincelada en su rostro, le hizo saber que no era necesario, así que se limitó a observar en silencio como se perdía entre las tumbas, en la oscuridad. Se aferró a la espada que vibraba en su mano, acelerando el paso con un solo pensamiento haciendo eco en cada una de sus neuronas, los mataría, los mataría a todos.

Conforme se acercaba a la tumba del padre de Cecile, el sonido gutural de los demonios retumbaba entre los árboles, resonando en las desoladas tumbas. El putrefacto olor de azufre, ponzoña y carne descompuesta impregnó el aire mezclándose con el ya familiar olor a flores marchitas y a muerte que lo había acompañado hasta ese punto; la mezcla produjo náuseas en Rowen. Inhaló lentamente intentando controlarse. Podía percibirlos, demonios ansiosos y mortíferos esperándolos.

Sus piernas no flaquearon y continuó corriendo hasta que las grotescas figuras se alzaron en la oscuridad y los aullidos antinaturales se elevaron sonoramente.

Conocía perfectamente el terreno alrededor de la tumba de Tristán, ubicando una enorme lápida adornada con un majestuoso y protector ángel. Caminó sigilosamente hasta ella evitando ser escuchado por los demonios, sin soltar la espada subió ágilmente a la estructura y buscó refugio en el hombro del ángel, agradeciendo la oscuridad de la noche, ansioso e impaciente.

Desde su posición elevada distinguió la figura de Ewan desacelerando abruptamente su carrera al verse rodeado de monstruos. Los rugidos profundos y demoniacos helaron la sangre de Rowen, pero sabía que nada obligaría a Ewan a detenerse, encontraría a su hermana y les daría la señal al vislumbrar a Deide.

Rowen se removió ansioso sobre el hombro de la estatua, observando a Ewan andar entre las criaturas aterradoras, monstruos enormes con la piel negra, rugosa y brillante, con sus enormes garras, y sus afilados y largos cuernos que sobresalían de sus nuca curvados hacia atrás; con sus inconfundibles rostros

feroces y demoniacos. Había decenas de demonios *scorpionaibh*.

Distinguió en la distancia como la lamia relucía, en medio del ejército de demonios, con su sensual vestido oscuro y ligero, su cabello indomable volando en todas direcciones, caminando indiferente con perturbadora calma y sensualidad, hasta situarse frente al mausoleo.

El cuerpo de Ewan se tensó cuando se percató de la lamia. Cuadró los hombros y elevó la barbilla, desafiante, alargando sus piernas con cada paso. Detrás de la lamia, junto al mausoleo, distinguió en la densa oscuridad los dorados rizos de su hermana, tendidos sobre la tierra, inertes, ni el cálido viento parecía capaz de mecerlos en su inconsciencia.

La bilis subió por su garganta, ácida y amargosa, arrancándole un grito furibundo bañado con un matiz inconfundible de terror, echándose a correr hacia el mausoleo.

Rowen al ver aquello requirió de toda su voluntad para permanecer en su sitio, sabía que Ewan había localizado a Cecile, pero debía esperar a la señal antes de atacar, debían ubicar a Deide.

—Tsk, tsk, tsk, tsk, tsk.

La lamia le cerró el paso a Ewan, negando con uno de sus largos dedos mientras chasqueaba repetidamente la lengua mostrando su desaprobación.

El corazón de Rowen se detuvo, sobre el mausoleo de Tristán, Deide se encontraba sentada, inmóvil y mortífera, orquestando todo tranquilamente desde su asiento privilegiado.

Ewan ajeno a la presencia de su madre, observaba fijamente a la lamia que se movía muy lentamente hacia él, ondeando las caderas como si fuese una víbora humana, sensual y mortal. Las decenas de demonios se removían a su alrededor, cerrando filas en un apretado círculo asesino, dispuestos a aniquilar al joven e inexperto druida.

—Tsk, tsk, tsk, tsk.

Volvió a chasquear la lengua la lamia, extendiendo su brazo, mostrando lo que parecía ser un delgado lazo enredado en su mano, colgando artísticamente. Ewan entrecerró los ojos, observando la extraña ofrenda, descubriendo que se trataba de un férreo mechón de cabello demoniaco que iba indirectamente hasta su hermana, quien yacía con las muñecas enredadas con él.

Dio un paso atrás, precavido y horrorizado.

—¿Ewan? —musitó una voz musical y helada por encima de los gruñidos demoniacos.

—Deide —indicó Ewan firmemente, reconociendo la voz incluso antes de verla.

La buscó lentamente hasta encontrarla cómodamente sentada sobre el mausoleo, simulando ser un hermoso ángel de mármol, perfecta, divina y peligrosa, sin un dejo de emociones en su rostro.

—Mi Ewan, reconocería los rizos de Tristán entre millones de personas en millones de vidas... —Deide, escrudiñó su rostro meticulosamente—. No has envejecido ni un solo día. —La sonrisa triunfal y el tono acusador de su voz provocó que Ewan diese otro pequeño paso atrás—. ¿Cómo has logrado esa hazaña, me pregunto?

Los fríos ojos de Deide se posaron sobre el pecho de su hijo, como si pudiese ver más allá de su ropa, de su piel y de sus músculos, hasta su corazón.

—Me pregunto lo mismo.

Sentenció agresivamente Ewan dando un último paso atrás instintivamente, deseando protegerse de ella y su penetrante mirada.

—No hay misterio, mi pequeño Ewan, al ser prisionera entre los hijos de la noche fui bendecida con su magia, incapaz de envejecer entre ellos, por siempre maldita, por siempre cautiva.

Deide se encogió de hombros con total indiferencia.

—¿Hace cuánto escapaste? —Ewan observó cautelosamente a su alrededor, notando como los demonios lo rodeaban, acercándose cada vez más—. ¿Sabes que al salir de Ifrista Drassil pierdes la protección mágica y comienzas a envejecer?

—Lo sé —expresó casi alegremente Deide, colocándose grácilmente de pie sobre el mausoleo—, es por eso que mi corazón de madre palpita orgulloso y emocionado al ver a mi pequeño Ewan traerme mi Talismán, ya no tendré que consumir más almas asquerosas traídas por los carroñeros.

Rowen sobre los hombros del ángel era incapaz de escuchar la conversación a través del chillar demoniaco. Molió las muelas ansioso, y sus nudillos rechinaron dolorosamente alrededor de la empuñadura de la espada; estrujó con violencia su arma, sintiendo la vibración del metal transferirse a sus venas, mientras observaba como Ewan introducía descaradamente la mano derecha en su

bolsillo.

—Después de tantos años... Te veo y recuerdo a la hermosa y tierna mujer de voz dulce y melodiosa, con la mirada siempre llena de amor, y siempre protectora. La recuerdo abrazarme con fuerza durante las noches de tormenta, y la recuerdo regañarme cada vez que dejaba caer mi espada... Recuerdo la forma en que sus manos cálidas estrujaron mis frágiles manos infantiles, depositando entre ellas una diminuta campana para colgarla encima de mi cama, jurándome que me protegería de todo mal.

Al escuchar el relato de Ewan, la sonrisa de Deide se ensanchó triunfal, extendiendo su largo brazo con la palma hacia arriba para recibir el anhelado Talismán, mientras los demonios cerraban filas alrededor de ellos, en un círculo infernal. Ewan sonrió malévolamente, elevando su brazo obediente, con el puño cerrado.

—Tú, no eres mi madre.

El panadero abrió el puño, mostrando la pequeña campana plateada que hasta entonces habían mantenido fielmente colgada encima de la inmaculada puerta blanca de su casa.

La diminuta campana comenzó a repiquetear ensordecedoramente con abrumadora intensidad, emitiendo una vibración mágica y protectora que llenó el cementerio con su estruendoso ataque.

Las decenas de demonios comenzaron a retorcerse, chillando y aullando desesperadamente, incapaces de defenderse. La lamia cayó de rodillas, cubriendo sus oídos con sus largas garras, gritando y quejándose odiosamente. Deide emitió un grito aterrador y

salvaje, casi animal, antes de arrastrarse inútilmente por la orilla del mausoleo, tratando de cubrir sus oídos, la maldad que la consumía por dentro la había vuelto vulnerable a su propio hechizo.

Rowen sonrió satisfecho al ver a los demonios agonizando con el poderoso hechizo de protección, con un poco de suerte, no tendría que usar el poder del Talismán.

Ewan cayó de rodillas, esforzándose por mantener la mano en alto; era un conjuro demasiado poderoso y absorbente, no duraría mucho dada la cantidad de demonios. Bastarían sólo unos segundos antes de que comenzase a drenar la energía de Ewan, y sólo un par de minutos antes de que drenase su vitalidad por completo.

Un grito gutural y grotesco atrajo la atención de Rowen al otro lado del mausoleo; Lyam blandía sus espadas con presteza y sin piedad sobre las cabezas de los torturados demonios. Rowen sintió su espada palpitar ansiosa, el granito del ángel bajo sus pies chirrió al impulsarse sobre él, elevándose en un inhumano salto, para arremeter contra los demonios, decapitando a todos a su paso.

Fueron sólo unos segundos, pero sintió la espada deslizarse en la carne de los demonios como un cuchillo caliente en la mantequilla. La espesa sangre caía en gruesos borbotones empapando su ropa mientras destazaba demonio tras demonio.

No perdió de vista a Deide que sujetaba con fuerza sus sienes, mientras continuaba lanzando estocadas y cortes sin detenerse, mutilando brazos, piernas, pechos y cabezas demoniacas por igual. El grito de dolor de Ewan lo devolvió a la realidad, la campana lo estaba matando. El sonido comenzó a disminuir su intensidad; debía apresurarse.

Deide gruñó logrando ponerse en pie, y con el rostro transformado por la rabia desenvainó su espada reluciente, abalanzándose sobre Ewan con un salto mortal.

Rowen se impulsó con fuerza sobre una lápida, elevándose por encima de los entes con un solo salto. Sujetó la espada con ambas manos, horizontalmente en forma de guardia, justo al tiempo en que la espada de Deide arremetía, bloqueándole el golpe despiadado contra su propio hijo.

Deide agrandó los ojos sorprendida, furiosa, sin dejar de imprimir fuerza sobre la espada. Rowen curvó discretamente los labios, ella no lo había visto acercarse para proteger a Ewan, bloqueándola con Bloodthister, que chorreaba sangre negra, y ponzoñosa. Deide dio un salto atrás, reponiéndose de la impresión sonrió mortíferamente a Rowen mientras el sonido de la campana disminuía aún más.

Ambos aprovecharon ese instante para desenfundar cada uno, una larga daga de sus respectivos cinturones. Deide observó de reojo a Ewan, de rodillas respirando trabajosamente, para después observar fijamente a Rowen, con ojos profundos y peligrosos.

—Rowen —indicó reconociéndolo, ampliando la sonrisa—. Debí reconocerte en el callejón...

—Después de unos años todos los rostros son iguales.

Rowen sonrió como un reflejo, inclinando la cabeza a forma de saludo cortés.

—Esa espada es de mi esposo —gruñó entre dientes Deide.

La mortífera druida dio un par de pequeños pasos a la derecha,

para tener una mejor vista de Ewan, quien se apoyaba con una mano en el piso, apenas capaz de sostener la campana en alto.

—Estoy seguro de que no le molestará si te mato con ella.

Rowen se lanzó contra Deide, empuñando la espada, arremetiendo con determinación en un rápido movimiento. Ella detuvo su ataque con un certero bloqueo, blandiendo su daga. El joven elevó su brazo izquierdo por encima de su hombro derecho para detener la puñalada, esgrimiendo hacia adelante a Bloodthister, sin dejar de atacar. Los movimientos de ambos eran veloces y precisos, estocando, arremetiendo y blandiendo sus armas sin piedad uno contra el otro.

La campana volvió a cobrar brío, y Deide le dio la espalda a Rowen descaradamente para atacar al nuevo portador de la campana. Lyam envolvía a Ewan con un brazo paternalmente, sujetando la campana en alto, evitando que los demonios se colocasen en pie. Rowen giró la daga en el aire para sujetarla por el filo, y la lanzó contra Deide, clavándosela en la cadera. La druida se detuvo en seco, liberando un desgarrador grito de dolor.

La letal mujer giró fijando su vista en Rowen, mostrando los dientes en un gruñido. Dejó caer la espada y sujetó la daga con una mano, arrancándola de su carne con un alarido. La fina tela verde se desgarró, oscureciéndose con la sangre que brotaba de su cuerpo. La mano le temblaba a causa del dolor, mientras deslizaba los dedos, incrédula, por la herida. Deide elevó la vista a tiempo para ver a Rowen corriendo en su dirección, con la espada palpitando en sutiles destellos azules.

Deide estrujó con fuerza las dagas, una en cada mano, y con los

ojos llenos de colérico fuego arremetió contra el joven. Rowen sintió las vibraciones del metal a través de su brazo al chocar con las dagas de Deide; ella se movía con mayor velocidad y destreza que antes, determinada a acabar con él.

Giraba a su alrededor volviéndose una sombra verde. Rowen sentía las dagas cortar su piel sin piedad, mientras él apenas era capaz de rozarla con su espada. Audazmente Deide se apoyó en una lápida para saltar encima de Rowen, abrazándose a él por su espalda, amenazando su cuello con una daga y colocándole la otra daga sobre su pecho.

—Me conformaré con tu corazón —musitó comenzando a enterrar la daga en él.

La sangre de Rowen manó caliente; rechinó los dientes tratando de no gritar, mientras la daga entraba cortando profundamente su pecho.

—Fuiste una desgracia para la Orden. —Rowen sujetó con firmeza la mano de Deide al mismo tiempo que giraba su espada con la punta hacia atrás—. Y, fuiste una desgracia para tu familia, no tendrás nada de mí.

Apretó con determinación los dedos femeninos y los dobló para atrás, rompiéndolos abruptamente, al tiempo que le atravesaba el costado del vientre con la espada.

Deide ensordeció a Rowen con su grito. Alejándose de él sujetó su mano adolorida, acunándola cuidadosamente contra su cuerpo, sollozando como un animal herido. Rowen la observó triunfal, con el filo de la espada goteando su sangre, sonriendo victorioso.

El repentino silencio abrumador los obligó a ambos a voltear inconscientemente hacia Lyam; la campana había dejado de sonar.

El aire de los pulmones de Rowen escapó en una sonora exhalación. Lyam estaba de pie, inmóvil, y la campana relucía sobre la tierra olvidada, destellando discretamente.

Cecile estaba detrás de Lyam, sujetándolo por el cuello, incrustándole los dedos en la garganta con fuerza inhumana, lacerando su piel.

EL TALISMÁN

La desoladora quietud del cementerio, era interrumpida por el agresivo bramar de los demonios enfurecidos, que se reponían del ataque mágico. El conjunto de voces guturales se mezclaba entre sí, transformándose un canto monstruoso y amenazador, en un grito de batalla. Sin embargo, los sentidos embotados de Rowen, parecían no notarlo, absorto en el suave sonido del delicado arrullo de las ramas de los árboles. La fresca brisa envolvió a Rowen, removiéndole los mechones de la frente, llenándole la nariz con el asqueroso hedor a muerte y sangre fresca.

La quietud de Rowen resultaba inhumana, mientras observaba como el cabello de la lamia serpenteaba por el cuerpo de Cecile, sometiéndola bajo su poder y control demoniaco.

Lyam observaba indeciso a Rowen, casi suplicante, balanceando su espada, esperando su permiso para defenderse; para atacar a Cecile.

Los demonios comenzaron a colocarse en pie, vociferando profundamente, eran pocos, pero mortales ahora que se había desactivado la campana.

La lamia se arrastraba lentamente con el cabello inusualmente estático cubriendo su rostro, respirando notoriamente agitada.

El terror paralizó el corazón de Rowen mientras la risa melodiosa de Deide llegó a sus oídos; riendo casi olvidada. El chasquido de sus dedos al enderezarlos retumbó entre las lápidas, helándole la sangre a los druidas.

Rowen tragó saliva audiblemente, con la mirada fija en Cecile, en sus ojos verdes luminiscentes, antinaturales, y en su sonrisa mortífera; la sonrisa de su madre.

La lamia elevó su mano un poco, aun sujetando lo que Rowen a la distancia había creído que era un listón. Se trataba de un mechón de su inmensurablemente largo y negro cabello, que se enredaba grotescamente entre sus dedos, atravesando el piso hasta Cecile.

Rowen analizó los amarres alrededor del cuello y las muñecas de su amada, manipulándola, volviéndola una marioneta humana bajo el control de la lamia. La criatura sostenía otro mechón en la otra mano, que se deslizaba sobre la tierra, subiendo lentamente por los cuerpos de Ewan y Lyam.

Rowen bajó los brazos derrotado, incapaz de enfrentar a su familia; la daga resbaló entre sus dedos, resonando sutilmente al caer sobre la tierra. Apenas era apto de aferrarse a la espada y a su apremiante palpitar.

Una corriente eléctrica alertó a su cuerpo del peligro inminente, al tiempo que el crujir de la tierra junto a Rowen le indicó la proximidad de Deide. Ella lo tomó sorpresivamente de la muñeca, jalándolo con notable naturalidad; abrazándolo por la nuca. Con sus

rostros casi tocándose, Rowen podía ver el odio y la profunda oscuridad en sus ojos. El druida sintió una punzada de dolor recorriéndole el cuerpo cuando la punta de la espada se enterró en su propio pecho, haciéndolo gritar entre dientes.

—No necesito tu corazón —expresó burlona Deide, enterrando más la espada. Un grito desaforado salió de lo más profundo de los pulmones de Rowen al sentir el hierro entrar entre sus costillas—. La espada también puedes quedártela... Yo me quedaré con mi hija.

Rowen observó a Deide atónito, y con los ojos llenos de lágrimas por el dolor, dirigió una mirada a Cecile, de pie detrás de Lyam, inmóvil; su perfecto y hermoso rostro permanecía inmutable mientras el destello verde en su mirada se volvía más intenso. Los dedos que apretaban el cuello de su amigo se cerraron más, y la piel se abrió bajo sus uñas, empapando sus blancos dedos con la sangre de Lyam. Rowen escuchó la risa burlona de la lamia, regocijándose de su triunfo, Lyam moriría a manos de Cecile y eso deleitaba al demonio que la manipulaba.

Rowen gruñó entre dientes, el fuego en sus venas amenazaba con quemarlo vivo.

Saliendo de su estupor pegó la frente a la de Deide, viéndola a los ojos, desafiante, mientras el metal se deslizaba agonizantemente dentro de él. Tomó la mano que empuñaba la espada, impidiendo que la clavase más, y tomándole la mano de los dedos rotos los estrujó con firmeza en su puño. El grito de la mujer resultó embriagador para Rowen, removiendo los huesos rotos entre sus dedos. Al sentir que el brazo de Deide aflojaba su cuello, elevó su mentón, haciendo la cabeza para atrás, tomando vuelo antes de

arremeter con su frente en la nariz de Deide. El dolor punzó en su cabeza al sentir el cartílago de la pequeña nariz fragmentarse.

Deide se cubrió el rostro instintivamente, liberando la espada, dando rápidos traspiés, poniendo una considerable distancia entre Rowen y ella en sólo unos segundos, tambaleándose notoriamente mareada por el golpe. Rowen sacó de un tajo la punta de Bloodthister de su pecho, respirando agitadamente. Enfocando la vista en la mujer frente a él, observó como la sangre emanaba a borbotones entre sus dedos y por su mentón.

Dio un paso deliberadamente lento, chirriando la espada sobre un largo sarcófago de granito, anunciando su proximidad. Deide retiró las manos de su rostro con el miedo reflejado en sus ojos. Sus labios separados bañados en sangre se curvaron en un grotesco gesto de rabia, con la mano sana tomó las delicadas telas de su cadera, y la hizo a un lado mostrando su larga y moldeada pierna; el muslo estaba rodeado de dos gruesas correas de cuero equipadas con decenas de agujones de *scorpionaibh*.

Rowen sonrió acelerando sus pasos, mientras Deide daba trompicones hacia atrás, ansiosa por poner más distancia entre los dos. Tomó dos agujones, largos, afilados y letales, y extendiendo su brazo los lanzó con fuerza y precisión al druida. Rowen saltó sobre una lápida esquivando ágilmente los demoniacos dardos sin detenerse. Deide tomó un segundo par y volvió a lanzarlo, determinada. Rowen zigzagueaba entre las tumbas, esquivando los agujones uno tras otro.

Eventualmente, conforme la distancia entre ambos disminuía, ella comenzó a acertar en su cuerpo, las delgadas armas se

enterraban en sus músculos con impasible crueldad.

—¡Carajo! —espetó Rowen tomando aire.

Se detuvo repentinamente, dos de los agujones habían acertado en su vientre, y sentía la sangre burbujear en sus entrañas. Sacó dolorosamente los agujones antes de que se enterrasen por completo. La suerte no bastaría para vencer a una druida corrupta y tan antigua.

—Sólo vete Rowen —expresó casi suplicante Deide, igualmente cansada y visiblemente adolorida—, sólo vete... toma a tu amigo y vete... déjame a mis niños.

Rowen resistió el impulso de ver a Cecile, empuñando la espada con ambas manos, impulsándose con firmeza sobre una lápida, saltando hasta Deide. La espada pulsó, vibrando sonoramente rompiendo el viento.

La figura borrosa de Lyam apareció inhumanamente rápido, empujando a la druida sin delicadeza alguna, elevando su espada, bloqueando el embiste de Rowen, quien lo observó con la boca abierta.

—¿Lyam? —lo llamó alarmado al ver que adoptaba una postura de ataque.

—El descuidado druida se olvidó de nosotros —indicó en un tono viperino la lamia.

Rowen apenas tuvo tiempo de elevar su espada para detener el golpe mortal asestado por Lyam. Sin heridas y sin conciencia, era un oponente mucho más letal y fuerte que Deide. La fuerza de cada

golpe hacía retumbar su brazo a través de la espada, que pulsaba y brillaba cada vez más, suplicando ser usada. Lyam acorraló rápidamente a Rowen contra el viejo mausoleo de Tristán. Se vio rodeado por el chillar de los demonios, ansiosos por un poco de venganza.

El joven druida reunió las pocas fuerzas que le quedaban y se proyectó contra Lyam; él elevó su espada preparado para la pelea. Rowen giró a la derecha esquivando la estocada de su amigo, cortando astutamente los finos cabellos de la lamia que colgaban de él, liberándolo, dejándolo caer al suelo inconsciente.

Saltó sobre un demonio, enterrando la espada en su pecho, para apoyarse sobre él, como una grotesca rampa y poder lograr llegar al techo del mausoleo. Se equilibró ágilmente sobre el roído techo y notó a los demonios movilizándose en su dirección.

Sintió su corazón palpar con fuerza, acompasándose al ritmo de la espada; cada latido era tan salvaje y violento que tuvo la impresión de que su pecho estallaría. Elevó la espada por encima de su cabeza y emitiendo un gruñido profundo liberó su rabia, saltando sobre los demonios.

Un último feroz latido de su corazón golpeó su tórax, provocando que los miles de poros de su piel se abriesen liberando su fuego interno en una brillante llama azul, volviéndolo una antorcha humana, expulsando candente energía de cabeza a pies.

Arremetió contra los demonios desalmadamente, cegado por la sed de almas.

El cansancio y el dolor desaparecieron. La sangre en ebullición

impulsaba sus manos y sus piernas, danzando magistralmente entre sus víctimas, con movimientos elegantes y tan certeros que les resultaba imposible a los demonios defenderse. La sonrisa de Rowen se amplió, malévola, mientras la flama mortífera a su alrededor se agrandaba; que insignificantes le parecían ahora los *scorpionaibh* después de haber sido derrotado por sus garras.

El último demonio cayó decapitado frente a Deide. Los ojos de Rowen se habían vuelto llamas vivientes que simulaban dos soles azules; eran una fuerza de la naturaleza inagotable, radiante y letal. La druida quiso defenderse, pero Rowen se movió demasiado rápido, incluso para ella.

Rowen pudo ver en el rostro de Deide la sorpresa al sentir la espada en su vientre.

El galo sintió la sangre caliente resbalar por la empuñadura hasta sus dedos, mientras presionaba la espada contra la vulnerable carne que se aplastaba contra la guarda de hierro y plata. La sangre brotó de la boca de Deide mientras retorció la espada sin piedad.

El druida deslizó los dedos libres por el muslo desnudo de su víctima, hasta sentir los letales agujones fijamente sujetos en la gruesa correa de cuero. Tomó uno, y sin miramientos lo enterró en el pecho de la moribunda mujer con un golpe firme.

El fuego en los ojos de Deide se apagó, y Rowen sintió la densa energía correr a través de la espada por su brazo, en una corriente eléctrica que se deslizaba por sus venas, embriagándolo de poder al absorber su alma. Sintió su corazón hincharse, y el aura a su alrededor explotó, agrandándose.

Un oscuro placer recorrió cada fibra de su ser.

Una llama azul emanó de la hoja de la espada, quemando a Deide desde adentro en segundos, calcinándola. La despiadada mujer se volvió una frágil estatua de cenizas en tan solo unos segundos. Rowen retiró la espada de un tirón, y la delicada estatua se desmoronó a sus pies, cayendo en un montón de cenizas sobre la tierra, produciendo una suave nube gris.

Sus sentidos se agudizaron, podía escuchar la respiración agitada de la lamia a la distancia y el suave murmullo del cabello demoniaco deslizándose por el piso, entre los guijarros de tierra. Sus botas rechinaron sobre las cenizas comenzando a correr instintivamente hacia la lamia.

Rowen sentía el fuego consumiéndolo por dentro en una sensación de éxtasis que lo volvía invencible. La lamia asustada e insegura habiendo perdido a su ama, se refugió detrás de su barrera humana. Ewan la protegía con una de las dagas olvidadas, en una posición defensiva perfecta. Rowen emitió un sonido burlón, el panadero no podría detenerlo. Elevó la espada girándola por encima de su cabeza, blandiéndola velozmente para atestar un mortal corte sobre el joven estorbo.

El peso sobre sus hombros lo tomó por sorpresa, Cecile había saltado sobre él para sujetar su mano, enterrándole una daga en el antebrazo, clavándola hasta que la punta de la hoja se estrelló contra su hueso. Rowen la tomó de la pierna, y tiró de ella con violencia aventándola al piso. Cecile giró en el aire para caer de pie, con el rostro completamente inexpresivo.

Los ojos verdes antinaturales iluminaban la noche, sin percatarse

la joven estaba usando parte del poder de su Talismán.

Rowen sacó la daga de su brazo con un grito enfurecido, girando entre sus dedos la delgada arma, arrojándola contra Ewan. Cecile arrojó una gruesa piedra en un rápido movimiento para desviar el arma. Su hermano permaneció inmóvil, completamente inerte en su función de escudo humano, resguardando a su marionetera.

Abruptamente el corazón de Rowen golpeó sus costillas, demandante, percibiendo el Talismán dentro de Cecile. Rechinó los dientes embravecido, el poder insaciable del Talismán lo cegaba, perdiéndose a sí mismo, capaz únicamente de sentir el fuego y la electricidad dentro de él anhelando el Talismán ajeno.

Se lanzó sobre ella, saltando de tumba en tumba velozmente. Las lápidas se volvieron un borrón a su paso. Blandió la espada con un gesto sanguinario en su rostro, Cecile elevó los brazos dispuesta a detenerlo con sus propias manos.

—¡Noooooooo!

El feroz grito de Lyam resonó entre las tumbas buscando detenerlo.

CENIZAS

—¡Noooooooo!

El eco de la áspera voz de Lyam vibró en cada lápida, árbol y piedra a su alrededor, buscando detener a su amigo con una desesperada súplica.

Un desolador silencio envolvió repentinamente al cementerio, cobijando todo con una abrumadora quietud que debió perturbar incluso a los muertos en sus pacíficas tumbas, habiendo estremecido sus desgastados huesos con el estruendo del escalofriante y aterrador grito.

Lyam cayó de rodillas sobre la espalda de la lamia, enterrando la daga en la nuca del demonio, asesinándola sin apartar la mirada horrorizada de su compañero.

Rowen sintió la espada entrar fácilmente en la tierna carne de la joven frente a él, atravesándola hasta que su puño topó con su húmedo vestido, bañado en sangre.

El destello inhumano en la mirada de Cecile se apagó, fijando en Rowen sus dulces ojos, profundos con su mar infinito de verdes. Los amarres del mortal cabello que la había mantenido bajo control se desanudaron a su alrededor, como si se desprendiese de una cortina de seda que la había cegado y dominado hasta ese

momento.

Rowen permaneció inmóvil de pie frente a ella, sujetando con firmeza el pomo de la espada. Notó la dulzura recorrer el rostro de Cecile al reconocerlo, justo antes de exhalar un mortal suspiro del que emanó sangre de su boca; la sorpresa y el horror se reflejaron en su hermoso rostro, mientras sus largos y helados dedos envolvieron la mano de su amado, alrededor de la empuñadura.

El fuego líquido que recorría las venas de Rowen, cegándolo e incitándolo a matar, se extinguió con el frío contacto de Cecile. La sed de poder fue reemplazada inmediatamente por un escalofriante pavor que recorrió su cuerpo entero, como una corriente eléctrica que arrancó a su conciencia de un recóndito escondite en su pecho, a través de su espalda, subiendo por su nuca hasta lo más profundo de su razón.

El aura luminiscente alrededor de Rowen se desvaneció, y el llameante azul de sus pupilas se extinguió, ahogado con las abundantes lágrimas que inundaron sus ojos.

Instintivamente soltó la espada, horrorizado, sin percatarse de que era lo único que la mantenía de pie. Extendió los brazos con presteza, atrapándola en su descenso; cayendo de rodillas con ella, abrazándola delicadamente contra su cuerpo.

Las manos le temblaban incapaces de auxiliarla. Habían transcurrido sólo un par de segundos, aún podía percibir el desolador eco del grito de Lyam, si tan sólo lo hubiese escuchado.

Sus ojos se fijaron en el blanco vestido de Cecile, teñido de rojo, con los hilos de espesa sangre emanando de ella sin piedad

alrededor de la espada.

—¡Oh, por Dios! Lo siento... lo siento... lo siento, lo siento, lo siento.

La voz de Rowen se quebró entre sus labios temblorosos, y aferrándose más a ella la abrazó arrepentido, hundiendo el rostro en sus sedosos rizos, humedeciéndolos con sus lágrimas. Aspiró profundamente intentando controlarse, el aire se reusaba a entrar en sus pulmones, obligándolo a exhalar y aspirar con violencia. Buscó con la mirada a su amigo, que ya corría hacia él.

—¡Lyaaaam! —demandó con un grito desgarrador, invocando su ayuda.

Los helados dedos de Cecile rozaron la mano de Rowen sobre la herida, el sonido suave que salió de entre sus labios heló la sangre del galo, obligándolo a fijar en ella la mirada. El labio de Cecile se curvó en una tenue sonrisa, y gruesas lágrimas escaparon de sus ojos; la voz brotó en suaves quejidos, incapaz de articular palabra alguna, viéndolo suplicante.

El pecho de Cecile subía y bajaba rápidamente con perturbadora violencia, estaba muriendo.

Rowen depositó cariñosamente la cabeza de Cecile contra su pecho, e intentando controlar el temblor de su mano, limpió cuidadosamente la sangre de sus labios y de su mentón con la punta de los dedos, embarrándolos de sangre demoniaca, dejando un rastro negro en su delicado rostro.

—Resiste... Por favor, resiste —la instó Rowen con la voz desgarrada—, no me dejes, por favor, no... no ahora... no...

Pegó su frente a la de Cecile, fijando en ella sus ojos, sumergiéndose en su verde profundidad, bañándola con sus lágrimas. Enterró firmemente los dedos en su frío cuerpo aferrándose a ella. Sintió a Lyam caer de rodillas frente a él exhalando horrorizado. La cálida mano de su amigo al posarse en su hombro le pareció increíblemente pesada, derrumbándolo por dentro.

—Rowen... ella...

—No, no, no. ¡No! —negó con la cabeza Rowen, sacudiéndose de encima la mano de su amigo—. ¡Sálvala! Sálvala, como tantas veces lo has hecho conmigo, por favor... por favor... no puedo perderla. — El llanto amargo de Rowen se volvió más desesperado—. Te lo suplico, por favor... sálvala...

Lyam carraspeó buscando las palabras adecuadas sin encontrarlas. Jamás había visto a su amigo llorar con un dolor tan sincero y profundo, con el alma rota. Sabía que no podía salvarla, la herida había comenzado a petrificarse, el poder del Talismán había alcanzado a calcinarla internamente, consumiéndola muy lentamente.

Cecile tomó la mano de Rowen, estrechándola con fuerza, llamando su atención. La dulzura en sus ojos provocó que el pecho del galo se estrujara aún más. El cuerpo entero de Rowen tembló, mientras el aire escapaba de sus pulmones en amargos y acuosos suspiros, se inclinó sobre Cecile y la besó suavemente. Fue un beso muy húmedo, empapando los tiernos labios con sus lágrimas, saboreando el metálico sabor de su sangre.

Rowen cerró los ojos, dejando el aire escapar de sus pulmones,

incapaz de respirar, ahogándose con su propio llanto. Deslizó la mejilla por el rostro de Cecile, acunándola entre sus brazos, abrazándola con tanta fuerza, que daba la impresión de querer fundir sus almas, y así poder salvarla.

—Señor... asesino —suspiró Cecile muy suavemente.

Rowen la abrazó aún más fuerte, sintiendo como su cuerpo se tensaba bajo sus manos, transformándose. La suavidad de su ser desapareció bajo una textura áspera y rugosa, volviéndose lentamente una figura calcinada y frágil entre sus brazos.

Inhaló trabajosamente el dulce aroma de sus rizos, suaves y delicados, dejando que sus dedos rozaran sus mejillas y sus labios por última vez.

Lyam retiró la espada, alejándola de Cecile antes de que devorase su alma por completo.

El grito de dolor que emanó de la garganta de Rowen fue desgarrador, mientras los rizos se deshacían entre sus manos; frágiles hilos de ceniza, escapando entre sus dedos, volando con el viento cual copos de nieve en invierno.

DOLOR CIEGO

La quietud se cernió sobre la madrugada, mientras el sol se alzaba lentamente en el horizonte, entibiando la tierra, produciendo un vaho helado que llenó de neblina el cementerio, cubriendo a los druidas con su húmeda desolación conforme las últimas cenizas de Cecile eran arrastradas por el viento, entre la hojarasca, las hiervas secas y los cuerpos mutilados de demonios.

El llanto de Rowen se elevó desgarradoramente, aferrándose a un puñado de cenizas entre sus dedos ensangrentados. Lyam le colocó una mano en el hombro buscando reconfortarlo incapaz de encontrar las palabras correctas. Sintió su cuerpo tensarse bajo el peso de su mano.

Lyam observó a su amigo detenidamente, lleno de heridas que palpitaban pequeños hilos de sangre por todo su cuerpo. La gabardina estaba desgarrada por todos lados, y podía vislumbrar numerosas cortadas en sus muslos.

Estaba completamente cubierto de salpicaduras de espesa sangre demoniaca que humeaba ligeramente en su ropa y en su piel, mientras costrosas capas de cenizas se endurecían a lo largo de su

cuerpo, pegándosele incluso en los húmedos canales que sus lágrimas dibujaban hasta su cuello, mientras permanecía de rodillas sobre la tierra, incapaz de moverse con el alma rota. Su respiración era pesada y profunda, como si una opresión en su pecho le impidiese respirar, ahogándolo internamente en la más tortuosa de las tormentas.

De un modo imposible las diminutas perlas húmedas en sus pestañas destellaron verdes, reflejando la piedra preciosa que yacía en el piso entre los dos; era el Talismán de Cecile.

La mano que Lyam tenía sobre Rowen le escoció, ardiéndole como si la hubiese puesto sobre una plancha caliente que laceró agresivamente su piel. Retiró la mano en un reflejo protector, analizando a su amigo alarmado; los ojos de Rowen se volvieron inhumanamente azules demostrando su magia interior: la magia de su propio Talismán.

Sus pupilas refulgieron luminosas, cual relámpagos ardientes, atrapados dentro de él, que amenazaban con consumirlo todo. Como una explosión el cuerpo de Rowen se incendió cubriéndolo de una llamarada azul, de pies a cabeza el fuego lo recorría en una oleada letal, mientras sus facciones se endurecían perturbadoramente sin apartar la vista del Talismán de la Tierra.

—Rowen —musitó apenas Lyam aún de rodillas frente a él.

No hubo respuesta, el cuerpo de Rowen únicamente se enderezó más y las lágrimas en su rostro se evaporaron.

Lyam extendió la mano para tomar el Talismán, alcanzándolo apenas antes de que Rowen la tomase. La criatura inhumana y

fúrica cegada por el dolor y la ambición en que se convirtió gruñó guturalmente abalanzándose sobre Lyam, tan velozmente que el galo no tuvo tiempo de esquivarlo, recibiendo el golpe de lleno en el pecho. Lyam sintió la presión en sus costillas apretujándole los pulmones, crujéndole mientras algunas se fisuraban, sofocándolo con la fuerza del impacto al caer pesadamente sobre la tierra.

Aspirando trabajosa y dolorosamente vio a Rowen de pie encima de él, con el fuego azul llenándole la cuenca de los ojos.

—¡Soy Lyam, detente! —le ordenó con apremio.

La sonrisa malvada y fría de Rowen heló la sangre de Lyam, quien sintió el repentino palpitar del Talismán fielmente resguardado en su puño, implorando ser utilizado.

Rowen desenfundó dos largas dagas de las correas en sus muslos, y las llamas de su cuerpo se extendieron por sus armas, desde la empuñadura hasta la punta de la hoja.

—*Geimhealan creige.*

Lyam masculló y la tierra se elevó atrapando las piernas y manos de Rowen, tirando de él, colocándolo de rodillas, aprisionándolo con grilletes de roca maciza el tiempo suficiente para que Lyam se colocase en pie de un salto y buscase a Bloodthister. Se inclinó sobre la espalda; sus dedos apenas hubieron rozado la empuñadura cuando dos ferras manos lo tomaron de los brazos, enterrándole los dedos, atravesándole la gabardina, y la camisa hasta incrustársele en la carne.

El joven druida gritó desgarradoramente, sintiendo el dolor paralizar su columna mientras los dedos se le enterraban más,

estrujándolo dolorosamente como si pretendiese romperlo entre sus manos. Escuchó a Rowen gruñir entre dientes, fúrico, a su espalda, cuando algo lo golpeó estrepitosamente; rabioso lo lanzó contra una lápida salvajemente.

El crujido de un par de costillas al romperse, con el impacto del golpe, fue escalofriante incluso para él. Lyam jadeó adolorido. Las piernas le temblaron por el esfuerzo mientras luchaba por colocarse en pie.

—¡Usa el maldito Talismán! —le demandó Ewan.

Lyam logró girar a tiempo para ver a Rowen atravesar el vientre de Ewan con una daga, y sabiendo que si no los separaba absorbería el alma del panadero, plantó con firmeza los pies en la tierra, empuñó el Talismán con indecisión, y mordiendo el interior de su mejilla elevó la palma libre, apuntándolos.

—*Gairdeanan fiodha.*

El árbol más próximo a Rowen crujió, y las ramas cobraron vida extendiéndose, enredándose en el cuerpo del Condenado. La madera chirrió enroscándose alrededor de sus extremidades subiendo por su cuerpo, envolviéndolo, formando un sólido capullo de madera que por un instante apagó la abrazadora hoguera que amenazaba con consumirlo todo.

Lyam entonces apuntó con la mano libre a Ewan, lanzando una onda de energía verde, envolviéndolo con una esfera de energía luminosa y sólida que lo elevó por el aire, lanzándolo lejos; rompiendo estatuas y lápidas a su paso en una destructiva y escandalosa retirada.

Las ramas alrededor de Rowen, se carbonizaron y de golpe estallaron en una densa nube de cenizas.

Rowen giró rápidamente hacia Lyam, y los ojos de ambos se posaron en la espada, con su diminuto fragmento destellando, llamando a su legítimo dueño. Rowen se deslizó más que caminar hacia Bloodthister, extendiendo la mano para tomarla, la espada escapó de su alcance con un chirrido metálico, arrastrándose muy rápidamente por el cementerio entre las tumbas hasta la mano de Lyam, quien la había llamado con un hechizo.

La sonrisa demoniaca de Rowen le resultó aterradora a su amigo.

—No podrás detenerme, Ly.

La voz fue gutural y sanguinaria.

—Por favor, detente —rogó Lyam angustiado, sabía que no podía detener a un *Datayia* sin usar un Talismán, y usarlo implicaba lastimar a su amigo—. Para antes de que sea tarde.

—Ya nada importa.

—Estoy yo... —balbuceó Lyam dolido por su declaración.

La risa de Rowen resultó escalofriante cuando asió un nuevo juego de dagas. El corazón de Lyam se estrujó dolorosamente al verlo, sabía que no era su amigo, era la ambición del Talismán dominándolo, pero aquello fue demasiado para él. Las carcajadas crueles de Rowen cesaron de golpe al lanzar las dagas contra el leal druida. Lyam elevó la espada para bloquearlas, y el fragmento en la empuñadura palpitó con la proximidad del peligro; el arma se prendió en llamas azules y eléctricas.

Lyam la sostuvo sorprendido, observando el fuego mágico, era como si una corriente eléctrica recorriese la hoja, tan densa y candente que terminaba consumándose en flamantes llamas. Rowen se detuvo al ver la espada activarse. Habían sido unos segundos desde el instante en que lanzó las dagas al momento en que el Talismán se activó; segundos que le habían bastado a Lyam para acomodarse en posición defensiva.

La sonrisa de Rowen se esfumó, abalanzándose contra él con largas zancadas, empuñando una daga en cada mano. Lyam bloqueó el ataque de una cuchilla sintiendo como la otra se le enterraba en el brazo hasta el hueso; balanceó la espada deseando desesperadamente desarmarlo, pero por cada daga que le quitaba, Rowen le enterraba dos, era mucho más rápido, diestro y letal.

Lyam podía sentir el poder apremiante del Talismán subiéndole por el brazo, corriéndole por las venas, suplicándole que no se contuviese y asesinase a su enemigo, el Talismán demandaba su alma. Requería de toda la fuerza de su voluntad para no ceder ante su poder, y aquello le impedía aprovechar su energía para defenderse de Rowen.

Lyam bloqueó un ataque con la espada, Rowen aprovechando la proximidad le golpeó la sien, antes de enterrarle una daga en el muslo, propinándole un cabezazo certero que lo desequilibró por completo. Lyam cayó de rodillas aún con la daga en la pierna.

Sintió la empuñadura de la espada escapársele entre los dedos, viscosos y desgastados. La vista se le oscureció momentáneamente mientras un estridente silbido lo ensordecía, a causa del fuerte golpe en la cabeza. Estaba sumamente mal herido, Rowen lo había

apuñalado decenas de veces, ninguna herida era mortal, estaba jugando con él, debilitándolo, desangrándolo lenta y dolorosamente. Difícilmente podía respirar con sus costillas rotas y la desolación lo invadió por instante: no deseaba morir a manos de su amigo. Irónicamente le preocupaba más la culpa que pesaría sobre él, que el hecho de perder la vida; sintiendo una profunda responsabilidad de protegerlo de aquel dolor, buscó concentrarse en su respiración pesada y sonora, disminuyendo su tinnitus.

Pudo escuchar entonces las botas de Rowen colocándose junto a él, y el Talismán de Cecile palpité imperioso en su mano. Parpadeó sacudiendo la sangre de sus pestañas, y distinguió en la oscuridad de su propia visión a Rowen elevando a Bloodthister, dispuesto a decapitarlo; el tiempo de jugar con él había terminado.

—Perdóname —musitó como un soplo Lyam.

Estrujó el Talismán de Cecile con violencia, reuniendo todas sus fuerzas en el brazo, y con el puño cerrado golpeó el pecho de Rowen al mismo tiempo en que él blandía la espada en un corte mortal.

El Talismán de la Tierra se activó en el preciso instante en que tocó a Rowen, y la fuerza mágica de un Talismán golpeando a otro, emitió una onda mágica expansiva tan violenta, que los arrojó en direcciones opuestas a través del cementerio. Estampando a Lyam contra un grueso tronco y a Rowen contra el mausoleo de Tristán, agrietando la pared de mármol, dejándolos inconscientes.

TUMBAS VACÍAS

El incesante golpeteo del pico contra la dura superficie que recubría el piso de la tumba de Tristán, rebotaba entre las estrechas paredes de piedra y mármol, de forma ensordecedora e irritante. Lyam se limpió la frente con el antebrazo, se había arremangado la camisa para cavar diligentemente las tumbas, sin embargo, el sudor cubría su frente delatando el esfuerzo que la labor representaba.

Finalmente, abriendo la superficie con un último golpe, dejó caer el pico con indiferencia para tomar la pala. Respiró hondamente, apoyándose sobre el palo de la herramienta; descansando un par de segundos fijó la vista en los dos féretros rústicos de madera, sin ornamentos, sin distintivos ni flores, cuidadosamente predispuestos uno junto al otro.

Lyam no recordaba haber asistido a una ceremonia funeraria humana, y estaba seguro de que nunca había cavado una tumba en un cementerio mundano, sin embargo, ahí estaba, enterrando dos féretros vacíos en el viejo mausoleo de Tristán.

Nadie más había acudido a la ceremonia, eran sólo Ewan y él, en medio de la mañana, buscando enterrar sus penas y sus culpas.

Observó a Ewan acariciar mecánicamente una tela blanca entre sus brazos, y no pudo evitar suspirar sonoramente recordando aquella fatídica madrugada, estremeciéndose involuntariamente.

Recordaba haber despertado con un agudo dolor que le recorría la columna entera, paralizándolo unos segundos, incapaz de respirar, con los pulmones comprimidos y las cotillas bajas torturándolo, completamente rotas. Había intentado apoyar las manos en la tierra, con la intención de enderezarse, y no había podido evitar gritar al sentir el punzante dolor de su muñeca, le subió por el hueso hasta el hombro, arrancándole lágrimas. Una mano férrea le sostenía la nuca.

—No te muevas, tienes los huesos destrozados.

Ewan le había sonado ajeno y distante; únicamente podía sentir y escuchar sus huesos crujir, reacomodándose dolorosamente. Parpadeó buscando comprender que sucedía, aquella tortura era imposible e irreal. Ewan lo sostenía en sus brazos, apoyado contra su cuerpo, mantenía su nuca firmemente sujeta por la base con una mano, mientras con la otra empuñaba a el Talismán de Cecile, ambos estaban envueltos en la llamarada verde; estaba extrayendo el poder del Talismán para sanarlo.

Lyam sintió un escalofrío recorrer su columna mientras cavaba diligentemente, no recordaba haber sentido tanto dolor en su vida, como ese instante, en que sus huesos volvieron a su sitio y se sellaron. Después de aquello, se recordó a sí mismo adolorido y jadeante, colocándose en pie con un esfuerzo supremo, buscando a Rowen, pero, en su sitio únicamente habían encontrado a Bloodthister, clavada en la tierra, con la campanita de hierro y plata,

maltrecha y ensangrentada colgando de la empuñadura, tintineando con el viento.

Lyam suspiró recordando aquello con pesar, mientras terminaba de cavar la segunda tumba. Ewan había ya arrastrado diligentemente uno de los ataúdes a la tumba contigua, y se encontraba de rodillas delante del segundo ataúd, observándolo lúgubrememente, con los párpados hinchados y los ojos rojizos.

—Sé que no es más que un acto, que no es real, pero... —La voz de Ewan se quebró dolorosamente—. Sólo de... sólo de ver el ataúd...

—Duele porque es real. —Lyam le colocó una mano en el hombro, ensuciando su impecable habito de monje—. Ella ya no está, y su ausencia es un vacío constante, Ewan. Puedes llorar y gritar, enojarte y lamentarte, es tu derecho.

—Estoy enojado, sí.

Lyam bajó la mirada apesadumbrado sin poder evitar sentir una profunda lastima por Ewan, comprendía su dolor, así como sentía el dolor y la culpa que había impulsado a Rowen a huir: Los tres sabían quién la había asesinado, quien había apagado la luz radiante de Cecile para siempre, y no había sido la Orden, algún demonio aventurero, ni la lamia o Deide.

—He traído algunas cosas para...

Ewan titubeó, balanceando la tela blanca en su mano.

—Son unas... bueno... imaginé que...

Las pupilas de Ewan recorrieron el féretro de punta a punta, incapaz de encontrar las palabras justas para expresar su sentir.

—¿Ya que será lo más cercano que tendrá a una despedida? —concluyó Lyam suavemente.

Ewan fijó en él los ojos, llorosos y fríos, como si repentinamente su alma se hubiese helado. Aquella mirada le resultó eterna a Lyam, pero tuvo la gentileza de esperarlo, hasta que la razón acudiese de nuevo a él.

—La cuidé toda su vida, por más años de lo que dura una vida mortal —murmuró más para sí que para Lyam—. Los elfos me enseñaron a extraer el poder del Talismán de mi padre, usarlo carcomía mi alma, pero cada vez que lo activaba, su poder corría por mis venas, y al absorber las almas alargaba mi vida un poco más... dejaba morir mi alma mortal entre las almas demoniacas solo para cuidarla, para evitarle...

Lyam buscó en vano las palabras para reconfortarlo.

—Me alegra que muriese así, cenizas que se llevó el viento... libre, amada y amando... no soportaría la idea de que se marchitase en una caja encerrada bajo tierra, merece más... merecía...

—¿Ewan? —cuestionó Lyam al cabo de unos minutos, incómodo ante el silencio.

—¿Podrías colocar algunas cosas tuyas dentro? No quiero que se pierdan con el tiempo, sólo... no tengo el... no puedo llevarlas conmigo y no quiero que cualquier extraño... por favor —masculló Ewan atragantándose con sus palabras, dejando la tela blanca sobre el ataúd con extremo cuidado, casi con devoción.

Fue entonces cuando Lyam se percató de que la tela envolvía diversos objetos.

—Son un par de vestidos, su esencia de lavanda, su... las... —la voz de Ewan se quebró dolorosamente mientras gruesas perlas húmedas recorrían sus mejillas—. Encontré un cofre con todas las cartas de Rowen, y los diarios de papá, yo... empaqué también...

—No tienes que decirme —lo reconfortó Lyam casi dulcemente.

Ewan secó bruscamente las lágrimas de sus mejillas con el dorso de la mano libre, como si le molestase llorar al recordarla. Tensando la mandíbula salió del mausoleo tan rápido como sus piernas se lo permitieron, al llegar a la entrada, dirigió un último vistazo a las tumbas vacías, y dirigiéndole una mirada profundamente agradecida a Lyam, lo dejó terminar el trabajo solo.

Al terminar de cubrir las tumbas, Lyam sacudió su ropa, limpió el sudor y la suciedad de su frente con un pañuelo, y se dispuso a salir del pequeño recinto. Dirigió una última mirada a los nombres gravados en las lápidas sencillas de piedra que había puesto sobre las tumbas falsas, y frunció el entrecejo pensativo, dada las circunstancias, parecía correcto que el único asistente dijese un último adiós.

—Yo... —Lyam fijó la vista en la que se suponía que era la tumba de Cecile y frunció las cejas disgustado—. Apaciguaste su alma atormentada. La condena de repente parecía no ser tan terrible ni el futuro tan desolador. Con el embrujo de tu dulzura y tu paciencia deshiciste la maldición que pesaba sobre él, y te estaría por siempre agradecido, si no supiera que tu partida lo ha destrozado. Es un hombre roto que jamás volverá a estar completo, y cuya alma siempre sufrirá por lo que hizo... Oh, Cecile, debiste dejarlo partir

aquella noche en que entró a tu cafetería, correr a aquel hombre sangrante y sucio en lugar de darle solaz y consuelo... Debiste saber que ningún hombre que lleve la guerra en las venas podrá encontrar su hogar en la paz. Sí, este era el único final posible... debiste dejarlo marcharse.

Aspiró profundamente, atormentado, mordiendo el interior de sus mejillas: recriminarle a la víctima por el peso de la culpa en el corazón de su asesino, era una despedida demasiado cruel.

—Lo siento, Cecile. —Lyam bajó la cabeza, templando su tono—. Fuiste la mujer más dulce, positiva y tierna que haya tenido el privilegio de conocer. Espero que tu recompensa sea grande al otro lado, por haberle permitido conocer el amor y la felicidad a tu lado... Y te ruego... te ruego que lo ayudes a encontrar la paz.

LA ABADÍA DE SAN CRISTÓBAL

—Es un honor tenerlo aquí hermano Ewan —expresó con una ensayada sonrisa el clérigo.

—Por favor, no hay necesidad de tanta reverencia, monseñor, ambos sabemos que usted no me quería aquí ni yo deseaba que este fuese mi destino —lo contradijo amargamente Ewan, rechazando su mano sin ninguna cortesía.

—Así es, joven Ewan, pero el destino le ha traído aquí, de un modo u otro este será su nuevo hogar y será mejor que mejore esa actitud, si un clérigo ha de ser, como un clérigo se ha de comportar —lo reprendió el monseñor, colocándose en pie haciendo chirriar su pesada silla de roble—. Sígame.

Ewan bufó resignado, Lyam lo había arrastrado al lugar más apartado del mundo, llevándolo de posada en posada, en trenes y barcos, por estrechos senderos a carreta, caballo y a pie, hasta que finalmente habían llegado a la abadía de San Cristóbal, encima de la montaña sagrada de Cristobalito, en la isla de Nome.

Era un lugar por demás impresionante, con paisajes que podían quitarle el aliento y convertir en un verdadero creyente a cualquier

ateo que pisase la cima de la montaña. No se podía estar ahí y dudar de la existencia de Dios, al menos eso rezaba la inscripción en el arco de piedra que enmarcaba la entrada principal del monasterio.

Para Ewan había sido un viaje cansado y tedioso, teniendo como única compañía a Lyam, quien amablemente le había sugerido refugiarse en aquel remoto lugar, lejos de todo posible peligro. Sabía que su intención nacía de un buen lugar en su corazón, escondiéndolo incluso de su mentor, Normand, pero el eterno e incómodo viaje contradecía sus buenas intenciones.

Durante el trayecto, en varias ocasiones, Ewan le sugirió entregarle el Talismán de su hermana, y separar sus destinos. Deseaba depositar tan tremenda carga en Lyam y deslindarse para siempre de la Orden: buscar algún lugar en el mundo al cual pertenecer, tener una familia, envejecer y morir. Pero Lyam no había accedido, sermoneándolo sobre la importancia de su deber, de su linaje, la promesa a su padre y el compromiso con su hermana.

Era su deber sagrado resguardar el Talismán de la Tierra y el de nadie más, así como había sido su deber cuidar a Cecile, portadora del Talismán Maldito, ahora debía resguardar la reliquia. Y aquel recóndito lugar, era perfecto para hacerlo.

—Acompáñenos, señor Lyam —lo invitó el monseñor pasando junto a ellos, abriendo la puerta de su nada humilde oficina.

Lyam asintió con la cabeza, y se colocó en pie dándole una palmada a Ewan para que hiciese lo mismo. El joven amargado se encogió de hombros y rodó los ojos como toda muestra de fastidio, antes de darse la vuelta, siguiéndolos fielmente.

El monseñor tuvo la gentileza de guiarlos por la enormidad del magnífico monasterio, presumiendo como un orgulloso pavorreal sus coloridas plumas, satisfecho del cuidado de los antiguos edificios, sus hermosos jardines, sus nutridas huertas, su pequeña caballeriza, e incluso tuvo el descaro de darles un breve recorrido por el ala designada a su uso exclusivo.

—Con el tiempo esto dejará de parecerle un castigo, joven druida, una vida llena de arduo trabajo y devoción, sana el alma y eleva el espíritu —expresó con una sonrisa el monseñor, mientras cruzaban los jardines hasta el comedor.

—No soy druida —espetó secamente Ewan con más acidez de la pretendida.

—Lo lamento, asumí —se desconcertó el monseñor—. El joven Lyam sugirió... ¿qué es?

—Panadero —dijo sin Ewan.

El monseñor notó la sonrisa elusiva en la comisura de sus labios, orgulloso de quien era y lo que hacía pese a la decadencia de su ánimo. Después dirigió una mirada interrogativa a Lyam, buscando comprender si lo había mal informado. El joven druida observaba igualmente sorprendido y maravillado al terco Ewan de pie entre ambos. El monseñor comprendiendo que no era falta de linaje sino de interés a la Orden, prosiguió su camino con absoluta naturalidad.

—Excelente noticia, joven panadero, el hermano Patricio hornea unos bollos espantosos, no es falta de determinación o buena voluntad, estoy seguro, pero, Dios se ha negado a otorgarle

habilidad útil al pobre hombre.

—Ewan hornea lo más deliciosos panecillos, y los más esponjosos bollos, monseñor, tuve la fortuna de probarlos —alentó la idea Lyam.

Ewan no pudo evitar sonreír abiertamente, mientras sus ojos brillaban con la emoción de algún distante recuerdo, dejándolos en suspenso un par de minutos.

—Gracias, mi padre me enseñó.

Lyam tuvo la cortesía de comer con ellos aquella tarde, antes de abrir un portal a las afueras del monasterio, en un enorme roble en la orilla del risco desde donde podía apreciarse el más espectacular de los atardeceres. Ewan tuvo incluso la impresión de que si extendía lo suficiente la mano podría tocar el sol, enorme y naranja.

—¿Pudiste traerme en un portal, Ly? —se quejó Ewan rumiando una paja, para liberar la tensión de su mandíbula.

—No, la magia es muy predecible, Ewan, usar un portal deja una estela mágica entre los mundos. —Lyam ajustó su abrigo, fijándose en él—. Si encuentras el portal correcto, y tienes los conocimientos y la magia necesarias, puedes seguir esa estela mágica a lo largo de las dimensiones, como si de un irrompible hilo se tratase.

—Pero, te irás en un portal —insistió Ewan desmeritando su interminable e incómodo viaje.

—La magia es caprichosa. —Se encogió de hombros—. No se puede rastrear un portal de reversa, debes rastrearlo del punto de

partida hacia su destino, como dije, encontrando el portal correcto...

—¿Quién demonios encontrará este portal perdido en el fin del mundo? —ronroneó Ewan.

—Exacto. —Los ojos de Lyam se iluminaron al ver la comprensión cruzar por las pupilas de Ewan—. Podrán saber que aparecí en mil lugares, pero jamás podrán saber que vengo de aquí.

—¿Irás a mil lugares? —se admiró Ewan escupiendo la paja masticada.

El joven druida se caló el sombrero, y dirigiéndole una última mirada de simpatía, le sonrió cortésmente inclinando la cabeza en una sutil reverencia, disponiéndose a cruzar el portal.

—Tengo un amigo que encontrar.

Ewan vio cerrarse el portal, y sacando el único puro que Lyam había tenido la cortesía de obsequiarle antes de marcharse. Lo encendió tranquilamente, disfrutando del delicioso sabor del tabaco por última vez, llenando del hirviente humo sus pulmones mientras sus ojos escocían, viendo directamente al sol, en su preciosa puesta, derritiéndose en el dorado mar que se extendía infinito a su alrededor.

Para cuando el sol se hubo ocultado, y las primeras estrellas brillaron en el cielo, Ewan dio la última calada al diminuto pedazo de puro que aún le quedaba. Se arrodilló junto al viejo árbol, enorme con un grueso tronco, tan lleno de surcos y moho que denotaba su ancestral edad.

Cerró las manos en firmes puños unos minutos, antes de comenzar a arañar la tierra, aflojándola, cavando con las manos, perforando el risco durante horas, haciendo el hoyo más profundo que podría haber hecho sin pala ni pico: sangrando la punta de sus dedos, y destrozándose las uñas dolorosamente, hasta que sus brazos demasiado cansados y acalambrados se reusaron a seguir en su demente arrebató. Asíó de una cuerda muy fina, que yacía alrededor de su cuello, sacando una bolsita, de oscura tela grabada con un sinfín de runas doradas, que hasta entonces había estado secreta y religiosamente colgada de su pecho, oculta bajo los hábitos y la ropa debajo de ellos.

Abrió ligeramente la bolsa, y notando el brillo cegador del Talismán suplicando un nuevo dueño, la cerró nuevamente, amarrándola con fuerza excesiva, antes de colocarla al fondo del profundo agujero.

Epílogo

EL DEMONIO KANKARA

En las afueras de París, 1879

El polvo plateado destelló reflejando la luz de la luna, refulgiendo mágicamente, flotando ligeramente con la suave brisa mientras el regio hombre de negro cabello se sacudía las manos, frotándolas entre sí. Aspiró profundamente, disfrutando del aroma silvestre y virgen del prado en la cima de la pequeña colina.

La luna estaba en su punto más bajo, gigante y redonda, luminiscente y naranja. Era la luna más grande del año, tan preciosamente inmensa que daba la impresión de tocar el borde de la colina, iluminándolo todo con mística luz, suspendiendo al extraño hombre en un instante atemporal.

En el centro de la colina se encontraba un viejo roble seco, gigante en sus dimensiones, completamente carbonizado con sus numerosas ramas tan negras que bien podrían perderse en una noche oscura.

Alrededor del árbol decenas de runas destellaban con la luz lunar, habiendo sido dibujadas con salium, el polvo mágico usado para

hacer hechizos: una mezcla perfecta de hierro, plata y sal.

Un gemido lastimero detrás del alto hombre lo hizo sonreír maquiavélicamente, giró sobre sus talones remoliendo la tierra debajo de sus pesadas botas druidas, mientras una sombra perversa cruzaba por su rostro oscureciendo su mirada. Observó atentamente a la delgada joven, esbozada y firmemente atada, encima de una magnífica ave negra, similar a un cuervo, con su esplendoroso plumaje negro con reflejos azules, pero del tamaño de un caballo.

La joven mujer tenía los párpados hinchados de llorar, las mejillas sonrojadas y completamente húmedas, había mojado incluso la tela que la amordazaba. Alrededor de sus muñecas y tobillos había gruesas cuerdas que cortaban su piel cruelmente, haciéndola sangrar. La muchacha abrió los ojos como dos enormes platos, con perlas húmedas aferrándose a sus largas pestañas, cuando el hombre comenzó a caminar hacia ella, con largas zancadas, sin quitarle la mirada de encima. Conforme más se acercaba su sonrisa iba difuminándose, endureciendo sus facciones.

La gruesa gabardina negra de cuero chirrió, rompiendo con el silencio antinatural de la noche, cuando se estiró para tomar a la joven de la cintura, derribándola del ave mágica. La joven cayó pesadamente sobre la tierra, gritando entre murmullos ahogados por la tela, retorciéndose adolorida por el golpe. Buscó ponerse de rodillas sin éxito, entumida con los brazos amarrados al frente, arrastrándose patéticamente, deseando inútilmente poner distancia entre ella y su captor, mientras el ave se sacudía, removiendo sonoramente su plumaje, relajándose al ser liberada de su peso.

Una mano despiadada la sujetó del cabello, levantándola violentamente; la muchacha gritó, pataleó y con ambas manos unidas intentó quitarse la manaza de encima, arañándola y jaloneándola, logrando únicamente que la mano se enredase en su cabello con mayor violencia, como si pretendiese arrancarle la melena desde el cuero cabelludo.

El hombre comenzó a caminar hacia el roble negro, arrastrándola consigo, como si de una ligera e inservible muñeca se tratase. La arrojó sin delicadeza alguna, colocándola de rodillas frente al árbol, dentro del círculo de runas.

La joven sintió el agudo dolor del golpe en sus rodillas subirle por la columna vertebral, aferrándose al brazo que la mantenía firmemente en su sitio bien sujeta de su cabello. La sangre se le heló en las venas cuando el imponente hombre se inclinó detrás de ella, soltando su cabello, bajando la mano lentamente por su mejilla, quitándole el bozal mientras se deslizaba hacia su cuello, estrechándolo entre sus dedos peligrosamente. Él pegó su mejilla a la de ella, sintiéndola temblar y jadear pesadamente, disfrutando del terror que le producía.

—¿Por qué haces esto? —jadeó la joven con voz temblorosa.

—Venganza.

Expresó con voz helada el hombre, enterrándole por la espalda una larga daga; la joven agrandó los ojos y un río de sangre brotó de su boca, manchándolo todo.

Las runas se iluminaron cuando la sangre tocó la tierra, encendiendo el claro con radiantes haces de luz plateada que

chisporroteaban mágicamente.

El hombre soltó a la joven, cuyo cuerpo cayó ligero sobre la tierra, inerte y frágil.

Con ambas manos llenas de sangre se acercó al roble, dibujando con presteza y gracia una extraña runa en el tronco. Al terminar retrocedió un par de pasos analizando su obra. Cuando estuvo convencido de que era la runa correcta, aspiró profundamente llenando sus pulmones, antes de exclamar fuerte y claramente con voz profunda y tersa en elibein.

—Bidh mi a tabhann fuil fìor-ghlan bho chiad neach sa chiad chuspair agad, a ghairm thu le a mac teine, a dùsgadh bho daisling agad, bruach... bruach... ibruach!

La tierra tembló un instante antes de que el sello se iluminase en el árbol, rojo e incandescente.

El roble estalló en llamas abrazadoras, encendiéndose desde la base hasta la punta de la rama más alta, crujiendo sonoramente mientras se desenroscaba en una majestuosa y gigante criatura de fuego y cabrón candente.

La voz del regio hombre se elevó con el viento, viajando por toda la colina, en un rezo escalofriante, majestuoso y peligroso. Elevó las palmas mostrando la sangre ofrendada a la criatura, y entonces el roble se expandió en todas direcciones, forzando su estructura. La tierra tembló nuevamente, crepitando y agrietándose, mientras las raíces se desprendían, tronando y abriendo la tierra en profundos surcos.

El cántico finalizó y el árbol se detuvo.

La quietud cubrió la colina, incluso el viento cesó y las runas en el piso se apagaron. El sello en el centro del roble resplandeció cegador un instante antes de apagarse, y entonces el tronco se cuarteó, partiéndose en dos.

El calor de las flamas hacía sudar al hombre y sintió su ropa de piel negra pegársele al cuerpo cuando la lava mágica brotó del interior de la criatura, haciendo visible el cuerpo de una joven mujer, como si de un capullo de fuego y lava se tratase.

El hombre se acercó lentamente, respirando pesadamente, sintiendo la proximidad del fuego escocer su piel, observándola a la vez maravillado y horrorizado.

Ella estaba completamente desnuda, con gruesas cadenas negras envolviéndola, en algunos lugares podía apreciarse como se le habían incrustado en la carne, hasta los huesos. Su cuerpo estaba tan carcomido por el fuego que parecía una frágil figurilla de cera a medio derretir, con la piel rojiza, humeante y grotesca.

Su rostro atemporal tenía burbujeantes llagas aquí y allá, distorsionando sus facciones. Y en el centro de aquella terrible máscara, estaban sus ojos abiertos.

Un par de pupilas doradas de fuego mágico fijas en él.

Agradecimientos

Gracias a mi madre, porque siempre será mi primera lectora. Mi ángel de corazón de oro, cuyo amor, apoyó y fe me fuerzan a convertirme cada día en una mejor versión de mi misma; con un poco de suerte y mucho trabajo, un día podré ser la mitad de la mujer que ella es: maravillosa y extraordinaria, con el corazón lleno de paciencia y la mirada férrea reflejando su temblé espiritual. Gracias por creer en mí, y hacerme creer.

Índice

[Prologo](#) - El ataque

1 El vagabundo

2 El muelle

3 [La lamia](#)

4 [La campanita](#)

5 [La taza de chocolate](#)

6 [El tren](#)

7 [El maullido](#)

8 [El aparador](#)

9 [Toussaint](#)

10 [El recolector](#)

11 [La familia de lamias](#)

12 [Aguijones de cristal](#)

13 [Medianoche](#)

14 [El despertar](#)

15 [El hechizo](#)

16 [La esperanza](#)

17 [Víspera de navidad](#)

18 [La fuente de los inocentes](#)

19 [La ninfa Naida](#)

20 [La leyenda de Grekar](#)

21 [La fosa de sangre](#)

22 [Perlas arcoíris](#)

23	La promesa
24	Tristán y deide
25	Señora ama
26	La trampa
27	El Talismán
28	Cenizas
29	Dolor ciego
30	Tumbas vacías
31	La abadía de san cristóbal
	Epílogo ~ El demonio kankara
	Agradecimientos
	Índice
	Otras obras del autor

Cecile

de la saga de

Devoradores de Almas

**Precuela de:
El mestizo errante**



Nancy G. Ayala

Obras del autor

Saga Devoradores de Almas:

- [Libro 1 El mestizo errante.](#)